PQ 6503
.A5 T4
1864
Copy 1

PQ 6503
.A5 T4
1864
Copy 1

PQ 6503
.A5 T4
1864
Copy 1

THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

Class PQ6503
Book .A5T4
1864

TENTATIVAS LITERARIAS.

IMP. DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

TENTATIVAS LITERARIAS.

CUENTOS EN PROSA

POR

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

S. H. G.

MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

1864.

PQ6503
.A5T4
1864

Esta obra es propiedad de los Sres. Salas, Helguero y Gaztambide, quienes se reservan el derecho de reproduccion y traduccion en todos los países y el de perseguir ante la ley á los contraventores. Todos los ejemplares llevan una contraseña particular y se considerarán como furtivos los que carezcan de este requisito.

571484
9ε 30 39

M.F.J. 2 F.40

PRÓLOGO.

Ha dicho el grande Hipócrates, y aunque no hubiera dejado dicha otra cosa, esta bastaba para acreditarle de grande en genio, en entendimiento y en ciencia; ha dicho Hipócrates, en griego para la mayor parte de las gentes, lo que álguien ha traducido al latin, y yo no traduciré al castellano, porque está en latin tan claro como el agua: ha dicho:

Ars longa, vita brevis, judicium difficile, experimentum periculosum.

No digo más, y confiado espero que el inteligente, y dicho se está, benévolo lector, teniendo presente este aforismo,

que encierra todo un curso de alta crítica, no se parará en barras, y considerará, como yo, dignas de indulgencia estas tentativas literarias, que en prosa y en verso he hecho ya, y pienso hacer todavía, llevado á esto por inclinacion de mi estrella. Puede muy bien ser que este tomo primero, que sólo contiene tentativas de muchacho, necesite más indulgencia que otros que vengan despues, pero tambien puede muy bien suceder que necesite ménos, de lo cual me pesará, bien puede estar de ello seguro el lector, mucho más que á él; pero esto, de todas maneras, no es cosa mia, sino suya, que con sus tesoros de indulgencia se las compondrá como mejor se lo aconseje su liberalidad ó su avaricia.

VALE.

LA PROTECCION DE UN SASTRE.

Á MI AMIGO

D. NAZARIO CARRIQUIRI.

1.º de Enero de 1840.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

PROLOGO DE ESTA TERCERA EDICION

COMPUESTO CON GRAN FACILIDAD, COPIANDO DE LA SEGUNDA, CON MUY POCAS VARIANTES, LA SIGUIENTE

POSDATA

Escrita el 18 de Abril de 1852, para que el blando lector quede aún más blando, si acierta á empaparle el autor en las penetrantes razones que se le ocurren para disculparse de su pobre obra.

Se ha publicado por primera vez esta novela en 1840, escrita á los veinte años, por quien á los treinta y tres, que le trabajan há ya tiempo el cerebro, tiene aún bien poco sólidos los cascos.

¡Mire el lector si no es para él una ventaja perdonarme por niño, cuando podria muy bien suceder que hombre y todo, como hoy me estoy, tuviera aún que perdonarme, y gracias, que peores pasadas le habrán hecho!

Ni se ha quitado ni se ha puesto un punto al original para la reimpresion. porque yo escribo con el honrado intento de ser autor clásico y de estudio. y quiero que en los tiempos venideros. en los cuales yo he de vivir, aunque no sea más que por vengarme de esta pereza que me tiene muerto ahora, puedan observar las estudiosas generaciones futuras, todos los malos pasos que va dejando atrás un escritor, ántes de llegar á bueno. ¡Con esto han de cobrar aliento los jóvenes, considerando con qué principio de borrones, por ejemplo los de este cuaderno mio, puede llegarse al fin de la inmortal claridad, v. gr. las páginas que yo he de escribir pocos dias

ántes de mi muerte! ¡Sea bueno el lector de ahora, y por amor de su descendencia, déjeme por lo ménos seguir en paz mi camino, que él verá que no ha hecho mal, cuando esté en el cielo, premiado por su caridad y paciencia!

Esta de que me voy á confesar ahora es la más negra, y con no merecer perdon, no habrá más que perdonármela ó matarme, porque es manía. Yo no sé dónde he leido que yo no sé qué célebre literato francés, amigo, y medio preceptor de *Madame de Sevigné*, que como el lector sabe, es acaso la mujer que ha escrito con más delicada y elocuente naturalidad; he leido, pues, que este amigo la dijo, entre otras cosas, un dia—*je suis malade*— (estoy malo), y ella respondió—*je la suis aussi*— (tambien yo *la* estoy), y que por ninguna razon del mundo pudo convencerla aquel sabio de que debia decir—*je* le *suis aussi*—(tambien yo lo estoy), sopena de uno de los

mas graves desacatos á la gramática. A esto respondia la bella marquesa, que decir de ella misma que se sentia femenino, á no dudarlo, *je* le *suis*, y verse como por encanto con la cara poblada de barbas, era todo uno, y que ántes era su conciencia y cara limpias de mujer, que todas las gramáticas!

Con un poco más de razon que á ella, me sucede á mí lo mismo en otro caso.

Por más esfuerzos ideológicos que hago, no puedo oir ni ver al pronombre personal *el* convertido en su pretendido dativo femenino *le*, sin que al pobre femenino le salgan barbas, ¡que es un dolor!

¿No vive el masculino con una sola terminacion para dativo y acusativo (los *loistas* no son mas que unos cuantos herejes), y le va muy bien?

¿No estamos amaestrados desde la infancia á hacer con la terminacion en *a*

más femeninos que pelos tenemos en la cabeza?

Pues si al masculino le va bien con una sola terminacion, y esa ambigua, por obra vuestra, gramáticos androgynófilos de los diablos, ¿por qué no le ha de ir mejor todavía al femenino con una terminacion, que es signo indudable y por todo el mundo reconocido á la simple vista, de su sexo, y más cuando de este modo saca á su amado el masculino del monstruoso estado de hermafrodita á que le habeis reducidó por vuestro terco prurito de echar á perder la naturaleza con vuestros rebuscados estudios?

Y no me vengais á hablar del *ille, illa, illud,* de los latinos, porque yo que no tengo tiempo para probar vuestra inoportuna pedantería, sé que vosotros no teneis razon; y además que si han pecado contra naturaleza, mal pecado aunque usual entre paganos, tanto me da á mí para disputar con ellos y vencerlos,

que sean latinos, como si fueran simples académicos manchegos de Argamasilla.

Y basta y sobra de razones, que mi amor instintivo al femenino es lo primero de todo, y en dativo como en acusativo, escribo y escribiré siempre *la*, y mi oido quedará contento, y mi corazon más, y con su pan se lo coma el que no comprenda mi ternura.

De faltas (pues falta ha de ser para los gramáticos) voluntarias como esta, de faltas de correccion no mucho más forzosas, y de faltas cometidas contra mi voluntad, por purísima ignorancia, no seré yo el que se disculpe. Con el perdon del lector me contento y me basta y me sobra.

Yo prometo enmendarme, menos de mis manías, de todos los demás efectos de mi poco saber, si con la ayuda de Dios puedo saber más.

Ya que estoy mano á mano con el lector, y ocupándole de mis cosas, sin

duda porque yo me ocupo de las suyas, no quiero dejar de confesarle otra manía que yo tengo.

Tengo la manía de que el lector no sabe cómo me llamo, con lo cual él no pierde nada, pero yo pierdo nada ménos que mi personalidad. Todos los que me llaman *Santos*, ó *Santos Álvarez*, me hacen dudar de mi individuo mil veces al dia, y al oirlos, juro que me quedo sin saber quién soy, porque yo estoy acostumbrado á llamarme á mí mismo ó por el santo de mi nombre, que es San Miguel de los Santos, ó por mi apellido. Llámeme, pues, el lector que me ame, *Miguel;* el que me ame un poco ménos, *Álvarez*, y el que con amor hácia mí ó sin él, tenga saliva larga que gastar, *Miguel de los Santos Álvarez.*

Hácia el año de mil ochocientos treinta y tantos, amados lectores mios, y esto que puede muy bien ser tan sólo un cumplimiento para los varones, es la verdadera expresion de mis sentimientos para todas las mujeres bonitas que me lean; hácia el año de mil ochocientos y tantos, vino á Madrid un tal Rafael de yo no sé cuántos, muchacho de unos veinte y pico de años de edad, de no malas disposiciones intelectuales, ni tampoco mal dispuesto corporal y mecánicamente. Puede que con el tiempo sepamos de dónde venia este muchacho: yo por ahora tampoco sé de esto una palabra. Lo que sí sé de cierto, es que no tenia parientes en la córte, y que con la intencion, sin duda, de no estar en ella falto

de *proteccion*, traia consigo un compañero, con quien podria estar casado ó no estarlo, porque era el compañero una mujer. Yo no sé cuáles serian los primeros pasos que este hombre y esta mujer darian en la córte, pero supongo que serian los necesarios para buscar casa, porque apenas llegados, estaban ya viviendo en una muy decente habitacion de una decentísima casa de pupilos, fonda ó cosa parecida.

La primera vez que yo puedo dárselos en retrato á los lectores, estaban los dos hablando, sentados el uno enfrente del otro. Tenia Rafael, al parecer, una proporcionada estatura, era más flaco que gordo, pero bien hecho y elegante en sus modales.

Pintábanse en su fisonomía toda la fuerza y toda la nobleza que acompañan á la juventud, algunas veces, en esta nuestra época de decaimiento físico y adelanto moral, y que debian acompañarla siempre en siglos más felices, cuando la juventud no vivia más que con el corazon, que noble y generoso, como lo es siempre al principio de la vida, la separaba del mezquino y suspicaz espíritu de exámen, adorno, encanto y regalo de los jóvenes, áun más que de los

viejos, en este siglo de verdad embustera, de egoismo y de infamia.

Tenia nuestro Rafael dos ojos serenos y valientes, negros y rasgados, bajo unas cejas apenas arqueadas, tan negras como ellos y que se dibujaban con fuerza en la blanquísima frente, espaciosa y marcada con varias protuberancias, que hubieran podido hacer pensar á un frenólogo principiante, que estaban allí indicados grandes talentos y otras zarandajas. El pelo era tambien ñegro y ligeramente rizado, la nariz más aguileña que otra cosa, la boca más chica que grande, expresiva y simpática, las mejillas sonrosadas y frescas, la barba regular, y para concluir bien y á propósito, las orejas eran como todas las orejas, que por muy cucas que sean, como estas lo eran, siempre son feas y ridículas, miradas sin pasion y á la luz del sano juicio.

La mujer con quien hablaba, interesaba desde luego por la delicadeza, gracia y proporcion, con que estaban en ella colocados todos los pedazos que componen este pobre cuerpo humano, que era en esta mujer todo lo rico que puede ser de belleza y de *agradabilidad*. Esta palabra *agradabilidad*, no está

en el diccionario. Tendria unos tres años ménos que Rafael, ó dos ó uno, al fin era más jóven, y quédese esto aquí y vamos adelante con nuestra historia.

Estaban los dos vestidos como para salir de casa, sin un excesivo lujo, pero con muchísimo gusto y á la moda, aunque no sé si á la última, porque en Madrid apenas hay última moda, lo que á muchos les probará atraso y á mí me prueba otra cosa.

Sobre los muebles de la habitacion en que se hallaban, que eran por más señas nuevos y bonitos, habia aquí unos guantes, allí una sombrilla, más allá un sombrero, y por éste órden esparcidos una porcion de objetos, de estos de que se echa mano en el momento crítico de salir á la calle.

—Aquí nos tienes,—dijo por fin Rafael.

—Sí,—respondió la jóven con aire distraido,—*aquí estamos*.

Sonrióse nuestro muchacho de la indiferencia con que fué pronunciado el *aquí estamos*.

—Sí, Luisa mia, aquí estamos y dia vendrá en que pierdas la desconfianza con que aquí has venido.

—Desconfianza... no: estando contigo Ra—

fael, y teniendo tú esperanzas, de nada desconfio.

—Bien, Luisa, así; ten esperanza en mí, y allá verás.

—Y además tenemos dinero—dijo Luisa mirando á Rafael con una expresion entre triste y maliciosa.

—De sobra—respondio este, de muy buena fe y como quien decia una verdad.—Antes de gastar los catorce ó quince mil reales que tenemos, verás cómo he logrado mi objeto.

—Por supuesto que nos haremos económicos ¿no es verdad?—y pronunciaba Luisa estas palabras, con cierto tono de burla benigna, en que bien á las claras se conocia, que en todo podia tener fe menos en la economía de Rafael.

—Por más despilfarrados que seamos, ceñidos á un tan triste capital, Luisa mia, no malgastaremos mucho dinero. Pero gasta todo lo que quieras, Luisa, porque ya te he dicho que ántes de que se acabe ese dinero, ya habré yo visto realizadas mis esperanzas.

—Bien, Rafael, pero como hasta ahora, de tantas veces como me has hablado de tus esperanzas, ni una sola me has dicho nada

de positivo, ni de su fundamento, ni del fin á que caminan...

—Ea!—la interrumpió Rafael,—ya tenemos al mezquino espíritu mujeril, queriendo poner puertas al campo. Las esperanzas mias tienen su fundamento yo no sé donde... y ¿quién va á adivinar adonde pararán? Pero querida Luisa, si tú no concibes más que lo que te puedes explicar lógica y razonadamente, á mí me sucede todo lo contrario: concibo yo no sé cómo, todo lo que no puedo explicarme y me ha sido casi siempre imposible concebir lo que me explican.

—¡Talento peregrino!—exclamó Luisa, con una recalcada cariñosa y burlona admiracion, al mismo tiempo que levantándose, empezó á colocarse en los sitios á que cada una correspondia, una porcion de baratijas, que la pusieron, despues de un rato que pasó tárareando indiferentemente, mientras se adornaba con ligereza, en disposicion de coger el brazo á Rafael, y salir con él de casa.

II.

Las mujeres, lector mio, son una cosa muy rara.

Ni tú ni yo sabemos lo que son.

Acaso lo sabrá la amabilísima y amadísima lectora.

Yo creo que tampoco lo sabe.

Pero, sépalo enhorabuena: tú y yo nos quedamos como ántes, sin saber una palabra en la materia.

Ignorante, pues, como lo estoy de todo lo que tiene relacion con la parte intelectual del ente hembra humana ó séase racional, nada tendrá de particular que me engañe en lo que creo, y lo que creo es lo siguiente:

Yo creo que las mujeres no tienen juicio, así como creo que tienen muchísima *forma-*

lidad, y de aquí creo yo que nace la escasez de mujeres calaveras, lo que puede ser muy bueno, y la abundancia de mujeres insípidas, lo que es muy malo; y de aquí creo yo que nace la casi imposibilidad en que se encuentran los hombres de topar con la mujer en punto.

Sexo querido, no vayas por Dios á atribuir á desamor estas ligeras observaciones, sino al contrario, míralas como hijas de mi mucho amor y de mi acendrado cariño, que me fuerza á andar siempre caviloso y discurriendo el medio que habria para quererte más á mi gusto, y para si posible fuera, enmendar la plana al Criador, y añadirte algunas perfecciones más de las que tienes, que á mi corto entender, no habian de estar demás.

Quedamos, pues, en que, salvo error, á las mujeres las falta *juicio* y las sobra *formalidad*, y aquí añadiré que las sobra otra cosa, que con un poco más de juicio y un poco ménos de formalidad, haria sin disputa, no toda, porque no puede ser, pero al cabo, la posible felicidad del género humano; y que hace ahora, por lo general, ó su ridícula infelicidad, ó ya que vaya por bien, su tontísima distraccion.

Esta cosa de que voy hablando, es el amor.

No hay sér en la naturaleza que encierre más amor que la mujer, ni hay otro á quien se le conozca ménos.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho, así como lo que en adelante pueda decirse en la materia, debe entenderse dicho y pensado generalmente, y salvas algunas afortunadísimas excepciones, con que algunas afortunadísimas gentes se encuentran, porque se empeñan en ello, y á costa de su trabajo lo consiguen.

Generalmente hablando, puede asegurarse que no hay cosa que ménos se las conozca á las mujeres que el amor.

Se las conoce, sí, cierta atolondrada preferencia en el principio y cierta preferencia á secas en el medio de las relaciones entre ambos sexos; pero preferencia que no da ningun derecho al hombre á creerse bien querido y que le tiene tan en el aire despues de ocho ó diez mil protestas de amor, es decir, despues de una porcion de conversaciones, que se necesitan para hacer tantas protestas, como en los primeros dias de coqueteo. Verdad es, que esta inseguridad es un paraíso de dudas; que proporciona al hombre el inefable placer de

estar siempre en ridículo consigo mismo, y expuesto á cada momento á caer en el de los demás.

Y... ¡quién lo diria! al mismo tiempo, hay en las mujeres instantes sublimes de amor, manifestado á sus amantes, y que el diablo me lleve, si no son sublimes todas las horas de amor, que ellas tienen á sus solas.

¿Cómo no ha de haber entusiasmo y abnegacion de sí mismo en un sér espirituoso, delicado y volátil, que ama, que necesita amar, que no puede hacer bien ninguna cosa sino amar, porque para amar sólo vive, y que del amor y sólo del amor se alimenta y saca todas las satisfacciones de su vida?...

Yo no sé si esto será bastante, pero por lo ménos, á primera vista parece que hay razon suficiente para creer, á pesar de todo, que las mujeres aman con delirio cuando están ellas solas, pensando... ¿en qué pueden ellas pensar sino en sus amores ó en sus vestidos ó en otras cosas asi, muy enlazadas con sus pasiones?

Todas estas reflexiones las hago aquí, acaso sin venir á pelo, á propósito de que en este paséo que Rafael dió por la corte se enamoró de él una jóven y lindísima muchacha, que

puesta á un balcon, de una calle por la cual, nuestra ya conocida pareja, á la sazon pasaba, tuvo la fortuna de encontrar en Rafael todo lo que necesitaba para enamorarse. Cuentan, pues, que le vió y que al punto de verle se prendó de él; pero dicen que se guardó muy bien de dar á entender de ello ni la más mínima cosa, y que ántes de dar á Rafael la pequeñísima satisfaccion de mirarle con buenos ojos, que no era mucho hacer, atendiendo á que ella estaba frita en pasion y rebozada en deseo, de resultas de esos súbitos bofetones de Cupido; se retiró ella con muy buen cuidado del balcon, con más muestras de enfado que de gusto apenas notó que Rafael, de muy distinta manera, y con muchísimo interés en el semblante, la flechaba sus dos ojos negros, que con tanto placer se hubiera estado contemplando cuatro ó seis dias la enamorada niña.

¿Y quién se lo impidió?... Nadie. En su mano estaba el cumplimiento de su deseo, que era bueno, generoso, social, filantrópico y otra porcion de cosas más, sin que al mismo tiempo faltara ni en el canto de un duro á la debida compostura y honestidad. ¡Vamos es cosa de desesperarse!

¡Pues ven acá, mujer de Satanás, nacida y criada para nuestro daño! ¿Qué hubieras perdido, criatura desacordada, en mirar al que tanto querias? ¿No era lo que deseabas mirarle y volverle á mirar? Pues hubiérasle mirado, con mil diablos, y hubieras tú tenido esa satisfaccion, y él hubiera tenido otra, y los dos hubierais quedado mejor que quedasteis; él hubiera quedado con su amor propio un poco satisfecho, y no hubieras quedado tú, como dicen que quedaste, pesarosa de lo que habias hecho, sin poderlo ya remediar, enfadada, triste, y hasta contigo misma emberrinchada y llena de rabieta para todo el dia.

Eso que te ha sucedido á tí en esta cosa pequeña, os suele suceder á todas vosotras en cosas pequeñas y grandes, y esa maldita falta de voluntad y hasta de *lógica*... ¡de lógica, Dios mio! ¡de lógica! ¡qué falta!! Pues señor, eso es purísima tontería que enfada y cansa.

Dicen, pues, que se retiró del balcon esta buena señorita con un amor con que no habia salido á él. Entónces fué cuando empezó ella á amar de veras y con todo el entusiasmo con que hemos dicho, que parece que deben amar las mujeres á sus solas. Tenia apenas diez y

siete años, y por el calor con que tomó aquella repentina y traidora pasioncilla naciente, se conoce que era una muchacha de muy buen fondo, de esperanzas, y de sensible y generosísimo corazon. Yo tengo para mí, que habia de ser esta la primera vez que se habia enamorado, pues dicen que nunca habia estado tanto tiempo sentada en una silla como aquel dia, ni nunca habia ejecutado con tanta maestría de sentimiento en su piano algunos nocturnos y otras piececillas melancólicas á que siempre habia sido muy dada.

III.

Andaban Rafael y Luisa muy entretenidos por las calles de la córte, sin direccion ninguna, como aquel que encontrándolo todo nuevo, todo lo encuentra á su gusto. Las elegantes tiendas que al paso veian, presentándoles una multitud de objetos preciosos, tanto por su subido precio como por lo agradables, convidaban no menos al uno que al otro, á hacer frecuentes y costosas paradas en su incierto paseo, que se concluyó, cuando se concluyó el dinero que á mano llevaban, que ciertamente, no era haber gastado poco, para quien habia salido de casa, sin intencion de comprar. Guiados, pues, por el muchacho á quien habian cargado con las compradas frioleras, volvieron á su casa, no

descontentos, de lo que de la córte hasta entónces habian visto. Ni faltó tampoco quien hasta la puerta los siguiera, con el objeto sólo, de saber donde vivia la hermosa mujer, que no habia dejado de llamar la atencion de más de cuatro ociosos, de estos, que en busca de no se sabe qué, andan siempre discurriendo por las calles concurridas de las grandes capitales. Hay en este mundo gentes que nacen de una manera tal organizadas, que no parece sino que en un palacio, cuanto más en una córte, han sido nacidas y criadas. De estas gentes eran los jóvenes de nuestra historia, á quienes ni en lo más mínimo se hubiera conocido, que eran recien llegados de una provincia. Como consecuencia inmediata de este su buen porte, por aquello de que Dios los cria y ellos se juntan, eran tambien dos elegantísimos jóvenes, los que les habian cobrado la suficiente aficion, para seguirlos hasta su casa. Despues que entraron en ella Rafael y Luisa, quedáronse nuestros dos mancebos parados á la puerta, siguiendo su conversacion de conjeturas acerca de quien pudiese ser la mujer, que uno de los dos interlocútores, comparaba á todo lo hermoso que se ha conocido en el mundo, en

todos sus tres reinos, animal, vegetal y mineral.

—Por lo visto,—le decia el otro,—ya has hallado mujer á quien querer.

—Falta me hacia,—respondió éste,—porque no parece bien un hombre sin amores, y hace tres meses lo ménos que yo no los tengo.

—¿Con que éste viene con trazas de amor?

—Chico yo no sé, pero enamoradillo me siento.

—¿Y quién será ella?

—¿Y á mí que me importa?

—¿Y él?

—Él... él... tienes razon, él... ¿pero á mí qué me importa él? No le he mirado bien, pero te juro que por hermoso que sea, no ha encendido en mí una pasion tan vehemente, que me prive del placer de ofrecértele, para que tú le enamores á tu sabor.

—Ríete... pero si acaso es su marido...

—Peor sería que fuera su amante. ¡Ojalá Dios mio hayas permitido algun dia la union de estos dos esposos, que tú permitirás tambien su desunion! y sea, sobre todo, lo que tú quieras! Ea, ven acá, pongámonos

en la acera de enfrente, porque puede salir al balcon, y no quiero andar perezoso en estos amores. Oh! es una mujer!...

—Bien, Cárlos, bien, pero cada uno á sus quehaceres, de mujer á mujer no va nada: voy á ver si doy aunque no sea más que medio paso, en ese otro coqueteo de ahí á la vuelta.

—Adios Luis. Sí, sí, procurémonos mujeres, porque está visto que ellas no se vienen á las manos, sino á fuerza de sudores, de gestos y de palabras: ya he pasado por esta los sudores del seguimiento, estoy en la época de los gestos si sale al balcon, ¡cómo yo llegue á las palabras!... Divina mujer!... Adios.

Y pasóse nuestro jóven á la acera de enfrente, y marchóse el otro, en busca sin duda de otra mujer, que no se vendria á las manos tampoco, sin muchos malos ratos adelantados por el hombre.

¡Oh mujeres, mujeres! y cuántos jóvenes pierden por vosotras momentos preciosos, que pudieran, con mas provecho, dedicar al estudio de alguna ciencia exacta! Sin embargo no es mi intencion reprenderos, pobres mujeres, porque en medio de todo, no

van tan mal las ciencias exactas, que haya motivo para quejarse.

Yo no sé, si es que muchas veces el corazon le dice á uno que haga una cosa, ó si se asomó por casualidad, es lo cierto que Luisa se asomó al balcon.

Asomarse, reparar en Cárlos y hacerse la desentendida, todo fué uno.

No era este, sin embargo, tan poco experimentado, que no pudiera apreciar en sus tres verdaderas partes, aquel todo uno, y áun le gustó que se hiciera la desentendida, despues de haberle mirado, por ser esta una inocentada de mujer que suele agradar mucho.

Clavó pues los ojos en ella, y aguardó pacientemente á que ella hiciera otro tanto, pero como esta tambien era mujer jóven, ya podia haber estado Cárlos esperando una semana, que lo mismo que ahora le sucedió, hubiera tenido que marcharse sin una mirada franca y generosa, porque la franqueza y la generosidad no llegan á ser prendas de las mujeres, hasta que han llegado á ellas con los años, otra porcion de cosas.

Y eso que Cárlos tenia una interesante figura, pues áun cuando desde el balcon en que estaba Luisa, no se pudiera distinguir,

por ejemplo, de qué color tenia los ojos, y ya sabe todo el mundo que el color de los ojos hace mucho en la belleza del animal hombre, y nosotros sabemos que los ojos de Cárlos tenian buen color; llegaba su imágen, sin embargo, bastante linda, á los recelosos ojos de Luisa, que bien hubieran podido mirarle con gusto y sin recelo.

Túvose, pues, nuestro amante que contentar con saber que Luisa le habia visto, y con conjeturar que puesto que habiéndole visto, habia puesto cuidado en no mirarle, más bien la habia gustado que otra cosa.

Si no fuera por el gran don del raciocinio, que nos hace conocer el fondo de las cosas, sin reparar en una porcion de enemiguillos de que siempre anda cercada la verdad, todos estábamos muy mal en este mundo; pero sobre todos, los infelices que aman, porque los pobres, áun con su raciocinio y su lógica correspondientes, de ciento una vez cazan una verdad en los semblantes, palabras y movimientos de sus queridas.

Pensó pues Cárlos, como íbamos diciendo, que más habia gustado que disgustado á la hermosísima desconocida, y así, áun cuando esta se retiró del balcon á poco rato, sin ha-

berle mirado derecho ni tres segundos, como habia hecho otra porcion de cosas, y como nuestro Cárlos no era mal raciocinador, marchóse de allí contento aunque murmurando entre dientes.

¡Son tan fastidiosos los principios en amores! Pero no importa! Y se fué tan alegre como habia venido.

IV.

Excusado nos parece decir que Rafael y Luisa comieron, despues de lo cual, como eran gente desocupada, y como el tiempo en que entónces estábamos era el de verano, salieron otra vez de casa y fueron al Prado, paseo que no es malo, pero que podria ser mejor, como otras cosas de este mundo. Dieron allí la primera vuelta en el *salon*, pero bien pronto notaron que la gente si no más escogida, porque: ¿Quién va á escoger entre la gente? por lo ménos de mejor tono y más aristocrática, no paseaba por donde ellos, sino por una calle contígua al salon y mucho más estrecha que él.

Este paseo es el que hemos dado en llamar *París*, como podriamos haber dado en lla-

marle berenjenas, que bien ricas las cria nuestra buena España. Rafael y Luisa con su buen instinto, pusiéronse bien pronto en el paseo de buen tono y abandonaron el otro, de lo que no les pesó, cuando conocieron las ventajas, que de andar por el paseo estrecho se seguian. No hay en él con efecto la confusion que en el otro, porque siendo más reducido el terreno, encajónase la gente de manera que se ven todos los que pasean, y todos se ven muy de cerca. Gustóles más la sociedad más *íntima* de este paseo, que la sociedad más *rara* del otro, y á nosotros nos sucede lo mismo, por más que haya gente que no piense así, porque está en el error de que puede uno divertirse en este mundo, con comodidad y á sus anchuras.

Como es de suponer, estaba en el paseo Cárlos, que apenas vió á Luisa, cuando despues de haberla mirado con lo que otro llamaria descaro y yo llamo amor, trató de tomar posicion detrás de ella, para ver de irla manifestando poco á poco, su mucho cariño. Para conquistar á las mujeres en el paseo, llamémosle campo de batalla, creo que no es necesario como en otros campos de batalla para conquistar algun punto fortificado

tomar ninguna altura ni cosa que lo valga, sino perseguir muy de cerca al enemigo mujer, llevándole siempre delante y al alcance de las descargas de palabras del que ataca. No dejó de notar Luisa, ni la mirada ni el movimiento de Cárlos: conocíolo este y creyó y muy bien creido, que habia dado un gran paso. En efecto, hacerse ver en pocas horas, dos veces, de una mujer, á quien no se ha visto nunca, es el principio innegable de hacerse ver una porcion de veces al dia, y esto si va unido con la satisfaccion de la que ve, es verdad que puede ser otra porcion de cosas, pero tambien puede ser amor. Colocado pues ya nuestro Cárlos detrás de Luisa, trabó con el que le acompañaba, una de esas conversaciones que se tienen para que sean oidas, en la que trató de lucir toda la ligereza y toda la gracia que Dios le habia dado. Alguna debia ser, pues logró que más de una vez se sonriesen tanto Rafael como Luisa; con lo cual animado, dicen que aquella tarde tuvo más talento que nunca. Afortunadamente para él, húbosela de caer á Luisa el abanico ó el pañuelo, ó yo no sé qué, y como quien estaba decidido á no perder ripio, ingenióse de modo que pudo levantarlo del suelo ántes que

Rafael, afectando al mismo tiempo cierta fria indiferencia, por si era marido, para con él, y mirando á Luisa cuando puso en su mano la cosa caida de una manera tan poco indiferente, que ella entre asustada, y hermoseadas las mejillas con un súbito y mágico carmin, y hermoseados los ojos con una indefinible expresion, pronunció en vez de gracias, un ¡hay Dios mio! tan lleno de coquetería, que es, entre paréntesis, la buena educacion de las mujeres, que hubiera bastado por sí sólo á prendar á Cárlos, si tan prendado no se hallara.

Feliz sin duda fué esta tarde Cárlos, y por el mismo estilo, podia haber sido feliz otro corazon, que encerrado en su cuerpo correspondiente, por allí andaba paseando, si este corazon, no hubiera tenido la desgracia de caer en cuerpo de mujer. No se habrán olvidado los lectores todavía, de aquella niña que desde aquel balcon habia visto á Rafael aquel mismo dia. Pues esta niña tambien le habia visto esta tarde en el paseo, tambien se hubiera puesto detrás de él, y tambien le hubiera alcanzado cualquier cosa que se le hubiera caido, pero no es costumbre. Y como si no bastaran todos estos obstácu-

los, que á estas cosas puramente materiales se oponen, otro motivo habia venido á oponerse hasta á la secreta expansion del cariño en este corazon mujeril. Como Rafael iba con la misma mujer á quien acompañaba por la mañana, era de suponer que estuviera casado. Ya hemos visto cómo se habia portado Cárlos, á pesar de que la misma idea le habia asaltado con respecto á Luisa; pero el amor del hombre es más espontáneo y ménos razonado que el de la mujer. Las mujeres tienen una conducta admirable y digna de envidia, en esta parte. Es verdad, que no están seguras las esposas de que no las arrebatará su esposo otra esposa mal desposada, ó alguna viuda honesta, pero áun cuando su marido sea el hombre más hermoso, más amable, más cabal del mundo, con dificultad podrá inspirar amor á una vírgen, á ménos que esta vírgen sea deshonestísima (1).

Estos son apuntes, para una *consideracion general sobre al amor de las mujeres*, que pienso escribir, si Dios me ayuda.

Ibamos, pues, diciendo que se la ocurrió á la niña aquella, que de paso, dicen que se

---

(1) Lo cual no es de suponer, siendo soltera.

llamaba Inés, que Rafael estaba casado, y que con motivo de habérsela ocurrido esto, empezó á padecer lo que nadie sabe. Pero como no lo sabia de cierto, conservó aún, el bastante amor, ó mejor diremos aficion, para ver con gusto que Rafael, siempre que pasaba, la miraba con la más decidida expresion de amor. Ella, por de contado, que era la misma mujer de aquella mañana, y así, seguia con su mismo carácter, conteniendo contra todo el torrente de su voluntad, sus dos hermosísimos ojos, que á no ser tan hermosos, feos hubieran parecido, cuando siempre que pasaba Rafael, tomaban, ó querian tomar, cierta expresion de dignidad despreciadora, que quita toda la belleza á las mujeres, y que las aconsejo que nunca usen, porque en estos momentos todas ellas tienen algo, y más que algo, de la doncella de labor, honrada, valiente, trabajadora y de buenos padres.

No dejó, sin embargo, Rafael, de conocer por alguna mirada que á su pesar se la escapaba á Inés, que habia en aquellos ojos alguna cosa que pensaba en él. En esto de amores, hay indudablemente un misterioso lazo, entre los que se han de querer, que

nadie puede descubrir, pero cuyos efectos se sienten. Inés habia visto por la mañana á Rafael, y habia desde entónces pensado en él; Rafael desde que por primera vez, habia visto á Inés, pensaba tambien en ella, y no dejaba pasar una vuelta, sin hacer todo lo que puede hacerse en tales casos, por dárselo á entender. Ella estaba contentísima con esto, pero no se daba por entendida, por el deber que se habia impuesto de hacerse la indiferente; obligacion necia, que no la atormentaba ménos que el pensamiento de que aquel hombre estaba casado.

Haciéndose, por fin, el distraido, nuestro Rafael, cortó de repente una vuelta y se colocó detrás de Inés, que advirtiéndolo, yo no sé, si se puso un poco colorada, y se cortó en la conversacion, que con otra jóven como ella, y una vieja muy bien conservada y en estado aún de merecer, llevaba.

Sorprendió, y no poco, esta vuelta brusca á Cárlos, que creyó desde luego que habia sido aquel un movimiento peculiar en la especie del animal marido, pero no tardó mucho, en dar tambien la vuelta, diciendo al amigo con quien iba.

—Este ya se escamó. No importa, me

alegro: vamos á ponernos otra vez detrás, y salga lo que salga. Ella no es él: si á él le incomodo, á ella la gusto: eso es: adelante!

La juventud es irreverente ¿y qué lo hemos de hacer? Advertimos, que no son buenas las ideas que manifiesta Cárlos. El escritor más moral, se ve á veces precisado á contar cosas que nada tienen de morales: haga una advertencia como esta, cuando esto suceda, y duerma tranquilo, porque él ha hecho lo que ha podido por sus lectores.

Iban, pues, por el paseo, Inés, la otra y la otra: tres; detrás Rafael y Luisa: cinco; y detrás Cárlos y su amigo: siete personas, en rosario. Y habia entre aquellas personas, y sobre todo, podia haber, relaciones estrechísimas. Es de suponer, que no seria este el solo rosario, ni las solas relaciones futuras, que habria en el paseo. Ingeniosísimo ha sido el Supremo Hacedor, en todos los medios que hace discurrir al hombre, para procurar *ir viendo si* se relaciona con sus otros hermanos, hermanos que han perdido la costumbre de saludarse por las mañanas, y hablarse con cariño siempre que se encuentran, por lo numeroso de la familia, por lo ocupado que cada uno anda en sus negocios, y sobre

todo, porque el padre verdadero no parece, si se le busca con cien luces, y el que en la confusion, la echa de padre, ni conoce á sus hijos, ni deja que ellos le conozcan, ni habla él tampoco con cariño á nadie, *ni nada*. Pues uno de estos ingeniosísimos medios, es el de andar el pretendiente de relaciones, delante ó detrás, y dale que dale, siempre cerca de la persona apetecida; y aunque puede suceder, que ande ochenta años un hermano tras de otro hermano, infructuosamente, es lo más general, que al fin adquieran uno y otro el derecho de menear la cabecita y sonreirse siempre que se encuentren; y esto que es lo que se llama saludos, es prueba tal de cariño, que debe economizarse mucho.

Digresion es esta que por inoportuna y oscura, deberia borrarse. Bórrese en hora buena, y adelante.

Como no habia sido la intencion de Rafael la que Cárlos suponia, ni aquel echó de ver que este le seguia otra vez, ni este notó en aquel la más mínima cosa que le convidara á hacer alguna calaverada, que otra cosa mejor no era de esperar, de quien tan poco respetaba los conyugales lazos, no supo él á qué atribuir la total indiferencia de Ra-

fael, que ocupadísimo con Inés, así se curaba de toda la demás gente que en el mundo habia, v. g. como un mal rey de sus vasallos.

Pero como parece que no habia la misma indiferencia en Luisa, avínola bien, y no se metió en más averiguaciones.

De lo que pasó desde aquí hasta el dia siguiente, no sé ni una palabra, pero no debió andar Cárlos, ni perezoso ni desgraciado, porque contra toda su costumbre se levantó aquella mañana muy temprano, hablando solo y diciendo. «Si esa mujer no me quiere, no entiendo yo una palabra de mujeres. Es necesario no perder tiempo: si el torpe del marido no está en casa, ahora mismo la veo»—y empezó á vestirse, cantando y aturdiendo á voces á un muchachuelo rubio y bien dispuesto, que le servia de ayuda de cámara.

Vistióse de prisa, al descuido, pero sin dejar de verse en el espejo, que no le disgustó, reflejándole una figura suelta, derecha y noble; y ya iba á salir, cuando pensándolo mejor, se puso á escribir una carta, y concluido este negocio en dos minutos, salió de casa murmurando entre dientes: «si no la puedo ver, no importa, carta al canto.»

Dirigióse, con esto, á casa de Luisa, llamó á la puerta, salió á abrirle una criada, la preguntó si se podia hablar con el ama de la casa, la criada le respondió que sí, y fué introducido despues de atravesar un largo callejon, en un aposento irregular y medianamente amueblado, donde sentada en una desvencijada y antigua silla poltrona, y teniendo á los piés un gran cesto de labor, se hallaba el amà de la casa, cosiendo á la sazon unos calcetines.

—Señora, muy buenos dias, dijo al entrar Cárlos.

—Muy buenos los tenga usted, caballero, respondió la señora, colocando al mismo tiempo, en forma de guante, en su mano izquierda, un calcetin. ¿Y qué se le ofrecia á usted?

—Señora, yo sé que esta es la casa más decente, en que se alquilan cuartos amueblados, en todo Madrid.

—Gracias, caballero, gracias—y á buen seguro que sí, porque mi marido, que Dios haya, era un empleado en las rentas de S. M. y tiempo ha habido en que he tenido abono de cazuela en el teatro y...

—Pues bien, señora, interrumpió Cárlos, yo quisiera ver algun cuarto, porque...

—¡Ay hijo mio! Si usted hubiera venido ántes, y tan buen cuarto como hubiera usted hallado!—pero ahora justamente, tres habitaciones, que son, una gran sala, con dos gabinetitos, y en cada gabinete su alcoba, me los tienen ocupados, un jóven y una señorita, que parecen ser muchas personas, porque el uno duerme en un gabinete, y el otro en el de enfrente: matrimonios de señores.—¡Jesus y qué mal gusto!

—¡Voto va!—exclamó Cárlos,—el cuento es que yo quisiera hablar á esa señora, porque la conozco y puede que me cediera un cuarto. El marido no estará en casa y...

—Sí, señor; no se levantan hasta las doce: puede usted volver, que ahora no son más que las diez y media, y si ustedes se arreglan...

Columpióse en la silla nuestro Cárlos sin decir una palabra, hasta que despues de haber hecho cuatro gestos de hombre que todo lo deja á la fortuna, dijo á la pátrona: Señora, voy á darla á usted una prueba de confianza tan grande, que por imposible tengo que una persona de la educacion de usted no corresponda á ella.

Sacóse ella maquinalmente el calcetin de

la mano, prendió en él la aguja, todo lo dejó sobre la silla inmediata, y con los brazos cruzados siguió oyendo á Cárlos, que decia: Yo estoy ciegamente enamorado de esa señorita que duerme en ese gabinetito: yo podia haberme valido de una de las criadas de usted para entregarla un billete...

—¡Quite usted de ahí, señor caballero!—exclamó la buena ama de casa,—las criadas son mujeres sin principios y torpes, que comprometen á cualquiera y...

Llenósele á Cárlos el semblante de júbilo y viendo seguro el logro de sus deseos, y entusiasmado, no pudo ménos de apretar con las suyas una de las manos de la amable viuda, mano que tendria ya sus cincuenta años y que tembló con todo.

Las manos de las mujeres tiemblan con facilidad, por un efecto de la irritabilidad de sus nervios, segun parece.

Desde aquí en adelante todo fué efusion de sentimientos y franqueza por ambas partes. Pidió dinero la vieja, dióselo Cárlos, dijo que era poco y que bien podia darla más, contentóla Cárlos dándoselo, la entregó la carta, la encareció su amor, su agradecimiento, ella le encareció su fidelidad, su desinterés, mal—

dijo la pobreza, la avaricia y los siete pecados capitales, y ofreciéndose á servir á Cárlos como si fuera cosa propia, le acompañó hasta la puerta.

Y ahora digo yo.

¡Con que está ya visto que en este mundo el vicio halla siempre acogida! ¿Quién será el que se niegue valerosamente á contribuir á una mala accion, cuando hasta la esposa de un antiguo empleado en rentas mira el adulterio con cierta indiferencia de buena sociedad?

¡Adios virtud! ¡adios! ¡descansa en paz! que aquí descansaremos como podamos.

V.

En una mala habitacion de una mala casa de un mal barrio; que apenas hay cosa mala que vaya ni venga sola; estaban sentados al derredor de uno de estos muebles de barro que llaman copas y que sirven para lo mismo que los braseros, es decir, para tener lumbre en las habitaciones; al derredor, pues, de una copa, estaban sentadas en una noche de las más frias de invierno tres personas, bien distintas en verdad, porque el uno era hombre, la otra mujer y la otra persona era una hembra fea y por lo tanto ni hombre ni mujer ni cosa que lo valga. Tenia la habitacion en que se hallaban todo el carácter que tienen todas las habitaciones pobres, que consiste en

cierto aspecto desentonado y en cierta desnudez de todo género de adornos, que sin duda ninguna no echan de ver los ojos de la gente pobre, pero que afecta de un modo particular y desagradable los ojos de la gente que no es pobre, que están acostumbrados á cierta proporcion y cierto órden en el arreglo de sus *jaulas*. La chimenea francesa da muchísimo carácter á una habitacion; una habitacion con chimenea francesa, casi, y sin casi, puede tener usía entre las demás habitaciones, aquí en nuestra España, y puede tratarse de usted á una habitacion que tenga en medio, ó aunque no sea en medio, uno de nuestros clásicos braseros. Pero ni la chimenea ni el brasero sirven para dar una idea exacta acerca de si habrá ó no habrá dinero en la casa en que se encuentran: esta ventaja tiene la copa de barro, que es signo inequívoco de que entre todas las personas que á su derredor se calientan no hay ahorrados arriba de dos duros.

Y esto es tanto más cierto cuanto más decentes son las personas sentadas al amor de la copa. Y de aquí se infiere que sabe Dios lo que se habria hecho de los catorce ó quince mil reales que tenian Rafael y Luisa, porque los dos, ni más ni ménos, acompañados de su

feísima ama de casa, eran las personas de que estamos hablando.

Yo, que con tanto cuidado y prolijidad supe lo que les sucedió un dia; segun me parece, sin saber por qué, que es gran razon á falta de otra, no volví á saber de ellos ni una palabra en una porcion de tiempo, hasta que ahora vuelvo á saber y vuelvo á contar lo que buenamente sé. Desde entónces hasta ahora han pasado dos meses, ó uno, ó ménos, ó cosa así. A fe que no es mucho tiempo; tú lector, tengas ó no talento, puedes llenar este hueco con lo que mejor te pareciere, que lleno quedará.

Ciceron tambien, ó porque él no escribió ó por otra causa cualquiera, dejó un libro todo lleno de vacíos, huecos ó lagunas como tambien se llaman. Para llenar las lagunas de Ciceron, lector amigo, necesitarias ser un sabio: feliz tú que para llenar esta laguna de nada necesitas; feliz yo que para verla llena de nada tampoco necesito, y desgraciado Ciceron que por necesitar de sabios verá, cuando más, llenas sus lagunas no de agua clara, sino de caldo de sabio, que aunque más espeso que el de pollo, contiene ménos sustancia, alimenta ménos y empalaga más.

Estaba, pues, Rafael, más que sentado echado en una silla que algo distante de la pared, tirada hácia atrás, se apoyaba en ella; con un codo puesto en una mesa cubierta con un tapete de damasco roto, que á su lado derecho habia, fumando pacíficamente un cigarro puro. Luisa estaba sentada más cerca del fuego, enfrente de la mesa, leyendo á la luz de un beloncillo en un libro nuevo, pero impreso y encuadernado mezquinamente, lo que me hace creer que seria edicion hecha en Madrid de alguna obra moderna. La buena de la patrona, sentada casi encima de la copa, estaba cabeceando, y más que durmiendo, matando algo del mucho sueño que tenia. Por fuera zumbaba el viento, que es bien seguro que hacia tiritar á más de cuatro infelices, porque hay más de cuatro mil en Madrid, cuyo único amparo mientras piden limosna en noches como esta, es el caritativo rincon de alguna puerta, que siente impasible los movimientos convulsivos con que los helados miembros de estos desgraciados se golpean en ella; y tan impasible los siente, que en pago bien merecia esta puerta dejar de ser materia bruta y convertirse en la humanidad personificada, que apenas es un poco más *firme* de corazon que

ella. El frio es un enemigo horrible del pobre, para quien no hay calor en ninguna parte, porque hasta la llama de su corazon se ha apagado; y no se ha apagado ella sola por falta de vida, nó; la ha apagado el frio soplo... ¿De quién? De todos nosotros, que nada hacemos que sea bueno; de todos nosotros, que somos tan dignos de ser ahorcados por malos como de otra cualquier cosa.

Por fuera zumbaba el viento, pero la habitacion en que estaban Rafael, Luisa y su patrona, estaba abrigadísima y caliente, porque era chica y habia en la copa muchas y bien encendidas brasas. Fumaba, pues, Rafael, leia Luisa y la patrona dormia, y los tres, en calma, oian los silbos del aire, al amoroso calor de la lumbre. Reinaba allí un agradable silencio, sólo interrumpido de cuando en cuando por un gato, que de poca edad aún para pensar en cosas serias, disfrutaba de la felicidad que proporciona la poca reflexion, retozando alegremente con cada mendruguillo de pan ó cosa semejante, que por el suelo topaba.

¡Oh vosotros, los que envueltos en el movimiento del mundo seguís con él el rumbo que él sigue, que no puede ser bueno, porque

el mundo es uno de los pocos enemigos del alma: vosotros, que sentando cada pié en un placer seguís el camino de la vida y que áun así le encontrais áspero y penoso, lo que tiene forzosamente que suceder porque no hay placer en esta tierra que valga tres cominos, para andar sobre él á gusto, ni áun el dia en que el que los tenga se corte los clavos de los piés! ¡Vosotros, en fin, infelices, que no teneis un momento de calma, que os fastidiais divirtiéndoos y que procurais divertiros más y más para más y más cansaros, fastidiaros y aburriros ciertamente! ¡Y por último, yo tambien con vosotros, porque de vosotros he sido, hasta que ahora me ha tocado en el corazon la santa verdad! ¡Vámonos todos juntos á buscar la felicidad donde ella está indudablemente, que yo os lo diré con amor de hermano!

La felicidad está en la silenciosa y caliente habitacion y en las bien avenidas personas que he descrito. ¿No presta la paz de este hogar doméstico el más suave colorido al aislamiento de ese mundo que tan empalagados nos tiene? ¿No es su reposo el amigo más dulce, en cuyo seno puede dormir el cansado corazon mientras el alma se entretiene con

blandos y no ambiciosos pensamientos?...

Rafael, cuando acabó de fumar, arrojando la punta del cigarro á la pared de enfrente, exclamó con una voz llena de verdad, y tan fuerte que asustó á Luisa, y asustándola tambien, despertó á la patrona:—¡Maldita de Dios sea mi suerte!

¡Oh vosotros, á quienes iba yo á enseñar dónde estaba la felicidad! ya lo veis, esta horrible blasfemia me fastidia, quitándome la honra de ir á vuestra cabeza á tan importante cacería: por lo visto no está la felicidad en esta madriguera. ¡Chasco como él! Y no hay duda, aquí se maldice como en todas partes.

Separémonos, pues, amigos mios, y buscadla por donde mejor os pareciere: yo, ahora, no puedo ir con vosotros, porque estoy ocupado: así que acabe de escribir, pienso tambien buscarla. Muchos siglos cuenta el mundo, y todos los hombres que en él han vivido, que han sido por supuesto infelices desde el vientre de su madre, han tenido nuestra misma intencion. Sin embargo, ni áun en cecina nos han podido dejar tantos antepasados nada que pueda llamarse felicidad. No importa, queridos compañeros; no hay que desesperar de encontrarla; la desesperacion es

gran pecado y no tiene perdon de Dios, porque es pecado de ingratitud á sus paternales beneficios.

—¡Alabado sea el nombre del Señor!—tartamudeó con voz soñolienta y desagradable la patrona, de tal modo, que á nadie sino á Dios podia lisonjear una alabanza articulada por tal boca, y prosiguió diciendo,—¡vaya que tiene este caballero un modo de maldecir que ya me rio yo!

—Pues riase usted y riame yo y ojalá nos riamos tanto, que reventemos de risa, la replicó Rafael en tono descompuesto, colérico y maldiciente, y se levantó de la silla y comenzó á pasear á pasos largos por el cuarto.

Sublime aunque pecadora figura, hubiera hecho nuestro jóven midiendo con el desconcertado compás de sus piernas, un campo que hubiera sido tan grande como el de su dolor. Probablemente dado el primer paso, hubiera dado tantos y tan largos en la misma direccion, que el espectador le hubiera perdido en el horizonte y se hubiera quedado encomendándole á Dios ó al diablo, ó á quien tan de prisa se le llevaba; pero para desesperaciones grandes suele haber cuartos chicos, que obligan á la mismísima desesperacion des-

bocada en su viaje al infierno, á dar la vuelta y quedarse por acá, oponiéndola no una grande montaña, sino un miserable tabique de delgadísimos y frágiles ladrillos. Contra todas las cosas hay su cosa; contra todos los venenos hay antídotos; contra los siete vicios que envenenan el alma, hay sus siete virtudes correspondientes que harán vomitar al alma más terca y de más fuerte complexion: contra la desesperacion andariega de Rafael, hubo esta vez un cuarto chico que la forzó á pararse á las pocas vueltas, con la estrechez de sus dimensiones. Paróse delante de Luisa, que sin decir una palabra, pero con la marca elocuentísima de una lágrima que cruzaba su ovalada y pálida mejilla, le miraba con esa ternura simpática que es en el rostro de una mujer hermosa, la prueba de que hay alma, de que hay Dios y de que hay todo lo bueno que se desea que haya.

¿Y por qué esa misma ternura, no será prueba de lo mismo en el rostro de una mujer fea?

Esto debe consistir á mi entender, en la diversa proporcion geométrica de las facciones, especialmente de las principales como las narices etc.; satisfaccion filosófica y razonada,

que enteramente aclara mi misteriosa duda.

—¡Pobre Luisa mia!—dijo Rafael, contemplándola largo rato sin decirla más palabra.—¡Pobre Luisa mia!—repitió al fin, con un acento salido de lo íntimo de su corazon, y besándola en la frente, ya no rabioso, sino tierno, se separó de ella, yo creo que por no llorar como ella lloraba, y volvió á su paseo aunque no ya con sus descomedidos pasos.

A esta sazon llamaron á la puerta: salió la patrona á abrir, y á poco rato entraron en la habitacion, ella y un hombre, embozado en una mediana capa azul, con embozos y cuello corto de terciopelo encarnado.—¡Caramba si hace frio!—dijo al entrar el recien venido, y desembozándose despues y acercando una silla á la copa, se sentó en ella colocando con mucho cuidado sobre sus rodillas los dos extremos de la capa, que estaba ceñida á su cuello por unos corchetes de plata, de figura de leones coronados. Despues de esto, desempaquetó sus manos de unos guantes no muy sucios, fuertísimos y anteados, frotóselas suavemente aproximándolas al fuego, y por fin, diciendo á Luisa:—Luisita mia, yo siempre galante con las damas—se quitó el sombrero y le dejó sobre la mesa.—Pero ¿qué es esto?

prosiguió, ¿ha llorado usted? Voto va al chápiro verde, ¡que siempre hemos de estar así! Bien es que con ese hermano que Dios la ha dado á usted, que en vez de alegrarla no hace más que pasearse y fumar, necesitando él tambien consuelo. no es extraño que suceda esto. Vamos. Luisita mia, vamos, no hay que afligirse así; mire usted que las lágrimas ponen en remojo la cara y acaban con la hermosura. Ea, Rafaelito, venga usted acá, siéntese á la lumbre y fumemos mientras nos disponen la cena. Hizólo así Rafael y apretándole la mano le dijo.

—De veras, señor don Ramon, que cada vez le quiero á usted más.

No estaba mal colocado el cariño de Rafael, porque era don Ramon un hombre, que con sus cincuenta y tantos años y su cara blanca, enjuta y arrugada, á la que prestaban aún más bondad, unas patillas casi blancas como el pelo, convidaba á cualquiera á quererle á primera vista.

—Y hace usted muy bien en quererme así,—le replicó don Ramon,—porque yo tambien les quiero á ustedes mucho. Pero vamos á ver,—prosiguió,—yo quisiera saber á qué vienen estas tristezas. Hoy hace ocho dias que vi-

nieron ustedes á vivir aquí: desde que somos compañeros de casa, maldito si les he visto á ustedes pasar un dia sin lágrimas. Los primeros dias, les aseguro á ustedes que esto me daba rabia: como yo no los conocia á ustedes, no tenia confianza para decirles nada, pero ahora mismo, maldito si sé á qué viene tanto lloro.

—¡Si usted supiera qué desgraciados somos!—dijo Rafael.

—¡Toma!—replicó el viejo,—¿y qué tiene que ver el ser desgraciado con ser lloron? No digo yo que estén ustedes todo el dia bailando, pero hombre, estar como yo. ¿Pues qué, tan feliz soy? Y con todo ¡qué diablo! vamos pasando. Que son ustedes pobres; tambien lo soy yo, despues de haber seguido la carrera de las armas y haber llegado en ella al grado de coronel. Es verdad que ustedes al parecer, están solos y sin amparo de parientes. Yo, en este punto, tengo aquí un hermano riquísimo, que me da una peseta todos los dias, y me convida á comer, un domingo sí, y otro nó. En eso tienen ustedes razon: no sé cómo se puede vivir en este mundo, sin un hermano rico. Un hermano, un pariente cualquiera, son una gran cosa;

por lo menos, si ellos son ricos y uno es pobre, puede pedirles limosna sin vergüenza.

Calló por un momento nuestro buen militar, se sonrió como quien suspira, ó suspiró como quien se sonrie, y prosiguió en tono de dulce reprension. Vamos, vamos, señoritos, que no hay por qué suspirar tanto: la juventud es gran cosa, y áun rodeada de males, ella por sí es fuente de bienes y de esperanza. ¡Pobre de mí! Mi vejez es mala, y si pudiera tener esperanzas irian á parar ó á la muerte ó á la decrepitud, que es peor que las esperanzas y que la muerte. Además, yo he vivido bien en el mundo, y ahora vivo mal.

—Tambien nosotros,—dijo Rafael, con cierta expresion, que más era de orgullo que de otra cosa, y como picado de que el buen viejo pudiera creer que ellos habian sido siempre pobres.

Flaqueza es esta, que siento confesar en Rafael, pero la tuvo. Verdad es que todos los hombres de cierta educacion, olvidándonos de que no hay mayor pobreza, que la de ser hombres, educados ó por educar, miramos con cierta repugnancia y vergüenza la falta de recursos pecuniarios. Y para esto, hay

una razon de economía política, ó yo no sé de qué ciencia, que consiste en decir—la verdad, consiste en ser, pero la razon consiste en decir—que el hombre sin caudal numérico y sonante, da más que medianos indicios de no tener tampoco caudal de talento, cuyo caudal además del talento, está compuesto de la honradez, de la laboriosidad, etc., etc., etc., y de otra porcion de buenas cosas morales é impalpables, que faltan á muchos ricos herederos sin que se note, pero que deben sobrar al que, sin serlo, quiera tener esperanzas, aunque no sea más, de ser en la república, lo que son los herederos ricos.

Tentado estoy de dejar mi cuento y ponerme á hablar, no en derecho, porque ni le sé ni me hace al caso, pero si contra todo derecho, ya sea romano, germánico ó patrio, acerca de los testamentos y de las herencias, de los señores y de los esclavos, de una porcion de cosas, y de otra porcion de cosas; pero aunque se me pasan muy buenas ganas, considero que esto habia de disgustar á los lectores, mucho más aún que el cuento, y considero ademas que el mundo tiene derecho á seguir mal, derecho que ha adquirido con una posesion *de buena fe* de muchos años, sin

que nadie, por lo tanto, pueda legalmente perturbarle en la *pacífica posesion* de su mal estar. *Beati qui possident.*

Quedamos en aquello de que dijo Rafael, que él y su hermana no habian sido siempre pobres.

Eso es lo que yo no sabia,—respondió don Ramon,—porque aunque es verdad, que yo veia en ustedes algo de *extraordinario*, como la *buena educacion*, sin embargo, no teniendo la suficiente confianza para pedirles á ustedes explicaciones acerca de su situacion, no les habia hecho á ustedes ninguna pregunta, porque como casi todos los desgraciados, tengo un carácter muy poco investigador.

—Pues yo, señor don Ramon, le contaré á usted, sin que usted me lo pregunte, todo lo que nos ha pasado en muy poco tiempo, que es todo lo que nos ha pasado en toda nuestra vida.

—Y yo se lo agradeceré á usted mucho, Rafaelito mio.

—Y puede usted agradecérmelo, porque ésta es en mi carácter, una gran prueba de amistad.

En esto entró la patrona, trayendo en un cesto de paja, todo lo necesario para poner

la mesa para cenar. Pusiéronse, con este motivo en movimiento, Luisa, Rafael y don Ramon, y entre todos colocaron la mesa en medio de la habitacion, precisamente sobre la copa, que no venia mal para dar calor á sus piés, entre tanto que el de la cena, ponia en accion el de sus estómagos. Sacó del cesto la patrona un mantel no muy limpio, cubrió con él la mesa, despues de haberla despojado de su estropeado tapete, y colocó sobre ella, hasta tres platos de Talavera, y no fina, acompañados de sus correspondientes cubiertos, que por ser de plata, no necesitaban de las iniciales de los huéspedes, que tenian grabadas, para ser declarados libres del dominio de la dueña de todas las demás alhajas que componian el aparador. Sentáronse á las dos cabeceras, nuestros dos hermanos, teniendo en medio á don Ramon, y dejando libre el otro lado de la mesa, para colocar en él una jarra, tambien de Talavera,—ciudad famosísima,—y una botellita de cristal, blanca, larga y delgada, que podia haber sido bote de agua de colonia, y que contenia ahora, la racion de vino del pobre viejo; porque nuestros jóvenes no lo bebian. Entró otra vez la patrona, y les puso de un golpe toda la cena en

la mesa; con una mano, un plato, casi grande, de guisado de vaca con patatas, y con la otra los postres que se reducian á manzana y media, cuestion gramatical, ¿colocada ó colocadas? en una frutera de China, famosísimo imperio, que sabe Dios, como habria venido á aquella casa.

Si los postres eran escasos, estaban servidos con cierta decencia—con razon dice el refran, que Dios aprieta, pero no ahoga.

En fin, despues de haber pedido pan y vasos que era lo único que se la habia olvidado á la señora Petra, y lo que faltaba para que la mesa estuviera completa, hubo como se echará de ver, todos los instrumentos necesarios, para que las personas racionales coman.

—Con que vamos, Rafaelito, dijo don Ramon, cuénteme usted, cuénteme usted lo que le ha sucedido.

—Cenemos, respondió Rafael, y despues yo le contaré á usted lo que usted quiera, cuando se haya ido á dormir esa buena mujer, que para nada necesita saber quien yo soy.

—Recelo de niño, dijo don Ramon.

—No es sino orgullo de una especie muy rara.

— Pues á ese orgullo, de una especie muy rara, es á lo que yo llamo recelo de niño, porque sólo le tienen los desgraciados principiantes, que todos son pudorosos, orgullosos, ó lo que usted quiera, con la gente más *baja* que ellos: pero viene un tiempo, amigo mio, en que la desgracia toma cierto carácter cínico y franco, y entónces el desgraciado que ha tenido, esto que llamamos *clase*, se olvida de ella, y se le da tres pitos de que sepan su desgracia todos los hombres del mundo, más altos ó más bajos que él.

Al oir estas palabras, que salian de los labios de don Ramon, con cierta tranquilidad amarga, sonrojóse ligeramente el rostro aristocrático de Luisa, pero nadie lo notó, y como entónces entraba la vieja Petra, dió otro giro Rafael á la conversacion, que no fué muy viva, porque comian todos con bastante apetito. Acabaron por fin de cenar, separaron la mesa, dejando libre la copa, y sentáronse los tres á su derredor, escarbando el fuego con una llave vieja, que servia de paleta. Encendieron don Ramon y Rafael sus cigarros, y se pusieron á fumar, y despues que la patrona recogió todos los chismes de la mesa, y trajo dos velones, á

manera de candiles, apagados, les preguntó si querian algo, y dándoles las buenas noches se fué por la cocina á su camaranchon;

—Pues señor,—dijo Rafael,—mucho siento tener que recordar tiempos mejores, pero ¡qué diablo!—yo tengo la culpa de todo, y bien merezco no tenerme lástima á mí mismo.—¡Pobre Luisa! Por tí sola estoy afligido: ¡te he envuelto en mi desgracia!

—No, Rafael, nó; si yo no hubiera querido seguirte, no lo hubiera hecho; no estés triste por mí, yo te quiero lo mismo ahora que ántes.—¡Ingrato!—¿crees que puedo yo culparte de nada? ¿No crees en mi cariño que te disculpa de todo?

—¡Luisa mia! yo....

—A un lado todo eso, señoritos: créanme ustedes: si empiezan á echarse culpas y descargarse de culpas, de palabra en palabra, se enternecen ustedes, y empezarán á llorar y hacer otras tonterías.

Habia en estas palabras, bruscas, al parecer, cierto cariño candoroso y paternal, que aunque los lectores lo tomen a broma, suavizó un poco la situacion de Rafael y de Luisa, infundiendóles el buen viejo, cierta energía, que les hizó suspender el tiernísimo diálogo, que

sin duda ninguna, empezaba así, para concluir en lo que él llamaba llorar y hacer otras tonterías.

—Con que vamos, Rafaelito, á nuestro cuento.

—Nosotros, señor don Ramon, somos de un pueblo de Andalucía: nuestro padre era de Asturias, y habiendo sido militar en la guerra de la Independencia, cayó prisionero, y despues de haber estado en Francia algunos años, volvió casado con una francesa noble y rica, á recoger la herencia de su padre cuando éste murió: su madre habia muerto hacia ya mucho tiempo, y no tenia en su país ningun pariente. Redujo á dinero todos sus bienes, y volvióse con su mujer á Francia, donde estuvo hasta que murieron nuestros abuelos maternos, y muerto tambien un hijo que allí habian tenido, disgustóse del país, y como mi madre no tenia allí más que parientes lejanos, se volvió con ella á España y se estableció en Andalucía, en un pueblo no muy grande, pero colocado en una deliciosísima posicion. Allí nacimos nosotros, y allí hemos vivido hasta hace muy poco tiempo. Mi padre que habia sido militar, más que por aficion á esta carrera, por la honrosa obligacion de defen-

der su patria, en vez de entretenerse ahora en la caza y otros ejercicios semejantes, que son el recurso de los militares viejos, se dedicaba en el retiro del pueblo en que viviamos, al estudio de las ciencias físicas. Tenia una mediana biblioteca y un bien provisto gabinete de historia natural. Mi madre, era una angelical mujer, que debia haber sido en su juventud muy bonita, y que conservaba aún cierta belleza delicada. Habia recibido una esmeradísima educacion, y las distracciones que la música y la pintura la proporcionaban, unidas al mucho amor que á mi padre y á nosotros nos tenia, la compensaban del aislamiento en que pasaba su vida.

Y he dicho aislamiento, porque efectivavamente aislados viviamos en el pueblo. Mi padre, aunque tenia un carácter bastante dulce en su cása, no le tenia sino muy ágrio para todas las personas del pueblo, que le incomodaban, como él decia, con sus sandeces y groserías. Mi madre, como extraña á todas las costumbres del país, no encontraba tampoco diversion en lo que allí la gente se divertia, que era en reunirse en sociedad por las noches; pero como esta sociedad no tenia nada de amable, y era muy diferente de la en que mi

madre se habia criado, no la sirvió sino para fastidiarla lo sprimeros dias, y para criticarla, cuando despues, aburrida de ella, la abandonó. No le chocará á usted, despues de esto, que mi familia fuera poco ménos que aborrecida en el pueblo, por orgullosa, intratable y oscura.

No se les daba de esto ningun cuidado á mis padres, que pasaban su vida dulcemente entretenidos, educándonos á mi hermana y á mí.

Mi padre dejó que mi madre educara á Luisa como mejor quisiera, y él se encargó de educarme á su modo. Me hizo estudiar una porcion de cosas, y yo aunque holgazan, era sin duda el muchacho mejor educado que habia en muchas leguas á la redonda. Mi hermana al lado de mi madre, de dia en dia adelantaba prodigiosamente en todo lo que puede adornar y embellecer á una mujer. Tendria yo unos diez y siete años, cuando mi padre tuvo que hacer un viaje á París, y me llevó consigo. El tiempo que duró este viaje ha sido el más feliz de toda mi vida, porque mi padre condescendiente conmigo, me daba bastante libertad, para que yo, como él decia, fuera conociendo el mundo. Yo no dejé de

aprovecharme y de hacer por mi parte todo lo posible para conocerle. Mi padre me decia que yo tenia un gran defecto, que era la irreflexion, y yo creo que no se equivocaba. Volvimos al fin, de nuestro viaje. Yo no podia acostumbrarme á mi primera vida, y estaba disgustado de todo hasta el punto de que muchas veces se me pasó por la imaginacion el suicidio.

Yo hubiera querido mejor escaparme de casa y marcharme á cualquiera parte, pero á esto se oponia más que el amor, la compasion que yo tenia á mi padre que estaba tristísimo porque de resultas del negocio que le habia llevado á París, habia perdido una enorme suma de dinero. En este estado estaba yo cuando murió mi madre. La tristeza que me causó su muerte, me hizo olvidar mis inquietos deseos.

Vivimos así tristemente una porcion de tiempo, hasta que á esta tristeza vino á unirse otra de otro género, pero grande tambien. Un dia que volviamos á nuestra casa despues de haber pasado dos en el campo, hallamos la puerta cerrada: en vano nos cansamos en llamar: no habia nadie dentro: por fin, se descerrajó la puerta y entramos. Los criados

habian desaparecido: corrió mi padre al momento á su cuarto y halló abierta una puertecilla imperceptible que en un tabique habia.

—¡Os han robado la vida, pobres hijos mios! exclamó abrazándonos convulsivamente. No quiero acordarme de lo que entónces padeció mi padre. Nosotros olvidamos por él todo lo demás, y al fin logramos que no le matara el dolor que por nosotros sentia.

Mientras contaba esto Rafael, brillaban sus ojos, humedecidos por dos lágrimas que el recuerdo de su padre le arrancaba, y lloraba Luisa en silencio, con ese llanto que hilo á hilo sacan de nuestro corazon los recuerdos de amor y de ternura. Don Ramon no lloraba, porque no le presentaba con viveza su imaginacion al padre infeliz que ve muerta la esperanza de sus hijos, pero estaba todo lo enternecido que podia estar, y componiendo su cigarro con un increible esmero, se hacia el distraido, sin atreverse á mirar á los dos hermanos. Hubo un momento de silencio y prosiguió Rafael.

—Un criado antiguo de mi padre, que le habia servido lo ménos veinte años y que tenia más de sesenta, sabia el secreto paraje donde tenia mi padre todo su dinero: este

fué el que haciendo cómplices suyos á todos los demás criados, nos robó y huyó con ellos adonde hasta ahora nadie los ha hallado. Mi padre, yo no se por qué, tenia el capricho de que el mejor caudal es el que consiste en dinero contante: todo el suyo estaba encerrado en una arquita de hierro que creia suficientemente guardada, porque no era avaro, en un nicho sigilosamente cerrado y cuya puerta estaba blanqueada como lo restante de la pared. Yo no sé cómo sabia el secreto el infame viejo, que para decir verdad, quitada esta falta, no habia cometido otra mientras habia estado en casa, distinguiéndose por el amor que nos tenia y por su religiosa fidelidad.

—Tentóle el diablo sin duda,—dijo don Ramon.

—Podia haberle destentado Dios,—prosiguió Rafael,—y á todos nos hubiera venido bien, pero no sucedió así, sino que consintió que pasara á manos de un viejo para condenarse, la fortuna de dos jóvenes, que acaso por ser pobres se condenarán tambien.

Reflexion es esta que no podemos dejar pasar de ninguna manera sin censura. ¿Quién eres tú miserable hombre, para meterte en

cuentas con el Hacedor? ¿Sabes tú acaso lo que te conviene? ¿Te has olvidado de que no hay mal que por bien no venga?

Algunos hay que dicen, que con la misma razon puede asegurarse que tampoco hay bien, que no venga por mal. Si esto fuera verdad, el mal, padre del bien, seria abuelo del mal y bisabuelo de otro bien, y tatarabuelo de otro mal y así sucesivamente; de lo que resultaria que no habria ni bien ni mal estables y duraderos. No va esto muy descaminado de lo que en la vida se observa. ¿Pero entónces no hay bien absoluto, no hay felicidad? Pues ya se ve que no la hay, y aunque es verdad que no nos vendria mal á nosotros peregrinos, que peregrinamos en romería, por este, al otro mundo ,hacer el viaje alegremente y con gozo, ó no hacerle, sin embargo, ¿qué sabemos nosotros de eso?

Paciencia y barajar, que no se hizo Zamora en una hora.¿ Pues qué, no hay más que irnos al cielo los que á el estamos destinados, sin haber hecho nada para ganarle? Quien quiera truchas que se moje las bragas. Y perdóneseme el mal tono del refran, en atencion á que aquí encaja como de molde.

Y en cuanto á vosotros, los que os hayais

de condenar ¿de qué os quejais? Sabed, pobres tontos, que estos males de acá son tortas y pan pintado, comparados con los que habeis de padecer en el infierno, y que el mas agudo dolor, aunque sea de muelas, que padezcais aquí, le habeis de llorar allí con ternura, como un placer pasado, hasta en los momentos que en el infierno están destinados al regocijo y sabroso entretenimiento de las almas. Y así, ni los que nos salvamos, ni los que os condenais, podemos ni debemos quejarnos de este mundo, y si alguno se queja, será un bruto testarudo é incapaz del precioso don del raciocinio, porque sino á poca lógica que tuviera, daria con estas razones y... y al fin, daria con estas razones y con otras, y probaria que era un hombre hecho y derecho, con su alma correspondiente para pensar.

Pero volvamos á Rafael que seguia diciendo. Desde este maldito dia, no volvimos á tener uno solo bueno. Mi padre, yo no sé si se hizo más áspero de carácter, ó si á mí sólo me lo parecia; porque desde entónces empezó á hablarme todos los dias acerca de la necesidad en que yo estaba de dedicarme á algo. Como hasta entónces no habia en-

trado en mis cuentas la de que algun dia tendria que trabajar para sostenerme, no era de esto de lo que con más gusto hablaba con mi padre, que se desesperaba al ver mis pocos ánimos y se echaba á sí mismo la culpa de no haberme destinado á ninguna carrera fija. Al fin, ayudado por sus consejos, y mas que por nada por la critica posicion en que nos hallábamos, porque ya estábamos manteniéndonos con el dinero á que se habian reducido todos los muebles de lujo y alhajas que en mi casa habia, hubiera yo sin duda ninguna dedicádome á trabajar; pero, á esta sazon, mi padre cayó enfermo. Durante la enfermedad, que fué larga y peligrosa, no se pensó en nada sino en su vida. Cuando se levantó de la cama, donde habia padecido tanto moral como físicamente, estaba mi pobre padre completamente enajenado, y habia caido en un estado de imbecilidad en que ni tenia memoria, ni áun conciencia de vida.»

Luisa lloraba, ahogando los suspiros dentro de su pecho. Rafael procuraba separar los ojos de ella, y hablaba con cierta valentía, queriéndose hacer superior á la amargura de sus recuerdos.

—En esta situacion,—prosiguió,—pasó una porcion de tiempo, en el cual, como mi padre estaba reducido al estado de un niño, fuí yo el jefe de la familia. Cada dia pensaba mil veces en tomar una resolucion, y ver el modo de asegurar nuestra vida; pero á decir verdad, nunca lo pensé seriamente, porque nunca por más que he querido, he pensado sériamente en nada, ni he podido concebir cómo el porvenir puede labrarse en el presente. Así, pues, dia trás dia, se pasaron todos los que me podian haber servido para arreglar mi vida. A este tiempo ya se habia vendido la casa en que viviamos.

Desde que yo estaba á la cabeza de la casa, se habia gastado un dineral; porque en la parte económica no se ha´ conocido un padre de familias peor que yo: en limosnas sólo he gastado un ojo de la cara. Yo creo que las leyes dicen algo de curador, ó cosa así, para los hijos de un padre demente, menores de edad; pero el juez de primera instancia, era enemigo de mi padre y no se habia acordado de tal cosa. Yo me alegro de esto todavía, aunque acaso debiera sentirlo; porque aborrezco de muerte todas las leyes escritas, y necesito de toda mi

fe para no aborrecer tambien las reveladas.

Siento en el alma que Rafael no sea un modelo de virtud; pero por lo visto, segun tres ó cuatro cosas que le hemos oido decir, desde que está hablando, no es su corazon, ni todo lo blando, ni todo lo sencillo que nosotros quisiéramos. Nosotros, es decir, los lectores y yo, que todos en general, y cada uno en particular, somos indudablemente todo lo virtuosos que podemos ser, aunque no perfectos, que es nuestro gran sentimiento, y debe serlo mucho mayor con respecto á las mujeres, porque quitan toda esperanza de perfeccion en ellas, aquellas palabras de las sagradas letras que dicen: *¿mulierem fortem quis inveniet?* ¿Quién dará con la mujer fuerte? Yo he dado con muchas mujeres fuertes, y la mayor parte de ellas lo son; pero no es sin duda de esta fortaleza de la que se habla.

—Mi padre murió,—siguió diciendo Rafael,—sin que yo me hubiera determinado á nada, y nos quedamos, Luisa y yo solos en el mundo. Pasamos dos ó tres meses en la mayor tristeza, y, aunque muchas veces nos parecia mentira que nuestro padre habia muerto, su sitio vacío en la mesa, y otra

porcion de tristes verdades, venian á desgarrarnos el corazon, y entónces llorábamos juntos al principio, y despues, cuando ya el tiempo iba cicatrizando nuestra herida, no llorábamos, pero sentiamos un amor tan grande á la muerte, que era la que únicamente podia reunirnos con nuestros padres, y una especie de imposibilidad de vivir sin ellos, que yo no sé cómo, ni porqué, no nos perdonó entónces la vida los crueles martirios que nos daba. Todavía no puedo yo concebir cómo un hijo no muere al mismo tiempo que su padre. Siempre que pienso en esto, caigo en una especie de enajenamiento, en que no sé ni qué soy yo, ni qué es este mundo, ni qué es el otro, ni qué es Dios: al fin, no sé sino que padezco horriblemente, y que hay en mí tal impotencia y debilidad, que si alguno me atormentase así, con voluntad de atormentarme, tendria que ser cruel, y bárbaro y cobarde y...

—Ea!—dijo don Ramon, que veia que los ojos de Rafael se iban animando con una energía amenazadora,—sígame usted contando su historia. ¿Qué hizo usted despues que murió su padre?

—Despues,—dijo Rafael, á quien esta li-

gera interrupcion habia cortado el revesino—despues que pasó este tiempo, un dia, despues de muchos que habian pasado lloviendo, amaneció tan claro, tan hermoso, el sol bañaba con una luz tan alegre, los verdes campos cercanos y las azules crestas de las montañas que se perdian en el horizonte, que estando yo asomado al balcon de mi cuarto, empecé á respirar envuelto con el aire suave y aromático que besaba las más delicadas flores del jardin, sin moverlas apenas, una alegría, una confianza en mí mismo, una cosa en fin que no sé lo que era, que se apoderó de mí, y, llenándome de esperanzas vagas, me hizo concebir la idea de entregarme á la suerte. Ese sol, ese aire, ese cielo, todos estos pensamientos, más hermosos aún que el sol, el aire y el cielo ¿no son mios? me decia yo á mí mismo. ¿La suerte, podrá ménos de ser madre amorosa de quien tanto, y tan inocentemente goza? Yo he nacido para ser feliz, mi felicidad no está aquí, corramos en pos de ella!

La consecuencia que yo saqué de esta felicidad, que me habia hecho sentir la hermosura de la naturaleza y de la soledad; porque desde mi balcon, tenia á la vista un tran-

quilo y solitario campo; la consecuencia que yo saqué, sin que despues haya podido adivinar el porqué, cuando he pensado en ese dia, fué que la ventura mia estaba en la sociedad y en el tumulto. Fija ya esta idea en mi imaginacion, no me costó mucho trabajo convencer á Luisa de que era buena. La hablaba yo con un convencimiento tan íntimo, con una verdad tan grande, que logré inspirarla mi misma confianza, y consintió en acompañarme á Madrid, desde donde, la decia yo, iriamos á visitar otros países; porque yo así lo creia, aunque no sabia el cómo. No teniamos nadie que nos estorbara, ó que nos aconsejara, que entónces hubiera sido lo mismo; por consiguiente, en muy poco tiempo estuvimos en disposicion de emprender nuestro viaje. Vendimos los muebles que nos quedaban; y entre el dinero que nos produjeron, y el que teniamos, vinimos á reunir unos mil duros. Desde luego nos pareció poco dinero, pero el bastante, segun mis cuentas, para lo que necesitábamos.

Teniamos tambien una casuca con una huertecilla, pero no la quisimos vender, y se la dimos á una pobre mujer que la habitaba, que era viuda y tenia una porcion de

hijos. Aquello no valia más que cuatro ó cinco mil reales, pero era para la pobre mujer la felicidad de toda la vida, y á nosotros nos aumentaba bien poco el caudal. No hay dinero en el mundo que pague la sensacion que experimentamos, al ver las lágrimas de agradecimiento que derramaba aquella pobre gente. Desde el umbral de esta casa montamos en nuestro carruaje, porque no quisimos dar esta buena nueva á aquellos pobres hasta el último momento. En esto, hubo en mí cierta especie de supersticion, porque creia yo, que la bendicion de aquella familia en el principio de nuestro viaje, era de buen agüero y valia tanto por lo ménos, como una bendicion papal. Llegamos despues de un corto viaje á Madrid, y aquí ha sido donde yo he aprendido, que las bendiciones no sirven de nada, si no van acompañadas de otras muchas cosas. Los primeros dias no dejó de ocurrírseme algunas veces que nada tenia de bueno nuestra posicion, pero esto sólo se me ha ocurrido en dos temporadas de nuestra estancia aquí, al principio en que la falta de relaciones me hacia considerar temblando nuestro aislamiento, y ahora al último, cuando he visto

que todas las relaciones contraidas no se oponen de ninguna manera á que uno pueda estar aislado tanto como guste. Ya me cansaba yo de estar sólo en medio de tanta gente, cuando á los cuatro ó seis dias de nuestra llegada, encontré afortunadamente á un teniente coronel, muchacho de excelente carácter, que habia parado en una de sus expediciones, quince dias en nuestro pueblo, donde nos habiamos hecho muy amigos. Uno y otro nos alegramos mucho de encontrarnos, y desde aquel dia empezó para mí una vida nueva. Tenia mi amigo más de trescientos, y bien pronto tuve yo otros tantos. Entónces ya no me acordé de otra cosa, sino de divertirme, y aunque no me olvidaba de nuestra crítica posicion, sin embargo, siempre que esta idea me venia á las mientes, me decia yo á mi mismo; ya destinaré yo un rato á pensar sériamente en esto, y lo que es sériamente nunca llegué á pensar.

Luisa me preguntaba muchas veces qué tal iban mis asuntos, y yo la respondia que perfectamente, y se lo probaba contándola, una por una todas las carreras que un hombre de mi talento podia emprender cuando le diera la gana. Mucho me quitaron el tiempo

para pensar en otra cosa, unos amores que tuve y que todavía tengo, con una hermosísima mujer de quien me enamoré—¡me acordaré toda mi vida!—la primera tarde que fuimos á paseo al Prado. Lo primero que hice así que tuve amigos, fué buscar uno que me llevara á casa de mi querida, que vive con una tia suya, porque han muerto sus padres. No se pasaron cuatro dias cuando ya nos queriamos los dos con todo el amor que hay en el mundo, con un amor...!

Calló aquí Rafael y estuvo largo rato embebido en sus pensamientos. En medio de toda su ligereza, yo tengo para mí, que aquel muchacho habia de amar con todo su corazon, y que el pobre padeció con el recuerdo de sus amores, lo que sólo sabe el que haya padecido de este achaque. Yo no sé si he padecido y me guardaré muy bien de decir una palabra, de lo que yo me figuro que sentiria Rafael, temeroso de descubrir la mucha frialdad ó el mucho calor de mi corazon, ó mi poca experiencia.

Y ya que se habla aquí de experiencia en amores, quiero decir, que me parece á mí que esta experiencia entre todas las experiencias del mundo, siendo la más amarga, es la que más ingrato sabor deja en el corazon.

¡Feliz tú amante no experimentado, es decir, áun no engañado ni vendido: estáte quieto y no te apresures! ¡Feliz tú si siempre fueras inexperto! Pero amigo, no será así, porque la experiencia es muy necesaria sin duda á los hombres, y no te ha de querer tan mal lo que tú quieras bien, que engañándote y vendiéndote no te regale esa cosa tan necesaria. Especialmente, ¡oh tú amante á quien me dirijo, si eres hombre, pierde cuidado, que á cargo de las mujeres queda el colmarte del precioso don de la experiencia! Ellas te harán probar los encantos de su inocente falsedad, las delicias de su infantil ligereza, la suavidad de su cándida y amable hipocresía, y los gozos de su pueril malicia. Ellas te enseñarán las reglas de su buena fe y te acostumbrarán poco á poco á la inseguridad de sus palabras, que no son de caballero como tú podias acaso pretender contra la voluntad de Dios, que ha hecho á los hombres para caballeros y á las mujeres para mujeres; ellas harán contigo, en fin, una porcion de cosas que no están escritas, y con esto, amado amante, te hallarás tan experimentado, que no podrás gracias á tu experiencia, volver á los pasados momentos de inexperiencia y de felicidad.

Pero dejemos esto y volvamos á nuestro cuento, que me interesa más que todo.

Despues de haber suspirado profundamente, siguió diciendo Rafael.

—Me amaba Inés, y su tia me queria mucho y se divertia oyéndome hablar. En su casa pasaba yo las noches cuando no iban á otras sociedades ó al teatro. Estas últimas ibamos tambien al teatro Luisa y yo. Las otras noches andaba yo por ahí de salon en salon detrás de Inés, y la pobre Luisa se quedaba en casa, porque para presentarla en sociedad, aguardaba yo á tener coche y una casa donde pudiera mi hermana recibir las aristocráticas visitas de mis amables amigas. Esta fué mi vida durante algun tiempo, pero no duró mucho, porque empezó á hacérseme sentir la necesidad de dinero, y entónces fué cuando traté de veras de hacer algo; pero yo con mi carácter orgulloso, á nadie dije mi verdadera posicion, y eran además mis pretensiones algo elevadas para que pudiera conseguir pronto lo que deseaba. En esto, cayó mi hermana gravemente enferma, y crecieron mis apuros, de manera que me ví precisado á vender todas nuestras alhajas, que valian bien poco, á los quince dias de su enfermedad, porque se habia ya

concluido nuestro dinero. La enfermedad hacia cada dia nuevos progresos, y como yo no perdonaba gasto ninguno, bien pronto ví que nos íbamos á ver otra vez sin un cuarto. Creo que no necesito decirle á usted los dolores que entónces pasé, y los arrebatos de desesperacion, que bajo mil formas me acometieron. Yo fuí entónces un loco, y en vez de acudir á alguno de mis amigos, que acaso hubiera partido conmigo su caudal, cegado por mi orgullo, me decidí á todo, ántes que pedir á nadie un ochavo.

Desde un principio habia dicho á todos mis amigos que no fueran á mi casa, hasta que tomara una en la que mi habitacion estuviera absolutamente independiente de la de mi hermana; por consiguiente, durante la enfermedad de Luisa, nadie fué á vernos, y yo estaba enteramente separado de todo el mundo, menos de Inés, á quien solia ver alguna otra noche. En fin, áun no estaba Luisa en estado de levantarse de la cama, cuando se nos acabó el dinero; entónces lo primero que se me ocurrió, fué vender casi toda nuestra ropa. Yo me quedé con esta levita que tengo puesta, y mi hermana con dos vestidillos miserables. A mí ya se me habia acos-

tumbrado el corazon á penas, y por consiguiente, aunque nuestro estado no podia ser peor, tenia la energía suficiente para esperar que se mejoraria, aunque sin saber á punto fijo cómo. Mi hermana se puso por fin buena, pero á este tiempo, iba en horrible decadencia nuestro pobre bolsillo, en el que se encerraban nueve onzas. Fuese disminuyendo este caudal, hasta que llegó un dia en que pagada la casa, pesaba nuestra fortuna, sin contar con la preciosa bolsita en que estaba metida, entre una onza de oro y ocho de plata, las misma nueve onzas que ántes, pero con alguna diferencia en su valor. Yo no habia dejado de tener voluntad de dar algunos pasos, pero como cuando vendí la ropa, no habia vendido con ella los lujosos atavíos de mi alma, que entónces era más orgullosa que nunca, sentia una invencible repugnancia á presentarme mal vestido, porque esta levita era la peor de mi baul, y esto me hacia casi hasta huir de mis amigos, entre los cuales, los que podian servirme, que no eran muy íntimos, tenian mucho en qué pensar, para acordarse de mi, á ménos que yo mismo no les obligara á ello, siendo acaso importuno. Al fin, ni yo era grande amigo de nadie, ni nadie era grande amigo mio.

Tanto me ataba la pobreza de mi equipaje, que apenas veia á Inés, con quien me disculpaba como mejor podia, alguna noche que haciendo un gran esfuerzo sobre mí mismo, iba á su casa. Ella padecia con esto muchísimo, pero yo padecia mucho más.

Al fin, para acabar pronto, un dia que Luisa y yo estuvimos hablando largo rato acerca de nuestra posicion, viendo que si estábamos así sin hacer nada, no sólo se nos iba á acabar el dinero, sino que íbamos á endeudarnos en la casa en que viviamos, que nos costaba mucho, determinamos buscar una casa en un barrio cualquiera, que fuera malo, con lo que conseguiriamos no vivir en Madrid hasta que la suerte mejorara, y vivir muy barato, y cuanto más barato mejor, porque no teniamos más que veinticuatro duros, y esta era toda nuestra vida. Entónces, yo que he adquirido cierto valor con tan repetidas desgracias, busqué casa y encontré esta, donde segun mi ajuste, podemos vivir sin temor de deudas, á las que temo yo más que á la muerte y más que á Dios, y más que al diablo, unos tres meses. Antes de venir aquí, me despedí de Inés y de su tia, diciendo que asuntos de familia, me llevaban á mi país por una temporada.

Aquella noche ha sido una de las más felices de mi vida, al mismo tiempo que de las más penosas. Llena de pesadumbre Inés y ansiosa de despedirme sin la fria y atormentadora indiferencia, que delante de su tia tenia que fingir, halló medio sin que nadie lo notara, de darme un billete y en él una cita para aquella misma noche. Nos despedimos los dos tiernísimamente y jurándonos una y mil veces, un eterno amor.

¡Desgraciado de mí, que acaso tendré que renunciar á él para siempre!

Calló Rafael y encendiendo un cigarro, se puso á fumar, aparentando mucha tranquilidad y sangre fria. Don Ramon, con una sonrisa entre áspera y cariñosa, dijo entónces:

—¡Cuidado, amiguito mio, si ha hecho usted disparates y tonterias! Si no viera en usted, una porcion de cosas que me prueban lo contrario, creeria que era un loco rematado. ¿Y dígame usted, á qué ha venido esa despedida y ese viaje supuesto?

—Eso lo he hecho,—respondió Rafael,—porque no he hallado otro medio de ocultar mi verdadero estado. Ahora pienso estarme encerrado en casa, hasta ver si la suerte se enmienda.

—¿Y hace usted ánimo ahora tambien, de aguardar á que la suerte venga sin llamarla siquiera?

—No señor, estoy ya corregido; ahora voy á trabajar, voy á traducir del inglés algunas obras, y me parece imposible, segun el mérito que ellas tienen, que no me produzcan lo suficiente para salir poco á poco de aquí, y una vez fuera, cosas he aprendido que no se me olvidarán y que me servirán de mucho.

Hágalo Dios,—dijo don Ramon,—y en estas y otras palabras estuvieron largo rato entretenidos, hablando de los sucesos que habia contado Rafael, hasta que cada uno se fué á su cuarto, don Ramon á dormir, y los dos hermanos á padecer despiertos, ó á soñar padecimientos, dormidos, que es casi lo mismo.

VI.

Por quien soy, te juro, amado lector, que nunca me hubiera podido entrar en la cabeza, que pudiese existir un hombre tan desatinado como Rafael. En el simple modo de contar su historia, se echa de ver, sin más exámen, que es el tal jóven un belitre, cabeza de chorlito, con ménos sesos que un grillo.

Por quien yo siento todas estas cosas, es por su pobre hermana, aunque tambien tiene su parte de culpa, por haber confiado en las locas palabras de su hermano. Pero por más que lo sienta, no dejo de conocer que los dos tienen bien merecida su suerte.

¿Qué plan de vida tenian estos muchachos? ¿En qué pensaban?

Ni tenian plan de vida, ni pensaban en nada, sino en imposibles.

¿Y habrá un sólo hombre sensato que no condene esta conducta, y que no se alegre de ver el escarmiento, que como consecuencia inmediata, trae? No, hombres sensatos, nó; no os separeis ni por un momento de vuestra sensatez, que tanto valdria simpatizar con esos desgraciados. Nosotros, los hombres sensatos, ántes de tener lástima á un infeliz, debemos discurrir de esta manera:

Hay dos géneros de desgracia, una voluntaria por decirlo así, y otra forzosa: aunque los desgraciados de ambos géneros, padecen las mismas penas y los mismos dolores, sin embargo, hay que tener gran cuenta con el orígen de su desventura. Si el desgraciado tiene la culpa de su desgracia, está en el caso de la desgracia voluntaria, y entónces allá se las haya con sus tormentos, que bien merecidos los tiene: si está en el caso de la desgracia forzosa, ó por mejor decir, inevitable,—porque la desgracia, fuerza tanto á unos como á otros desgraciados, sin que haya ejemplo de que nadie se haya dejado poseer por ella, sino cediendo á una bestial violencia;—si está en el caso de la desgracia in-

evitable, entónces es otra cosa; ya podemos interesarnos por él, con sensatez.

Así es que en el caso, y vaya un ejemplo, de un pobre baldado, que pida limosna; el hombre sin cálculo le dará acaso, guiado por su corazon y sin exámen, si es muy generoso, cuatro ó seis cuartos, pero el hombre sensato, para darle limosna, procurará primero saber el orígen de la desgracia de este pobre impedido. Por lo pronto ya sabe que está baldado, y que no hay baldado que le gane en cuanto á padecer. Pero no se contentará con esto y averiguará.

1.º Si este hombre tenia ó no precision de salir de su casa en el dia y á la hora en que corria el viento que causó su enfermedad.

2.º Si la causa por que salió, fué causa admisible, ó nó.

Si este pobre, pues, salió de su casa á trabajar, pero pudo no haber salido, ya el hombre sensato puede tener ménos lástima de él, porque hasta cierto punto, tiene la culpa de su desgracia; pero si la causa que le sacó de casa no fué el trabajo, sino una mala causa, como por ejemplo, el juego ó cosa así; en este caso el pobre léjos de me-

recer limosna, no merece sino la indignacion del hombre sensato. Si despues de este exámen, resulta por el contrario, que la desgracia del baldado ha sido inevitable, entónces el hombre sensato, es verdad que ha gastado algun tiempo en sus investigaciones, pero tambien en cambio, si el otro le daba al pobre cuatro ó seis cuartos, él le da seis ó siete.

Y volviendo ahora á Rafael y á Luisa—¿quién ha tenido la culpa de sus desgracias, sino ellos mismos? Pues qué—¿me quieren decir á mí, que no hubieran podido ser felices, si ellos se hubieran arreglado? ¿No habian llegado ó Madrid con catorce ó quince mil reales? Pues con esto podian haber vivido, lo ménos dos años, y en este tiempo haber trabajado uno y otro, que es bien seguro que no hubieran dejado de hallar en qué.

Y para probar que podian haber vivido dos años, voy á echarles yo la cuenta, y veremos si tengo ó nó razon.

En primer lugar, quito de sus gastos la enfermedad de Luisa, porque estoy seguro de que no la hubiera tenido, si hubiera hecho una vida ménos regalada y poltrona; y en seguida paso á decir lo que debieron hacer, y cómo debieron vivir.

Así que llegaron, debieron alquilar un cuartito amueblado, que como ellos hubieran traido sus camas correspondientes, les hubiera costado echando por largo, seis reales. Bueno.—Esto ya arreglado, echando siempre por largo, yo les sacaré la cuenta diaria, y sabremos lo que les hubiera costado su manutencion.

Empezaré por el desayuno, y se le daré de chocolate, que es al que estarian acostumbrados. En esto no quiero yo que sufran privacion ninguna. Yo quiero que tomen su chocolate correspondiente, si no tan bueno como el que hasta allí habian tomado, por lo ménos arreglado á su posicion, que no era ya la de ántes. Pues bueno; en este supuesto, dos onzas de chocolate á ocho reales libra, importan un real.

Pero mejor será poner aquí la cuenta diaria, como ellos debieron haberla arreglado.

	Cuartos.
Chocolate	8 ½
Bollos	4
Pan	12
Carne	25 ½
Tocino	8 ½
Garbanzos	5
Verdura	2
Huevos	3
Aceite	10
Velas	2
Postres	4
Para especias, sal y otros gastos	3
SUMA TOTAL	87 ½

Importa todo ochenta y siete cuartos y medio, que unidos á los seis reales de cuarto, hacen diez y seis reales y dos cuartos y medio todos los dias, que yo quiero que importen al mes por el pico de los dos cuartos y medio, que bien podria economizarse, quinientos reales justos.

Hé aquí demostrado *matemáticamente*, y cuidado que en las *matemáticas* no cabe engaño, hé aquí demostrado que pudieran haber vivido Rafael y Luisa el tiempo que yo

he dicho, áun cuando no hubieran ganado un cuarto, cosa imposible si ellos hubieran trabajado, como debian haberlo hecho.

Ellos probablemente hubieran respondido á estos sanos consejos mios, que no habian nacido para esta vida miserable. Pero yo les hubiera contestado que nadie ha nacido para nada sino para vivir, y que el vivir se consigue comiendo, y que el comer es por sí necesidad tan grosera, que ni la pueden ennoblecer los más regalados manjares de los reyes, ni la pueden humillar los deslavados potajes de los pobres.

Ellos me hubieran replicado, que dejando aparte la comida, ellos habian nacido para gozar de otras satisfacciones, en una palabra, para hacer otro papel en el mundo. Y yo les hubiera vuelto á contestar que esos papeles vienen ya repartidos, yo no sé por qué primer galan á este teatro del mundo, y que puesto que á ellos, por lo visto, no les habia tocado buen papel, no tenian otro remedio que seguir representando el que tenian, porque la comedia estaba ya empezada, y el director ese de escena, no se curaba del gusto ó disgusto de los representantes, sino de que siguiera la funcion.

Ellos, entónces, jóvenes, llenos de deseos, de esperanzas, de ambicion, considerándose y siendo en efecto capaces de desempeñar el papel que apetecian, mejor que el que les habian dado; ó no me hubieran creido y entónces, de cien veces, noventa y nueve les sucede lo que ahora, ó me hubieran creido, y entónces viendo cara á cara la verdad, hubieran empezado por quejarse del director de escena, y despues de mil pasos que hay para llegar á esto último, me hubieran pedido una soga para ahorcarse, y yo se la hubiera dado, y ellos hubieran hecho lo que hubieran querido, aunque yo creo que habiendo tenido la fortuna de olvidarse nada más que un momento de estas verdades secas, no hubieran hecho nada en contra de sus almas.

Por supuesto que todas estas cosas no vienen aquí á pelo, y mucho ménos, cuando yo sé ya todo lo que les sucedió de aquí en adelante á Rafael y á Luisa; pero á mi entender la moral siempre viene á pelo; de donde yo saco en consecuencia que la inmoralidad su contraria, por ser en todo de ella diferente, ha de montar en silla y no muy dura. Pero fuera de broma, y dejando

aparte estos juguetes de palabras, que no son más que despropósitos, yo creo que el que escribe, donde quiera que le venga bien, debe sin detenerse, arrojar todo lo que de bueno se le ocurra, concerniente á la buena moral, porque,—y vaya una digresion—hay tambien moral mala, que es peor si puede ser que la inmoralidad, y tanto ménos evitada, cuanto ménos conocida. Lo bueno, por supuesto que en todo tiempo es bueno, y á la moral buena la sucede lo mismo.

Hay sin embargo un codiguillo de recetas para hacer, ó no hacer, decir, ó no decir una porcion de cosas, y á estas recetas quieren llamarlas moral, y á esta moral quiero yo llamarla moral vieja, y quiero tenerla tanta rabia, que se la tengo; y no me falta más que ayuda para echarla á puntapiés á los infiernos con todos los empíricos menguados, que armados de su recetario andan por ahí, molestando y ahullando, y no mordiendo á todo el mundo, porque para el valor no hay receta y ellos no tienen corazon para hacerle. ¿Y si no tienen corazon, quien inspira á esa gente las buenas acciones? Nadie se las inspira y por eso no las ejecutan, y si no obran mal, que es la única bondad que en

ellos tal vez se encuentra, á la debilidad de su miserable organizacion se lo debemos: el miedo sólo, no la virtud los contiene, los embaraza y los sujeta. Su cabeza calculista les inspira en cambio infinidad de buenas palabras, pero estas palabras salen de su cabeza heladas, porque su cabeza privada del amoroso calor del corazon, no es más que una sucia cobertera de un vaso tan sucio como ella; no es más que el remate de un mueble cualquiera, el remate de una estufa sin fuego.

Las estufas sin fuego, los órganos sin aire, los hombres sin corazon, y otra porcion de muebles por este estilo, á los que falta lo que esencialmente les hace servir de algo, son los más inútiles de todos. Yo, teniendo frio, daria la más rica estufa sin fuego, por unos guantes de lana; daria el mejor órgano del mundo sin fuelles, por un pito, y daria treinta hombres sin corazon por cada perro de estos que hay cariñositos y tratables.

Si todo esto que voy diciendo pareciere inoportuno, incoherente y desatinado, quisiera que los lectores me lo perdonasen, y para interesarles á mi favor quiero decirles yo mismo, que por todo lo demás soy un

buen muchacho, y que bien sabe Dios que soy capaz de morirme de sentimiento, si dan en ponerme faltas. Ni puede ser de otra manera, porque yo escribo sólo por ganar gloria; y por ver logrado este devorador deseo que se ha engendrado en el sitio más caliente de mi alma, causándome desvelos notables y otros perjuicios, seria capaz de poner cualquier empeño con mis lectores para que yo les gustase.

Con algunos ya he puesto yo á costa de una porcion de pasos que he dado, buenas recomendaciones por medio, y han quedado en servirme.

En cuanto á los que yo no haya podido obligar con mis buenos modos, no puedo hacer otra cosa sino ofrecerme como su más agradecido ahijado, y decirles que soy capaz por atraerme su benevolencia, de ser amigo suyo, que no es poco sacrificio, atendiendo á que entre ellos habrá mucho hombre inaguantable y fastidioso á más no poder, aunque por otra parte de grandes prendas.

¿Y quién más afortunado que yo, si quisieran ser amigas mias todas mis lectoras? ¡Por ellas si que estoy yo dispuesto á dar más pasos que por mi gloria! Y puesto que

tengo esta proporcion, sea testigo todo el mundo á cuyos ojos lleguen estas letras, de cómo me ofrezco por amigo de todas las mujeres mis contemporáneas, desde los nueve años hasta los noventa inclusive, descontando sólo un treinta y tres y medio por ciento que podré aceptar ó no aceptar, pues para ello me reservo este derecho. No faltará quien no conciba por qué hago el sacrificio de ser el amigo de tanta niña y de tanta vieja: yo echo mis cuentas y cargaria gratuitamente, despues de la rebaja que el uso de mi derecho me concede, con las viejas, las feas y las niñas que pudieran entrar áun en el ciento; con las viejas para aconsejarme, con las feas para echarlas como perros á mis enemigos, y con las niñas para educarlas de manera que al ser yo viejo tuviera todavía amigas lindas, que ya que no con amor, suavizaran con cariño la rabia que yo deberé tener de no haberme muerto, si la vida se empeña en divertirse conmigo, haciéndome pasar por todos sus fastidiosísimos estados. Al fin, háganse amigas mias todas mis contemporáneas, que lo demás corre de mi cuenta.

¡Oh mujeres! yo bien conozco que me ha de perder el demasiado amor que os tengo,

pero no lo puedo remediar, porque sois la única cosa casi buena que encuentro por acá abajo, y acaso ¡desgracia lamentable y digna de toda atencion! acaso el único lazo que me ata á la vida.

He observado en algunos ratos de ocio en que paso el dia; he observado con bastante disgusto, que todas mis pocas esperanzas de felicidad, tanto las alegres y ligeras, como las concienzudas, graves y profundas, como las de todas clases, cantan y danzan, ó hablan y se pasean por la cabeza ó por el corazon, ó yo no sé por donde, hasta que ya cansadas, aduérmense siempre entre faldas, y protegidas y arrulladas y acalladas por una mujer. Esto me da á mí muy mala espina, porque mucho me temo que el mejor dia del año, en alguno de esos súbitos y ligeros movimientos tan peculiares á la mujer, deje caer al suelo la que las tenga dormidas en su regazo, mis pobres esperanzas, y me las estrelle. Quiere decir que cuando esto suceda me desesperaré, y este es un gran trabajo para mí; pero desde ahora hasta entónces, sabed, hermosas mias, que soy vuestro más atento, fino, reverente, rendido servidor, amigo, esclavo, amante, todo lo que

querais, menos tercero, quitado el cual encargo, y algunos otros, me teneis siempre complaciente y á vuestra disposicion. Vivo en la calle de... pero será mi mayor placer decírselo de palabra á cualquiera de vosotras que quiera saberlo.

Ahora, disculpado ya de mi inoportunidad, incoherencia, etc. etc., volveremos con gusto á mis reflexiones, que ¡es necesario desengañarse! nunca están de más las reflexiones juiciosas, para inculcar en los ánimos, sobre todo de los jóvenes, el amor á la vida metódica y arreglada, y el odio al desarreglo y al poco juicio, moralidad que se saca del sucedido de Rafael y Luisa.

Pero á fe que me canso ya de escribir, y voy á dejarlo, porque me parece que no vale esto la pena de estarme aquí encerrado por el bien del género humano, que es lo que yo aquí me propongo, cuando lo mismo le da al género humano que yo le corriga despues que ahora.

Voy pues á distraerme de mis profundas meditaciones, entregándome á los placeres con que convida esta excelente córte de Madrid, centro de toda diversion inocente, contando entre ellas el divertido Liceo artístico

y literario; extremo de civilizacion y de buen gobierno, y medio de irse un hombre viviendo en ella, ó al infierno derecho y desesperado, ó al cielo tambien derecho, si muere con todos los sacramentos y ha llevado con paciencia una porcion de cosas. Córte es esta, en fin, que si se quemara... se quemaria y nada más.

VII.

Cuatro ó seis dias despues de la noche en que Rafael contó su historia á don Ramon, entró este un dia muy contento en casa, fuese derecho al cuarto de Rafael, y le dijo:

—Amiguito mio, que el diablo me lleve si ántes de muy poco tiempo no es usted feliz.

—¿Pues qué hay?—dijo Rafael con una expresion de anhelo infantil, dejando la pluma en el tintero y levantándose de la mesa en que el pobre estaba traduciendo.

—¿Qué ha de haber? respondió don Ramon, nada, sino que se me ha ocurrido un medio por el cual puede usted salir de esta situacion.

—No le veo,—dijo Rafael perdiendo toda su alegría, al oir que no habia nada de

positivo, sino un medio de salir de su situacion, es decir, una esperanza. La esperanza era una cosa, que desde que habia visto tantas burladas, le causaba más dolor que placer, y si hubiera podido hacer áun cuando hubiera sido con sangre suya, una esperanza material y sensible, la hubiera hecho para tener el placer de patearla y escupirla.

—Pues yo si le veo,—dijo don Ramon.—Ante todas cosas, dígame usted, Rafael, ¿está usted seguro del cariño de Inés?

—¿Y qué tiene que ver Inés, ni su cariño, con mis desgracias? ¡Ah! ese mismo cariño es la mayor de todas ellas... mi corazon...

—Vamos, dejémonos de corazones: responda usted á mi pregunta. ¿Está usted seguro del cariño de Inés?

—Sí señor, bien ¿y qué?

—Allá voy, señorito, allá voy: vamos por partes. ¿Y dígame usted, si usted quisiera casarse con ella, querria ella casarse con usted?

Quedóse un rato suspenso Rafael, y por fin dijo:

Hasta ahora no se me habia á mí ocurrido otra cosa más que amarla.

—Nada tiene eso de particular, porque á usted no se le ha ocurrido nada bueno en toda su vida, pero ahora que se me ha ocurrido á mí: ¿dígame usted, se casaria usted con ella?

—Eso es imposible, señor don Ramon.

—Pero si fuera posible ¿se casaria usted con ella?

—Yo la quiero con todo mi corazon...

—Pues bien, ahora es necesario que la quiera usted tambien con la cabeza, y trate usted con mucho juicio de casarse con ella. ¿Ella es rica, no es verdad?

—Señor don Ramon! eso es indigno de mí: yo jamás...

—Pues señor don Rafael, quede usted con Dios, y puesto que es usted un niño incorregible y empeñado en ver otro mundo del que hay, con su pan se lo coma, y no vuelva usted á fastidiarme con sus quejas.

Hizo un movimiento para marcharse don Ramon, y Rafael le detuvo diciéndole:

—¿Pero no conoce usted que por más que yo quisiera seguir su consejo, me es absolutamente imposible en mi estado actual?

—¿Y cuál es ese estado, criatura?—le dijo con cariño don Ramon.

—¿Cuál es? —respondió Rafael, echándose á sí mismo una ojeada—mi estado actual es este: el de no tener más que este traje, el de no tener nada de lo necesario para salir de casa, como no sea por la noche, y áun así hay momentos en que al ver mi sombra, se me enciende la cara de vergüenza bajo el embozo sucio de mi capa raida. ¡Mi estado actual es éste! éste! éste! el de estar desesperado cuando no me olvido de él; el de estar desesperado ahora que usted me le recuerda! ¿Y quiere usted que así vuelva á ver á Inés? Quiere usted que así la pida en matrimonio, para que me den en lugar de eso una limosna, y tenga yo que aceptarla, porque á eso voy, á pedir una limosna! y nada más que á pedir una limosna! Nunca, nunca lo haré; no puedo hacerlo; mi corazon que la adora, es un corazon bueno, generoso; un corazon que me haria seguirla si ella fuera desgraciada, pasando por todas las miserias de la vida; pero un corazon que jamás la seguirá en su felicidad, á costa de tener que olvidar sus sentimientos purísimos, para acordarse ni por un momento de la más despreciable de todas las cosas, de la riqueza!

—Usted es un niño que se exalta por

cualquier cosa,—le dijo don Ramon, con cierta severidad desdeñosa.—Nada de todo eso que está usted ahí diciendo, viene al caso, y estoy yo tan léjos de aconsejarle á usted eso, que por el contrario, sólo en gracia á los sentimientos nobles que usted ha manifestado, le perdono la ofensa que me ha hecho suponiendo en mí ideas, que ni jóven, ni viejo he tenido, ni tengo, ni tendré jamás. Pero dejemos esto que ha sido en usted un olvido de que yo soy tambien un caballero, y hablemos sin acalorarnos.

—Señor don Ramon,—le dijo Rafael que habia escuchado con una satisfaccion indecible las sosegadas palabras del buen militar—nunca he creido yo que usted pudiera aconsejarme nada indigno de usted; mis palabras iban dirigidas á mí mismo, á mi mala suerte, y quisiera poderle á usted probar en lo que le estimo para...

Ea,—dejemos eso,—dijo don Ramon volviendo á su estado de calma benigna y apretando la mano de Rafael.—Usted es un jóven, bueno, noble, todo lo que usted quiera, pero tiene usted un defecto, y es que por falta de experiencia, no mira usted por todos sus lados las cosas, ántes de juzgarlas buenas ó

malas. En este caso estamos ahora precisamente. Lo que yo le he propuesto á usted, tomado como usted lo ha tomado, es todo lo malo que puede ser, pero hay otros lados por donde mirarlo, por los cuales no se presenta con tan sucio aspecto. Escúcheme usted y verá como tengo razon. El amor que usted tiene á Inés, es generoso, es grande, es todo lo que usted quiera; pero todo esto está á mi favor, porque no sé yo qué es lo que va usted á hacer de tanto y tan buen amor, si usted no se casa con la mujer á quien así ama. El simple amor, amiguito mio, es decir, el amor no mezclado con una porcion de cosas de que se hace el matrimonio, es acaso el amor ménos simple, pero le sucede lo que á los perseguidos por la justicia, que siempre tiene que andar ocultándose si no quiere ser molestado por los varones justos. Hay además de esto en este amor, una parte muy grande de pecado, y no creo yo que á sabiendas, y por quítame allá esas pajas, vaya usted á indisponerse con la córte celestial, cuando tan fácil le es á usted hacerlo todo bien, con arreglo á las leyes divinas. El mejor modo, pues, de dar giro á ese amor, es el que yo le propongo á usted; es el de ca-

sarse con Inés. Para esto no necesita usted humillarse, ni cometer ninguna bajeza, ni cosa que lo valga; no necesita usted sino decidirse á acometer una de las más grandes empresas que el hombre acomete, decidirse á tener una mujer por inseparable compañera. Esto además, es para el mal de amor de usted un remedio como otro cualquiera; enfermo hay que tiene que llevar toda su vida una cataplasma en el estómago. Siento mucho que le repugne á usted este lenguaje, pero esto lo digo porque pudiera muy bien suceder que usted tuviera alguna repugnancia al matrimonio. Desengáñese usted, Rafaelito mio, este es el único medio de que usted consiga ser feliz, tanto espiritual como corporalmente. Es necesario que dejándolo todo á un lado, se case usted. ¡Qué diablos! ¿no quiere usted á esa muchacha? Si usted no la quisiera, entónces habria bajeza en casarse con su dinero, pero amándola de todo corazon, ¿tiene usted más que no acordarse de nada, sino de su amor? Dígame usted, ¿si usted fuera rico y ella pobre, no se casaria usted con ella?

—¡Mil veces!—respondió Rafael con entusiasmo.

—Pues entónces—prosiguió don Ramon—¿dónde está la bajeza?

—Pero bien—dijo Rafael mordiéndose las uñas—áun cuando mis sentimientos sean los más nobles; en el estado en que estoy—¿no tendria razon el mundo para desconocer su pureza?

—Del mundo, querido mio, espere usted de todas maneras mil injusticias, y haga usted todo lo posible por no ser pobre, porque sino, no solamente será con usted injusto, sino que añadirá á su injusticia la crueldad más refinada.

—Al fin, señor don Ramon—dijo Rafael, como queriendo terminar la conversacion—hay además de todo esto, una razon que será pequeña y todo lo que usted quiera, pero que me sujeta, y que me forzaria á renunciar á todas las felicidades del mundo. Antes de presentarme yo á Inés con esta facha, me dejaria ahorcar cien veces. Para llevar amor á una mujer, es necesario que vaya rodeado de ricas telas, elegantemente perfiladas, y envuelto en una nube de delicadísimas esencias; pero así como yo estoy, lo que se inspira á una mujer es desprecio, y nada más que desprecio, porque no estoy

bastante destrozado para inspirar compasion.

—Yo quiero—dijo don Ramon—que sea verdad lo que usted dice, que tambien puede ser mentira; pero dígame usted ¿y si pudiera llevar su amor envuelto en todas esas zarandajas?

—Eso es imposible.

—Pues no hay nada más fácil.

Oigame usted. Si yo tuviera dinero, desde luego se lo daria á usted, pero no lo tengo, y lo único que puedo darle es buenos consejos, y un medio que se me ha ocurrido para salir de todas estas dificultades. Pues señor, al pasar hoy por una calle, ví que se apeaban de un lindísimo landó, una lindísima mujer y un barbarote de un muchacho de unos veinte y seis años, mas feo que picio, y más innoble que los lacayos. Desde luego me chocó el contraste que hacian con las delicadas formas de la mujer, los abultados y torpes miembros del hombre, que iba echando á perder con su sudor, un riquísimo traje que perdia toda la elegancia de su forma, inutilizando los desvelos del desventurado sastre, al caer sobre el molde antisocial de aquel zoquete. Figuréme que aquella desigual pareja serian marido y mu-

jer, y siguiendo mi camino, iba pensando en una porcion de cosas concernientes al matrimonio y al amor, y á la brutalidad y á la fealdad que van en coche con la elegancia y con la hermosura. Como siempre que pienso en el trastorno de la sociedad, me acuerdo de ustedes, desde que sé su historia, se me vinieron al momento á la imaginacion ahora tambien, sus aventuras. Empecé comparando la figura de aquel bruto con la de usted, y de aquí fuí sacando consecuencias, hasta que vine á parar en la consideracion de que llevándole usted á aquel bárbaro feliz, todas las ventajas que puede llevar un arcángel á una rana, estaba usted sin embargo condenado á envidiar su coche, su mujer y sus galas. ¿Es posible, me decia yo á mi mismo, que mientras el pobre Rafael está metido en casa muriendo de fastidio y de inaccion, ande por ahí un bárbaro como este, autorizado con su frac para parecer caballero? Esta idea del frac, me trajo á la memoria el amor que usted tiene al lujo, y el odio con que mira á esa desgraciada levita. Y en verdad que el mayor disparate que usted ha hecho ha sido vender toda la ropa.

—Cuando la vendí—dijo Rafael—mi único

pensamiento era el dinero, y aunque despues conocí que la ropa es poco ménos necesaria para andar por el mundo que las piernas, y pude haber mandado hacer mas al mismo sastre que me habia hecho aquella, con quien ya tenia yo derecho para contraer una deuda, por haberle hasta allí pagado puntualmente; sin embargo, no lo hice, por temor á las trampas que son cosa opuesta á mi carácter. Pero volviendo á nuestro asunto; á la verdad que no sé en qué puede venir á parar todo eso que usted me cuenta.

—Paciencia, señorito, que á mí me gusta mucho ser ordenado en todas mis cosas, y por nada de este mundo cambiaria yo mi lógica. Todo esto viene á parar, en que de resultas de haber visto á aquel hombre tan feo y de tan mal tono, que merced á su dinero, tenia sin duda en la sociedad todo lo que en ella se puede tener, es decir, trato de gentes, una mujer bonita, y medios de trasporte, cosas todas despreciabilísimas para mí, que tengo esto que se llama trato de gentes, por un castigo del cielo, porque no nací para mercader, y en este trato como en todos, sólo se trata de comprar y vender como en las ferias donde hay trato de bestias, sin

más diferencia que la de ser allí comprados y vendidos caballos, mulas y otros animales, y hacerse todas estas cosas en el trato de gentes, con hombres, que para el caso es lo mismo. Para mí, como iba diciendo, que aborrezco el trato de gentes; para quien las mujeres feas ó bonitas no pasan de ser unos chismes inútiles, no valen nada todas estas cosas, que son una especie de antojo de embarazada para algunos hombres, como usted, por ejemplo. De resultas pues de haber visto á aquel hombre que tenia todas estas cosas, contra todas las leyes de la naturaleza, vine á deducir que usted podia tenerlas con justicia, y que para ello no le faltaba á usted más que dinero. Al momento me acorde de los amores de Inés, que tenia lo que á usted le faltaba. Si logra casarse con ella, pensaba yo, cosa que no es difícil, puesto que ella le quiere, y es casi dueña de su voluntad, porque á una tia y á un tutor, ó se les compra ó se les da un puntillon en caso necesario, ya tenemos á Rafael fuera de todas sus desgracias y en su puesto. No crea usted que dejé de pensar en todos esos inconvenientes que usted ha encontrado, porque le conozco á usted y le quiero de

veras. Me puse, pues, á pensar en el medio de que en todo esto no hubiera para usted más que amor. Despues de mil reflexiones, hallé que lo peor de todo era que usted estaba separado de la sociedad en que se habia colocado al principio, sociedad que por lo mismo que era alta y poderosa, no le servia á usted de nada, ahora que usted estaba muy bajo y muy débil; porque es la sociedad una especie de cuerda tirante, que cuanto más alta está, más fuerzas necesita el pobre titiritero para bailar en ella. Medité un poco sobre esto, y hallé que en la sociedad de usted, la fuerza más poderosa, el balancin indispensable para guardar el equilibrio, eran unos cuantos trapos cortados de este ó del otro modo, y acomodados sobre el pobre cuerpo humano, que desnudo y por sí, parece que no vale cosa. Entónces me dí á mí mismo la razon de cómo usted, á pesar de todas sus disposiciones y facultades, habia venido á caer, rompiéndose el alma, desde su tabladillo, habiéndose imprudentemente quedado sin ropa; sin balancin, para guardar el equilibrio, y seguir haciendo sus piruetas en la cuerda en que bailaba. Lo mismo le sucedió á un

aprendiz de volatin de que nos habla una fábula. Los aprendices de todas las cosas, siempre son confiados, como ignorantes que están de lo que una causa mezquina puede valer en su arte.

No hay cosa en este mundo que no esté enlazada esencialmente con alguna pequeñez: y si así sucede ¿qué se ha de hacer? paciencia y barajar! Razon tiene usted para impacientarse: verdad es que estoy un poco pesado, pero este es mi carácter, y además quisiera yo enseñarle á usted á meditar un poco más sobre todas las cosas, y á no ser tan ligero de cascos.

Pues señor, como iba diciendo, al momento conocí que estaban enteramente cortadas todas las comunicaciones entre usted y su sociedad, vea usted, quien lo diria! por la simple falta de ropa. A este muchacho, me decia yo, no le falta ni carácter, ni querida, ni amigos, ni protectores le faltarian tampoco, si su orgullo no necesitara ir protegido por un frac, para no estar ni un punto más abajo, á su parecer, que aquel que le protegiera. Maldito orgullo! pero al fin le tiene, y es necesario ver como con él y todo, le sacamos adelante. Me parece que no puede us-

ted pedir de un viejo como yo, sino que transija con las faltas que hay en el carácter de usted. Pues señor, sabido ya todo esto, me dí el parabien de haberlo averiguado, y al momento se me ocurrió que era sencillísimo el medio de que usted volviera al mundo á tentar fortuna, pues áun cuando le falten á usted todos sus amigos, tiene usted la otra esperanza de su querida, y si le falta á usted todo, entónces quiere decir que está usted predestinado á ahorcarse, y en ese caso se ahorca, y Cristo con todos, que para eso no le ha de faltar á usted proteccion; al contrario, la tierra, el cielo y sobre todo los hombres, le convidarán á usted amablemente á hacerlo del modo que usted encuentre más suave y más blando y más regalado. Pero yo tengo esperanzas de que hemos de lograr nuestro objeto. No hay más que hacer, sino ponerse muy majo, y con esto, y con lo que su desgracia, que es gran maestra, le pueda haber á usted enseñado, aprovechar el tiempo y no dejar que la cabeza se vaya á pájaros, sino sujetarla á que piense en una sola cosa, y obligarla á que aplique toda la energía que pierde en una porcion de pensamientos vagos y aéreos, á un objeto macizo, con su

correspondiente latitud, longitud y profundidad, capaz por consiguiente de peso y medida, como lo es el matrimonio, que es en lo que yo quiero que piense usted ahora. Para esto, hay la fortuna de que ni áun tiene usted que acudir á su antiguo sastre, que puede que por no mandarle hacer nada sin poderle pagar á tocateja, fuera usted todavía tan niño y tan pobre hombre que anduviera dudando, sin pensar en que al bienestar de un hombre como usted, pueden sacrificarse sin remordimiento de conciencia, de veinte á veinte y un mil quinientos sastres, con todas sus familias, herederos y sucesores.

Yo creo que rebajado el pico, hay justicia en lo que dice don Ramon. Apuradamente, nunca pagarán estos malos cristianos lo que hacen padecer al mundo con sus equivocaciones, con sus enmiendas, con sus mentiras y con sus cuentas que son tan exorbitantes y tan disparatadas como las del gran capitan al rey Católico, que merecia mejor por su mezquindad y real ingratitud, estas pesadas bromas de su generoso caudillo, que no un pobre parroquiano de su sastre, que nada ha hecho por él, sino ur-

garle, medirle y cincharle, y otra porcion de judiadas, sin darle reinos ningunos, sino tormentos, rabietas y sinsabores. Estoy de tan buen humor, que si no fuera porque tengo gana de concluir el cuento, que ya me va á mí mismo fastidiando, habia de poner aquí una especie de legislacion excepcional, con la cual creo yo que se conseguiria que los sastres sirviesen mejor á los hombres.

No quiero personalidades, y así, advierto que si algo malo digo de los sastres, no es de los sastres presentes, sino del ente moral sastre, pues ni por el pensamiento puede pasárseme hablar mal de los sastres vivos, entre los cuales confieso que hay quien tiene tanta y tan merecida reputacion, que apenas la aumentara aquí mi pluma, entregando los nombres célebres, con mi obra, á quien los quiera coger despues de salidos por las yo no sé cuantas bocas, de las yo no sé cuantas trompetas de la fama, prostituta indecente que se vende de mil maneras, y que ahora se venderá con el cuerpo de mi cuento, que es este cuadernillo, en las mismas librerías en que él se venda: y digo el cuerpo, porque el espíritu quedará en mi po-

der para no venderle nunca, ni con fama, ni por separado.

¡O tú, Utrilla, querido sastre mio! ¡Recibe la enhorabuena que te doy de tus poco comunes talentos! ¡Bien sabe el mundo elegante cuánta es tu superioridad en el arte, al resto de tus compañeros! Y bien sabe Dios, que á ponerte á la cabeza de todos, no me mueve á mí el amor de parroquiano, muéveme sólo el amor á la justicia que debe hacerse á tu mérito intrínseco. ¿Quién posee como tú el secreto de que la ropa se ciña al cuerpo como... ¿cómo diré yo? Pero teniendo esta entonacion algun carácter poético, creo que no haré mal en decir, etc., etc., etc., se ciña al cuerpo como la yedra al olmo. ¡Tú, que con esto logras que las piezas salidas de tu taller, tengan toda la elegancia que en tus artísticos sueños imaginas, sin el amaneramiento que tanto se opone á la verdadera elegancia. ¡Tú, en fin, tú, á quien yo ahora me dirijo, tú eres casi el bello ideal del sastre! ¡Tú te has hecho superior á este siglo en que se está cerniendo el porvenir del mundo; este siglo que no hace más que prometer sin cumplir; y separando tu causa de la de todos tus compañeros que mienten con el siglo, que los envuelve en su

marcha, así como á los gobiernos que tambien van envueltos como los malos sastres en los embustes de la época; separándote del siglo, de los sastres y de los gobiernos, cumples tú religiosamente tus palabras, portándote como debes y sin atender á más!

Pero ¡qué puedo yo decir de tí, famoso Utrilla! que no se haya dicho ya en los pocos salones que en la córte tenemos, donde se introduce el delicado y pulcro espíritu tuyo, que reside en todo cuanto corta tu angelical tijera, sobre los cuerpos de los pocos elegantes que tenemos en la córte. ¡Allí es donde absolutamente reinas, y donde por unanimidad y sin contradiccion eres respetado como rey del arte!

Sabe, amigo mio, que no á todos los reyes les sucede lo mismo, pero es sin duda porque no presentan al público obras tan buenas y tan acabadas como las tuyas.

¡Adios! Utrilla, adios, que á quien con justicia pueden tributársele las anteriores alabanzas, no he de ir yo á ponerle el pequeñísimo defecto de que por vanidad y despreciándole, no quiere poner en su corona el floron bellísimo que podia añadirla, si cortara él mismo, con cuidado, los tan necesa-

rios y por él tan desatendidos pantalones!

Tambien de tí me acuerdo, caro y carísimo Rouget, pero sigue vendiéndote caro, que bien lo merecen tus ricas telas, y yo entre tanto me vuelvo á mi cuento, que por desatendido, estoy viendo que me va á salir como los pantalones en que Utrilla no se interesa.

Don Ramon que hablaba á Rafael de que no necesitaba mandar hacer la ropa á su sastre, siguió diciendo así.

—Afortunadamente tengo yo un amigo, á quien nunca hubiera conocido acaso, si mi desgracia no me hubiera traido á vivir á este zaquizamí, y este justamente es el que nos ha de servir más que todos los amigos que hemos usted y yo tenido en nuestros buenos tiempos. En el piso principal de esta casa vive un buen viejo, con quien yo he contraido casi intimidad, de resultas de ser vecinos. Es un buen hombre que ha sido sastre, y que cuando se ha hecho rico ha dejado el taller á un hijo suyo, y él se ha retirado á vivir independiente con su buena mujer, á esta casa, que es suya, donde están los dos tan á sus anchas, y tan contentos como nosotros en un palacio. Yo con mis tres galones y todo, les he hecho algunas noches la tertulia, y me he sentado á su bra-

sero, que por señas, es mejor que el nuestro. Son unos buenos viejos, muy honrados, muy temerosos de Dios, y yo le aseguro á usted que he pasado muy buenos ratos en su salita abrigada y adornada con sus escaparates del niño Jesus y de la divina Pastora en los rincones, con su mesita de nogal con embutidos. en medio, con su reloj de pared sin caja, y con su sofá y sus sillas antiguas de damasco encarnado. Algunas veces les he envidiado en medio de la paz que allí reinaba, y sólo me he consolado con el pensamiento de que los tres éramos tres pobres viejos. Pues señor, con estos viejos, por la parte que tengo de viejo, he hecho tan buenas migas, que todos tres nos queremos como buenos amigos. El señor Lúcas y la señora Josefa, tienen casi su vanidad en ser amigos del señor coronel don Ramon, que es para ellos un hombre muy llano, y el señor coronel don Ramon, les quiere tambien mucho y habla pacíficamente con ellos del bueno y del mal tiempo, de las cosechas y de otras cosas así. Los niños y los viejos se hacen muy pronto amigos: los unos empiezan la vida y buscan con quien pasarla, los otros la acaban y se reunen fácilmente, como buenos

compañeros de viaje. A mi buen amigo, el señor Lúcas, pienso recurrir ahora, y estoy seguro de que me servirá. Haré que hable á su hijo, que es uno de los mejores sastres de Madrid, y se hará usted toda la ropa que necesite, al fiado. Como tengo tanta confianza en que esto ha de producir buenos resultados, yo salgo por fiador con el señor Lúcas de que usted pagará á su hijo, fiel y religiosamente, cuando tenga dinero. Yo inventaré cualquiera historia y se la contaré, para que usted no haga aquí el papel del pobre. Me parece amigo mio, que no puede usted desear más. Entre todos los viejos de este mundo, puede que no haya tres, que despues de saber lo que usted ha hecho, comprendan tan bien como yo, su carácter y su posicion. Gran fortuna ha sido la de usted en dar conmigo, que puedo con todos mis años, ponerme al nivel de usted y prestarle al mismo tiempo toda la experiencia y conocimiento del mundo que á usted le falta. Si usted despues de esto quiere seguir mi consejo, yo le ofrezco á usted mi ayuda para guiarle en el asunto del matrimonio, en el caso de que haya obstáculos que vencer. En los matrimonios, despues del amor, intervienen padres, parientes, tutores, escri-

banos, curas, sacristanes y monacillos. Usted sólo tiene que entenderse con el amor, que es de lo que puede saber algo; de la otra parte positiva sé yo más, y si fuere necesario, le ayudaré á usted á burlarse de ella, con mis buenos consejos de viejo corrido.

Con atencion habia escuchado Rafael lo que el buen coronel le habia dicho, y hallando en todo ello un fondo de verdad y un cariño grandísimo de parte de quien tanto habia pensado en su provecho; por conviccion y por agradecimiento, adoptó el plan de don Ramon, y se propuso salir con sus esperanzas cuerdas, del estado á que le trajeron sus esperanzas locas.

Llamólos á esta sazon para comer, Luisa, que tenia la pobre los ojos hinchados de trabajar.

¡Desgraciados, cuanto hermosos ojos negros! ¡vosotros habiais nacido para ser agitados tan sólo por el placer ó por el dolor!

VIII.

No habia pasado mucho tiempo, aunque sí con el irritante paso de la tortuga para Rafael, desde que le dejamos, cuando un dia á eso de la una de la mañana estaba muy afanado al espejo, viendo el modo más elegante de juntar en un lazo las dos puntas de su corbata. Pudo lograrlo al fin, y despues de puesto un delicadísimo chaleco y un amable frac (1) quedó con su rica camisa de batista, porque lo que es de ropa blanca no habia vendido un hilo, quedó nuestro Rafael que

---

(1) En aquellos tiempos se iba de frac á las visitas de mañana. ¡Cuánto puede aprender el lector aplicado de novelistas de costumbres!

no habia más que pedir, ni de nobleza, ni de elegancia, ni de nada. Apenas se hubo vestido, cuando salió de casa, y dejó á su hermana leyendo, no trabajando, porque desde que habian empezado todas estas cosas, ni Rafael habia vuelto á su fastidiosa traduccion, ni habia permitido que Luisa se echara á perder los ojos atareada en sus labores, á las que se dedicaba la pobre, sin melindres, con cierta paciencia y resignacion de buen tono, pero que indudablemente la eran odiosísimas y la secaban el alma.

No dejó Rafael de notar suspirando, el ridículo que habia en salir tan elegante de una casa como aquella, siendo la tal casa la vivienda del elegante, pero bien pronto su disgusto se trocó en una risita jocosa y amarga, con la cual aceptaba este y otros muchos ridículos. Tomó con esta risita el camino—¿qué camino habia de tomar, sino el de la casa de Inés?

No fué poca la inesperada alegría que ésta tuvo al verle, comparable sólo con el profundo gozo que él experimentó.

Las mujeres no suelen tener gozos profundos; todas sus sensaciones de placer son pura alegría. Esto es lo que á mí me parece,

porque lo que es de positivo, ni yo ni ningun hombre sabemos nada acerca de su parte moral. Quiero tanto á las mujeres, que no está en mis manos el dejar de analizarlas y descomponerlas, siempre que se me presenta ocasion.

Alegróse, pues, nuestra niña, y mientras ella en su alegría no pensaba en otra cosa sino en mirar la bonita figura de Rafael, su tia le preguntaba la causa de su tan pronta vuelta, cómo estaba su hermana á quien ella no conocia, y otra porcion de cosas que en resumidas cuentas nada la importaban. Rafael que ya habia pensado en todas estas preguntas, fué colocando las respuestas que habia imaginado, en su lugar correspondiente, ensartando una tras otra una porcion de mentiras que era un cargo de conciencia, y entre ellas, la de que habia venido solo, y que su hermana no vendria hasta despues de uno ó dos meses. Nada más hubo de particular en esta visita, si no se quiere que deje de ser general el que Rafael é Inés, aprovechando un momento en que la tia buscaba yo no sé qué cosa por la sala, se dieron un beso suavísimo y mudo.

Si algo de malo hay en esto, que yo creo

que sí, preciso es decir que Rafael tuvo toda la culpa, porque la pobre Inés cuando quiso recordar, ya tenia los labios del atrevido muchacho sobre los suyos, y habia soltado el beso.

Salió de allí Rafael lleno de esperanzas y completamente feliz de presente. Al volver á su casa, encontró á algunos amigos por las calles. Fué repitiendo á todos sus mentiras, y en cuanto al faltal secreto de su casa, sólo dijo que vivia en la de un compañero de viaje que tenia casa de huéspedes, pero que era muy mala y que se iba á mudar de un dia á otro.

Mucho habia aprendido Rafael en poco tiempo de desgracia. Yo tengo para mí, que si algo de cierto tiene eso que suele decirse, de que los hombres de talento son pobres, consiste en que todos los pobres son hombres de talento, como quien tan en juego tiene siempre su imaginacion para hallar recursos y expedientes de vida. Lo cierto es que Rafael que no habia sido nunca tonto, era ahora discretísimo, y que durante una buena temporada, en que se vió precisado á desenvolver cierto carácter embrollon, para salir de una porcion de apuros en que le ponia

su situacion, se portó como si toda su vida se hubiera visto en ello.

Cuando entró en su casa, le esperaba con impaciencia don Ramon para preguntarle lo que habia sucedido. Le llamó Rafael á su cuarto, porque desde un principio, con la delicadeza de su carácter, no habia querido que Luisa supiera ni una palabra de esta trapisonda, y allí le dijo todo lo que habia pasado, incluso lo del beso que tantas esperanzas le daba.

Es verdad que esto se lo dijo muy de paso, así como escapado en medio de su entusiasmo amoroso, pero con todo fué muy mal hecho, y harto será que no fuera malo, como amante, el carácter de Rafael.

Fueron despues á comer, y en la mesa, para engañar á Luisa, habló tambien Rafael de mil mentiras que ella acaso no creia, pero que la ocultaban la verdad. En esto daba Rafael una prueba de respeto á su hermana, que le hace mucho favor, pues conocia que hay negocios que aunque nada de particular tienen para los hombres, no pueden ser explicados á las mujeres sin vulgarizarlas.

Aquella misma noche vió otra vez á Inés en una sociedad, donde Rafael se divirtió

todo lo que podia divertirse, porque á pesar de que él se habia decidido á cambiar de carácter en una porcion de cosas, todavía sin embargo, sentia de cuando en cuando sus punzadas, de lo que don Ramon hubiera llamado tontería. Pero en fin, se divirtió, habló mucho, se vió hasta obsequiado por sus antiguas amigas, y no contribuyó esto poco á que Inés se manifestara más amorosa, y á que á pesar de todos los inconvenientes, que no son pocos, para los pobres amantes, delante de gente, tuvieran una conversacion que habia sido acaso la más positiva que hasta allí habian tenido. Toda la felicidad del amor, le estaba entrando á cantaros á Rafael, por los oidos, por los ojos y por el olfato, y no por los otros sentidos, porque el gusto y el tacto son más exigentes y no se contentan ni con palabras, ni con reflejos, ni con aromas.

Mientras de tanta felicidad gozaba Rafael, es de suponer que el buen sastre que indublemente se la habia dado, estuviera *trrin trrin*, *tris tras*, con sus tijeras, sin conciencia de lo que hacia ni de lo que podia hacer.

A todos los genios les sucede lo mismo.

Se acabó la fiesta, y volvió nuestro elegante y obsequiado Rafael á su pobre casa,

costándole no poco trabajo escaparse á su rincon, contestando á algunos de los que con él salian, que le preguntaban—¿dónde está la casa de usted?—vamos por el mismo camino? No, decia Rafael, no voy ahora á casa: voy...

—Pues... le interrumpian, va usted por ahí—amigo, feliz usted! quien fuera como usted!—¿Y quién es ella, porque Inés no será? no, pues yo le voy á seguir á usted los pasos.

Y por este órden oia Rafael otra porcion de tontísimas bromas, insípidas y sin gracia que tanto abundan entre la gente que se llama de buena sociedad, en la cual hay cada tonto y cada impertinente y cada hombre sin educacion de caballero, que yo no sé como puede ser buena. Al fin lo mismo esta noche que todas las demás, logró Rafael zafarse, haciéndose el indiferente y huyendo como del fuego de las amistades íntimas.

Siguió haciendo esta vida una porcion de dias, siempre muy elegante, y casi casi con lujo, porque con seis ó siete mil reales que importaria la cuenta del sastre, estaba al nivel del más pintado, pues afortunadamente no se acostumbra á llevar puesto más que

un traje, y no se ha dado en la moda de llevar los elegantes, dos ó tres mulos cargados detrás de sí, con el resto de su voluminoso equipaje. No llevaba diamantes, ni cadenas, ni sortijas, pero ya tenia él buen cuidado de hablar, siempre que se ofrecia ocasion, muy mal de todos estos enredos, como indignos de la sencillez con que debe vestirse un hombre de buen tono.

No creo yo que los diamantes y otras cosas así, colocadas con buen gusto, estén reñidas con el buen tono, pero todo el que no las tenga, debe ser de la opinion de Rafael, porque ménos le cuesta esto que comprarlas.

Poco á poco, ó por mejor decir, mucho á mucho, fué menudeando nuestro jóven las visitas á casa de Inés, y ya lo llevaba todo muy adelantado con ella, y á decir verdad sin haberse acordado más que de su amor, cuando un dia, su tia que era una de estas tias comunes, aunque con sus pretensiones de aristocracia, le llamó aparte, y le preguntó; pregunta formulada para tales casos, lo ménos hace ya treinta siglos, entre la gente honrada, le preguntó con cierto aire de reprension, que con qué intenciones iba á su casa.

Amante ha habido, que estando un poco

fastidiado de la niña y de su familia, y no pensando en el matrimonio, por no mentir, ha respondido la verdad, y ha dejado helado con su pecadora franqueza al virtuoso preguntante. Pregunta es esta que ha venido á importunar á mil amantes ménos decididos, y que no sabian cuáles eran sus intenciones.

Afortunadamente, Rafael tenia sus intenciones correspondientes, y por la santidad de su fin, podia confesarlas sin ruborizarse. Así es que respondió con sencillez.

—Nuestras intenciones, señora doña Isabel, son las de casarnos.

—¿Con que ella tambien?... ¡Oh tonta de mí, que por mi indiferencia tengo la culpa de todo! Pues no! no será, nó! no será! Usted es un seductor!... exclamó la buena de doña Isabel, con una rabia que daba risa.

A Rafael que estaba muy sereno, gracias á las instrucciones que don Ramon le habia dado para esta esperada escena, le hizo mucha gracia aquello de llamarle seductor.

¡Oh pasiones, y cómo trastornais el sentido de los humanos! ¡Seductor un hombre que trata de llevar al pié de los altares y desde allí á su casa, á la querida de su corazon! ¡Seductor un pobre hombre, que ha sido

seducido hasta este punto por una mujer, que sabe Dios como le saldrá! ¡Seductor, á quien por el contrario le cae la mala suerte de estar siempre velando, sino quiere que su mujer sea seducida por un verdadero seductor, á quien todas las mujeres casi se rinden, bien sabe Dios que contra su voluntad, y contra lo que su obligacion las pide, pero á favor de lo que las piden otra porcion de cosas suyas! No hay valor para sufrir, ni áun enchanza, esta infernal injuria que doña Isabel arrojó sobre el pobre Rafael, que es bien seguro que á no haber estado enamorado como un tonto, ni por todos los tesoros del mundo hubiera vendido su libertad, empeñando al mismo tiempo su honra en manos de una mujer, criatura débil, delicada, temerosa, asustadiza, inocente y simplecilla, cualidades todas que se están brindando, á que un hombre, criatura por el contrario fuerte, grosera, impávida, serena, dañina y compuesta de otra porcion de cosas, venga y se lleve por delante la honra y la mujer, y todo lo que encuentre.

No se enfadó, con todo, Rafael, sino que suavemente y guardándola mil consideraciones, trató de convencer á doña Isabel de que

aquello no era una seduccion, sino todo lo contrario. Hablaba en fin, con tanto comedimiento, se vió ella tan apurada para dar razones en contra del matrimonio de su sobrina con un muchacho tan guapo, tan atento, tan cortés, tan caballero, y por su porte, tan bien acomodado, que en vez de prohibirle la entrada en la casa, como al principio habia dicho, esto quedó reducido á que no volviese tan á menudo, y en cuanto al matrimonio, dijo doña Isabel, que ella estaba bien segura de convencer á su sobrina de que era un disparate y de que se dejara de sus amores.

En medio de todo, no deja de ser amable la simpleza de esta buena tia, que sin alejar al amante creia poder concluir los amores de la sobrina. Es verdad que su intencion fué la de que Rafael no volviera á su casa, pero este se portó aquí como un hombre muy pegajoso y muy difícil de echar de cualquiera parte. Hubiera necesitado doña Isabel tener mucho talento, ó ser idiota, para negarse á convenir en una porcion de razones suavísimas que el buen jóven decia. Sin embargo, esta escena que no deja de ser interesante en la vida de Rafael, ó no se hubiera representado, ó hubiera tenido re-

resultados muy diferentes, sin el pasaporte de rico que Rafael llevaba en su traje. El sabia lo que pasaba en su casa, pero la ropa que no tenia nada que ver con esto, hacia y decia por él una porcion de cosas, que él no se hubiera atrevido á decir por no ser fanfarron.

Entretanto, el autor de aquella elocuencia, entretanto el bueno del sastre seguia *trrin trrin, tris tras*, con sus tijeras, cortando sus fraques, sus levitas, sus chalecos y sus pantalones, cantando tal vez unas seguidillas como quien no se da importancia.

No dejó Rafael de contar á don Ramon, con todos sus pelos y señales, la importante conversacion que habia tenido con la tia de Inés, y el buen viejo que era sin duda algo grosero, y que en todas las cosas de este mundo, cuando ellas son tan limpias como se puede probar, veia algo de sucio y de indecente, creyó notar en las razones de doña Isabel, cierto miedo de perder con su sobrina ciertas cosas que sin duda ella no tenia por sí.

—Pondria las orejas—dijo—á que esa buena tia es pobre, y en ese caso hemos ganado el pleito, porque la sobrina es rica y bien puede usted ser generoso con doña

Isabel y darla lo que quiera. Estoy seguro de que usted haria esto de todas maneras, pero no basta, porque doña Isabel sabrá eso de que no hay que fiarse de nadie, pero tampoco dejará de saber que hay recibos, escrituras y otra porcion de obligacioncillas en que entra papel sellado, y que son promesas firmes y valederas. Ea! no hay que hacer aspavientos; lo que hay que hacer es ver si es cierto lo que yo digo, y asegurarla su parte en la ganancia á esa buena mujer.

Le quemaban estas cosas de don Ramon á Rafael.

—Pero por si esto no fuere como yo lo pienso, es necesario que no deje usted de tener sus citas con Inés. Como ella esté firme, no tenga usted cuidado de nada, porque sin embargo de que los padres ó los que están encargados de los menores, son personas racionales, como cada hijo de vecino, sin embargo, cuando la gente se quiere casar, suelen adolecer de un achaque que se llama *irracional disenso*; y entónces hasta los hijos cuanto más los que no lo son, publican la *irracionalidad* de sus padres y se salen con su gusto, porque las leyes protegen á los

racionales contra los padres así, y otras bestias fieras.

No hubiera necesitado Rafael del consejo de don Ramon para ver á Inés, y así es que no se descuidó y la vió, aunque no muy á sus anchas, como mejor pudo, siempre que ella le proporcionaba una cita por la noche, que fué algunas veces.

Voy ya muy de prisa, y quiero concluir pronto, que sino, habia de describir estas citas de tal modo, que á todo el mundo le entraran ganas de estar en ellas y de citarse un dia sí y otro no, ó de tres en tres dias que es más prudente para no perder la salud, perdiendo el sueño tan á menudo.

En cuanto al otro consejo, tampoco dejó de tomarle, por mas que le repugnara el suponer sentimientos tan bajos en la pobre doña Isabel. Esta procuraba por todos los medios posibles que los dos amantes no se vieran, y era desde el dia en que la dejamos, casi casi hasta cruel con su sobrina, á quien imponia una porcion de privaciones, privaciones que sufria Inés con resignacion, porque así se lo aconsejaba el mismo hombre de quien su tia queria separarla, que en cambio de tan mal tratamiento se tomaba la in-

comodidad de verla con peligro y á hurtadillas, sólo por aconsejarla que tolerase con paciencia los caprichos de esta tia.

¡Oh tia ingrata, corazon de mármol, compara esta conducta con la tuya! No sabias esto, es cierto, pero si lo hubieras sabido puede que no hubieras sabido agradecerlo!

El primer dia que Rafael fué á casa de Inés, le recibió doña Isabel sola. Nuestro muchacho trató de observar si era ó no fundado el juicio de don Ramon, y sin embargo de que ella no queria hablar de tal cosa, él la fué poco á poco metiendo en conversacion, y poniendo en juego todo su talento, la arrancó en fin expresiones que no le dejaban duda de las ruines miras de la pobre doña Isabel. Entónces él, despues de manifestarla un cariño y una ternura de hijo, despues de hacerla mil protestas de que moriria de amor, si ella no consentia en aquel matrimonio, porque él contra su voluntad no hacia nada, despues de otra porcion de cosas por el estilo, con la mayor delicadeza posible, y con tanta, que yo tengo para mí que ni la merecia ni la necesitaba doña Isabel, sino que era hija de que el pundonoroso Rafael no concebia cómo se hacian ciertas cosas;

con toda esta delicadeza, pues, empezó á hacer promesas de alguna cosa más positiva que el cariño.

No quiero entrar en los pormenores de la conversacion: basta saber que en aquella conferencia quedaron acordes Rafael y doña Isabel, y contratada por esta buena tia su querida sobrina. ¿Pero no fué más bien en vista de las buenas cualidades de Rafael, que por otra cosa, por lo que cedió doña Isabel? ¿Hubiera cedido tambien á un hombre perverso por el mismo precio? No señor, es necesario confesarlo; á un hombre perverso le hubiera llevado más, porque algo habia de valer el sentimiento de hacer infeliz á su sobrina.

Algunos apurillos pasó todavía Rafael, porque estaba muy falto de dinero, y se habia cerrado en no pedir un cuarto á nadie, sin que para esto bastaran los consejos de don Ramon; pero estos apuros, todos fueron pequeños y graciosos, que podrian divertirnos un rato si yo no tratara de acabar pronto, diciendo sólo lo puramente necesario.

Despues que doña Isabel estuvo ya de parte de nuestro jóven, todo fué cuesta abajo, porque el tutor de Inés era casualmente ami-

go antiguo de su tia. Ni le perjudicó su pobreza, porque Inés ya la sabia hacia mucho tiempo. Es decir, sabia que no tenia lo que se llama bienes de fortuna, porque él, fué esto lo primero que la dijo, apenas imaginó casarse, pero lo que es de su pobreza en detalle, de su patrona, de su mala casa, de sus apuros de dos ó tres pesetas, de eso no la dijo ni una palabra. La falta de bienes de fortuna tampoco la importó mucho á doña Isabel, cuando lo supo, que fué mucho despues, porque como ella decia, su sobrina era rica por los dos, y él era un muchacho de muchísimas esperanzas, y sobre todo noble y de muy buena familia.

En fin, despues de todo arreglado, se casaron Inés y Rafael, sin bulla y sin jarana, porque habia dado Rafael cierto aire de indiferencia á aquel matrimonio, no en cuanto al amor, sino en cuanto á esas tonterías que suelen hacerse cuando la gente se casa.

Despues de ya casados, fué cuando sin contarla pormenores, se lo dijo á Luisa, que siguió todavía viviendo en aquella casa algunos dias, hasta que Rafael por fin, despues de haberla dicho cuatro mentiras que la probaban la necesidad que habia de hacer

aquello, dispuso que ella y don Ramon, que desde luego se prestó á acompañarla, tomaran la diligencia de Andalucía, estuvieran por allá ocho ó diez dias, y se volviesen despues, escribiéndole su llegada para salir á recibirlos. Todo esto no era absolutamente necesario, pero cuando Rafael lo hacia, bien sabria por qué. Luisa con su carácter angelical y con su costumbre de seguir los caprichos y rarezas de su hermano, aunque rabiaba de curiosidad, se tuvo que contentar con la esperanza de que sabria con el tiempo todas estas trapisondas. Emprendieron con efecto ella y don Ramon su viaje, del que bien pronto estuvieron de vuelta, y fueron recibidos por Rafael, Inés y su tia. Luisa fué á casa de su hermano, y don Ramon se volvió á la suya, porque nunca quiso admitir las ofertas que Rafael le hizo para que fuera á vivir con él. Un dia de allí á algun tiempo fué á verle el millonario Rafael, y le pidió por todos los santos del cielo que aceptase una considerable suma de dinero.

—Lo mas que haré—le respondió don Ramon—será gastar con un poco ménos de economía unos cuantos miles de reales que acabo de heredar: si algun dia me falta di-

nero, cuente usted con mi palabra de caballero, se lo pediré á usted.

—No quiso ofender Rafael su pundonor, haciéndole más instancias.

Lo que hizo don Ramon fué, como quien ya estaba en más anchuras, mudarse á una casa buena, cerca de la de nuestro muchacho, donde comia algunos dias y tomaba todos el café. No sé á punto fijo si siguió ó no disfrutando de la mesa de su amado hermano, un domingo sí y otro nó. Lo que sí hizo fué renunciar generosamente á la peseta diaria, conociendo que esto era en perjuicio de sus sobrinitos, á quienes su padre queria entrañablemente.

IX.

Pasó algun tiempo sin que nada de particular sucediera, hasta que en uno de los últimos bailes de máscaras se encontró Luisa sin saber como, con Cárlos, en uno de los ángulos del salon.

Este Cárlos, es aquel Cárlos que no tendrá nada de particular que hayan olvidado los lectores, que con tan poco temor de Dios, creyendo firmemente que Rafael y Luisa eran marido y mujer, se atrevió contra un matrimonio, y encontró una viuda honrada, que estando en la misma creencia, se atrevió tambien á dar una carta del amante á la para ella inocente esposa de su huésped, pues como acabados de llegar entónces nuestros

jóvenes, ni sabia la buena mujer quiénes eran, ni quiénes dejaban de ser.

La carta aquella habia seguido su curso ordinario, pero áun cuando con ella habian tomado un poco más de carácter los amores, sin embargo no hubo tiempo para que crecieran mucho, porque á lo mejor tuvo que marcharse Cárlos, y aunque muy enamorado, no tuvo más remedio que dejar en Madrid su corazon y su querida, sin despedirse tan siquiera de ella, merced al trato excepcional entre los amigos hombre y mujer, que varía un tanto cuanto del trato del hombre con el hombre.

Acababa pues ahora Cárlos de llegar, y lo primero que habia hecho, apenas sacudido el polvo del viaje, habia sido irse á las máscaras, donde por su fortuna la primera mujer que vió fué Luisa. No era el fuerte del buen muchacho, amar de todo corazon y de buena fe, pero en esta ocasion, apenas se encontró con Luisa, cuando le dió un vuelco el corazon, sintió una especie de frio nervioso, y no tuvo tiempo en medio de su éxtasis para otra cosa, sino para que se le entrase toda entera en el alma la delicada imágen de la hermosísima Luisa. No sé si á ella

la sucedió lo mismo, lo cierto es que los dos se miraban suspensos, y no se acordaban de que las personas bien educadas se dicen algo cuando están juntas.

Por fin Cárlos, sacando fuerzas de flaqueza y venciendo lo que para él en otro cualquiera hubiera sido cobardía de señorito tonto, empezó á hablar y habló tan mal, pero con tanta expresion, que no quiera Dios que yo me meta á decir aquí lo que él dijo allí, con los ojos y con todo el semblante, más que con la boca; yo pobre de mí que no tengo más ojos que enseñar á mis lectores que los de mis garrapateadas letras.

El baile seguia. Rafael estaba cenando con una porcion de amigos que no se hubieran alegrado poco de ver á Cárlos, pero él que estaba ocupado, tuvo buen cuidado de huir de ellos, y no habiendo tenido la fortuna de ser visto, ántes de tenerla, se envolvió en un dominó y échele usted galgos. Luisa estaba con Inés, que como mujer casada y virtuosa y jóven, estaba enteramente á disposicion de su hermana, que se sentaba y se levantaba cuando queria. Eran las dos muy bonitas para que las faltasen moscones, pero todos en fin, viendo y respetando la tenacidad

de nuestro dominó, se fueron con sus bromas al lado de Inés, y hicieron un gran favor con sus risas y su murmullo á Cárlos, y yo creo que tambien á Luisa, que hablaban entre tanto como si estuvieran solos.

Yo no sé lo que se dirian, pero muy marcada debia estar la simpatía entre ambos, porque habia hasta en el sonido de sus acentos un acorde de amor maravilloso. ¡Felices los cantantes que sin divertir á nadie, se divierten ellos en tan sentido duo!

Seguia en tanto el baile, en el cual mucha gente habria más fastidiada que la de nuestra historia.

Llegó por fin Rafael al corro de su mujer y de su hermana, y entónces Cárlos llamóle á parte, quitóse la careta y dejando ver un rostro lleno de entusiasmo y de hermosura, porque es de saber que el amor es gran cosmético y el mejor afeite que se conoce, le dió un abrazo estrechísimo que fué contestado con placer, y sin andarse en más rodeos le dijo:

—Chico, se acabó! estoy decidido á casarme con tu hermana, ¿me la das?

Echóse á reir á carcajada tendida Rafael, y le contestó.

—¡Pues no te la he de dar! tú serás quien no la tomará, enemigo declarado del matrimonio.

—¿Qué quieres apostar á que me caso?—dijo Cárlos, poniendo las dos manos sobre los hombros de Rafael, ¿ea, hacemos una apuesta?

—Pues señor, cásate enhorabuena, que aunque tú no eres muy de fiar, sin embargo me parece que una mujer tan linda y hermana mia, te ha de poder sujetar; además de que, chico, nosotros hacemos buenos casados á pesar de todo. Pero oye—¿ella te quiere, hé? Ya yo me presumia algo de esto. Y vamos, ¿dime, cuándo has venido? Cuéntame, cuéntame.

—Chico mira, no estoy para cuentos, dame una prueba de amor, dejándome hablar con tu hermana, y no digas á nadie que estoy aquí, porque me molestaria ahora cualquier amigo, tanto como una vieja.

Le apretó la mano Rafael, volvióse á poner la careta Cárlos, y el uno cogiendo el brazo á Inés y el otro á Luisa, anduvieron por allí viendo cómo seguia el baile, que seguia bastante bien.

X.

Pues señor, hé aquí que tenemos colocados á los dos hermanos, y á los dos muy bien, porque Cárlos era un título riquísimo de Castilla, que aunque tenia padres, es bien seguro que no se opondrian á este casamiento, porque querian mucho á su hijo, y con sólo verla, querrian tambien á Luisa, por aristócratas que fueran, como no fueran avaros, que no lo eran, y sí padres amantísimos de su hijo.

Todo este fortunon se debia en la mayor parte al bueno del sastre, que *trrin trrin, tris tras*, dale que le darás con sus tijeras, seguia indiferentemente el camino de la vida.

Todo iba á las mil maravillas, y ya era seguro que no habia sido una calaverada del momento, la proposicion de Cárlos.

Una sola cosa pequeñísima en medio de tantas grandes sucedia, y era, nada, para el caso, que tenia una tosecilla ligera la hermosa Luisa, de resultas de un constipadillo que cogió la noche aquella de las máscaras. Para curársela de una vez, se metió en cama por uno ó dos dias, pero ya habia estado un mes enferma, sin que Cárlos la hubiese dejado apenas un momento, cuando un dia en que estaba á su cabecera, se incorporó Luisa en el lecho, pasó con blandura la delicada, blanquísima y casi trasparente mano, por los aromados rizos de Cárlos, dijo con acento modulado suavísimamente y con toda la celestial ternura de la esposa del cantar de los cantares.—¡Cuánto amor! ¡Cárlos! ¡Cárlos mio!... Le dió un beso, y se murió.

Quedó por un momento Cárlos, como bajo la influencia de un sueño, tejido con hilos mágicos de idealidad y de trasparencia, por el espíritu vagaroso de aquella mujer dulce y amorosa como un suspiro, que sin duda acariciaba todavía al alma arrobada de Cárlos, mientras su cuerpo inmoble, caia inclinado sobre los amados labios, los cuales nada habian perdido de su delicado color. Salió en fin de aquel estado, para caer en el dolor

más sombrío, en la más desalentada desesperacion, y en la mayor amargura y el mas grande desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazon humano, que tan positivamente choca y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á tocar los bienes ligeramente y de pasada!

Fueron muy profundos los dolores de Cárlos, para que yo pueda contarlos uno por uno, y tan grandes, que ante ellos se pierden los de Rafael, que estaba loco de pesar, y los de Inés; por lo que se quedarán mis lectores sin noticia circunstanciada de lo que estos desgraciados padecieron, y si quieren sentir con ellos, sentirán más en un minuto que se coloquen en su posicion, que en cinco horas de lectura interesante. Sólo contaré los hechos que bastan para probar la naturaleza de sus desgracias.

Cárlos, atolondrado, alegre, al parecer no muy tierno, que hasta entónces no se habia enamorado de ninguna mujer; una vez probada la compañía que en el mundo hace al hombre el amor, no pudo açostumbrarse á marchar solo por este fastidioso arenal, donde tan pocos consuelos halla, el que no los lleva

dentro de si mismo, ó en el corazon de una mujer querida.

Es verdad que hay una edad en que el hombre no ve en el amor la felicidad; pero Cárlos estaba justamente en la época en que se ve en el amor la felicidad, toda la felicidad, el único objeto de la vida; cuando se tiene un corazon tan lleno de deseos como vacío de goces, si le falta amor, amor! eso que es tanto y que no es nada, lo mismo que el alma del hombre!

Cárlos no dormia, no lloraba, no hablaba, sólo se ocupaba en responder en lo íntimo de su corazon cariñosamente, á una mirada que allí habian dejado impresa los ojos suaves, amorosos y espirituales de Luisa. Rodaba por su cabeza la figura alta, delicada, vaporosa, de su querida, andando con aquella negligencia que tan misteriosamente convidaba al amor, á seguir el inseguro compás de sus pasos cuando vivia, cuando pasaba por delante de los ojos de Cárlos, lo mismo que ahora por su imaginacion!

Yo no sé, si sabiendo lo que esto podia atormentarle, habrá alguien que se niegue á rezarle un padre nuestro, detestándole como á un impío suicida: yo por mi parte le rezaré

trescientos, para que si ser puede, salve Dios esta pobre alma de la pena eterna á que la condujo tan sin ella saberlo, un pobre sastre que sin saber lo que hacia, puso á Rafael y á Luisa en disposicion de que todas estas cosas sucediesen; porque si no hubiera sido por él, es casi cierto que Rafael, aunque se hubiera desojado sobre sus traducciones, no hubiera pasado de ser un pobreton indecente; no se hubiera casado, y sobre todo no hubiera vuelto á ver acaso Cárlos á Luisa, la que tampoco hubiera ido al baile, en que cogió el mortal constipado, ni cosa que lo valga. Al fin yo no diré que la culpa del sastre fuera tan positiva que se le pudiera formar causa; pero mediata ó inmediatamente, de su taller habian salido las penas que aguaron la felicidad de Rafael, los atroces tormentos del pobre Cárlos, la profunda pena de sus padres que no volvieron á tener un dia alegre, y en fin, tantas cosas como ahora mismo estarán sucediendo de resultas de esto.

El bueno del sastre entre tanto, *trrin*, *trrin*, *trrin*, *tris tras*, con sus tijeras, á sus levitas, á sus fraques, á sus chalecos y á sus pantalones!

Un sastre dió la felicidad á Rafael. ¡Tal será la felicidad cuando la puede dar un sastre! ¡Pobre género humano! eso que llamas felicidad, es una cosa que puede deberse á cualquiera, pero la verdadera felicidad sólo se debe á Dios, que es el que dispone de los sentimientos de los hombres; cuando él quiere que uno sea feliz, le hace tonto, y se concluyó!

XI.

Como es costumbre generalmente recibida por los que se proponen algun objeto en sus obras, encerrar en los últimos renglones el resultado de lo que ellos creen que han dicho, y como yo no me propongo ningun objeto en mis obras, sino el de malgastar mi tiempo; y como los últimos renglones de esta cosa parece que dicen que la felicidad está en ser tonto, añado por postdata estas líneas, para advertir á los que lo sean, que no vayan á creer que esto es lo que se deduce de todo lo escrito. De todo lo escrito no se deduce nada, ni puede sacarse ningun fruto malo ni bueno, porque todo lo escrito, está escrito al buen tum, tum, sin ningun *gran pensamiento fundamental*, sin ningun sistema, ni filantrópico,

ni misantrópico, ni nada; al fin, escrito para entretener, no para enseñar, porque á ser este mi objeto, tendria que aguardar á que los años y el estudio madurasen mis ideas, y entónces haria un gran servicio á la sociedad, y si tenia toda la ciencia y toda la profundidad necesarias para imitar algun modelo de estas obras filosóficas que enseñan y dirigen, escribiria, no un cuento, sino un libro de los niños, que aunque de léjos, seguiria en cuanto mis fuerzas me lo permitieran, los luminosos principios y las sublimes cuanto sencillas ideas de algun libro de estos que hay ya escrito, y que á mi entender hará la felicidad futura de esta nacion, así como la de todas, si á sus diversas lenguas se traduce.

Con que quedamos, en que ni digo ni quiero decir nada de bueno ni de malo en este cuento, cuya única intencion es la de añadir paja al inmenso monton de obras que no sirven para otra cosa sino para matar tiempo, enemigo tan fastidioso por lo ménos, como los ratones, y contra el cual, lo mismo que contra estos se han inventado prodigiosamente variadas, infinidad de ratoneras, se han inventado infinidad de pasatiempos, entre los cuales están los literarios, y entre estos,

sin mas pretensiones que las que pueda tener en mecánica el autor de una ratonerilla de mala muerte, coloco yo esta dósis de letras, de palabras, de oraciones, de períodos, de párrafos y capítulos, tósigo bastante para matar un par de horas de tiempo, si el que use de él se aviene á matarle sin provecho propio, y sólo por matarle.

Nadie ha pensado en sacar partido ninguno de los ratones muertos, porque muertos ellos y limpia la casa es todo uno, y esta es la ventaja que se busca y no la de aumentar la racion de carne en la olla. Perseguido, pues, por mí el tiempo, como se persigue á los ratones y nada más, claro está que si aquel á quien yo dé esta receta casera—léase lo anteriormente escrito y mataránse un par de horas, y es probado,—se encuentra con que habiendo hecho uso de ella, efectivamente ha matado ese tiempo, aunque sin instruirse, tiene tanto derecho para quejarse, como el que despues de ver limpia su vivienda de indecentes animaluchos, de que para nada le servian se lamentara.

AGONÍAS DE LA CÓRTE.

1841.

AGONÍA PRIMERA.

—

No vayan á creer los lectores al leer este título, que pienso bajo él decirles que está Madrid agonizando, como no falta quien lo diga de la nacion entera, amenazada, segun algunos espíritus atrabiliarios y no del todo contentos, de una porcion de males que no vemos la mayor parte de los españoles, que tenemos por lo ménos tan buen juicio como el que estos espíritus tenian, ántes de haberle perdido por desgracias particulares. Tampoco crean que las agonías de que quiero escribir, les han de poner á ellos en la de leerme con cierta miedosa repugnancia, semejante á la que pudiera producirles la visita

á un hospital. Nada de eso: mi objeto no es otro sino el de sacar partido del modo particular de morirse que se puede emplear en la córte, que como la vida que en ella se hace, es algo más variado que el que suele emplearse en ciudades ménos populosas, donde la vida es más clara y la muerte ménos oscura. Lo que pienso, pues, publicar con este título, no es otra cosa sino algunos modos de morir, entre los cuales, como conocen los lectores, los habrá más ó ménos graciosos, y hasta puede haber alguno que haga reir á carcajadas, y que si no produce este efecto, más será por falta de estilo mio, que porque en el fondo no tenga él tanta sal y donaire como la cosa más alegre.

Como hasta ahora no se ha observado que nadie haya muerto, sin vivir de una manera ó de otra, puede que alguna de estas agonías toque de refilon alguna parte de la vida del moribundo, y pique por consiguiente en historia. Filosofía y talento es lo que le pido á Dios, que buena falta me hace, y como él me lo conceda, de mi cuenta corre hacer de las agonías de la córte una lectura sabrosísima y entretenida. Y ahora, sin pensar mucho en el modo mejor de empezar, y sin curarme

de que sea mejor ó peor la primera agonía que yo cuente, que las otras que iré contando, porque al fin mis agonías han de tomarse una con otra, y á ojo de buen cubero, voy á enterar á los lectores de los últimos instantes de la vida de un buen hombre, que á haber muerto en otros tiempos, mejor cuenta le hubiera tenido, y á quien la poquedad de ánimo, y la confusion de la córte, han hecho morir con tanta oscuridad, que nadie sabria una palabra de tal cosa, si afortunadamente no estuviera aquí yo para alumbrarla.

La casa del tio Nicolás es una casa muy mala, y el tio Nicolás es por lo ménos tan malo como su casa. Toda ella se reduce á un cuarto que sirve de cocina y de despacho, porque el tio Nicolás, por ser algo, es zapatero de viejo y marido de su mujer, y en aquel cuarto suele trabajar, cuando trabaja, y en aquel cuarto, enfrente del hogar, debajo de una ventanilla, tiene su cama, y encima de ella colgados en una soga unos cuantos chalecos, pantalones y zagalejos de su mujer, en bastante mal estado para que vistan á la soga más que á sus curiosos dueños. Otro cuarto á éste inmediato es tambien de la pertenencia de estos buenos inquilinos, pero á

la sazon está ocupado por una malísima cama, por una silla de esas sin respaldo de los zapateros, por una pila de agua bendita corrompida ya, por no haber sido renovada en mucho tiempo, por un crucifijo de marfil amarillento y viejo, por dos melones colgados en el techo, por tres ó cuatro chancletas viejas que andan rodando por el suelo, y por un pobre hombre que está muriéndose en la paz de la soledad que afortunadamente reina en aquel cuarto. ¡Gran fortuna para un enfermo, no tener ruido ni quebraderos de cabeza con el alboroto de una familia imprudente! Ni el tio Nicolás ni su mujer se curaban una gran cosa del enfermo, y la última era sólo la que entraba, con la ternura que distingue al bello sexo, á darle, sin saber si al enfermo le convenia, un caldo, sustancioso no, pero tan cargado de grasa, que despues de haberle tomado, parecia que nada podia apetecer el paciente, en cuyos labios frios ya con la proximidad de la muerte, quedaba congelada á impulsos del aire húmedo que por aquel cuarto corria, toda la grasa del pesado caldo, con lo que el enfermo hasta postres tenia, que le duraban de caldo á caldo, conservándole en la boca un delicioso sabor

aunque un poco frio, de aquella apetitosa crasitud.

Las noches pasaban en un profundísimo silencio al derredor del moribundo: nadie le molestaba, y si hubiera podido dormir, para qué queria más, pero no pegaba los ojos, y hasta deseaba con anhelo en algunos momentos, cuando su mal le afligia mucho, que alguien entrase por aquel sosegado cuarto; pero nadie entraba ni nadie respondia á su deseo. Verdad es que esto le sucedia por cortedad de genio, porque lo mismo el tio Nicolas que su mujer, le tenian dicho que no tenia más que dar una voz, y al momento subirian, cuando necesitase algo. Muchas veces necesitó mucho, y hasta llegó á querer llamar, y llamó; pero su voz estaba muy débil y se helaba en el aire, y luego desde el cuarto del matrimonio hasta el del enfermo, que estaba un piso más alto, habia veinte y cuatro escalones, todo lo cual unido á ser el enfermo corto de genio, y al refran de que genio y figura hasta la sepultura, hizo que hasta bajar á ella pasase las noches solo, y los dias poco acompañado. Afortunadamente no fueron muchos, y la enfermedad sin ser aguda fué breve, razon por la cual no la

ayudó ningun médico, porque el tio Nicolás y su mujer habian pasado sin él por trances más apurados. Una sola vez pidió el enfermo un facultativo, pero le respondió su huéspeda, suavizando la voz consoladoramente:—Miusté qué Dios! para qué quiusté meico, maldita la falta que hace. Y el enfermo respondió con débil aliento: Bien!— y se quedó sin médico.

Juguete de sus pasiones, habia este pobre hombre que ahora se está muriendo, abandonado el pacífico hogar de un honrado notario eclesiástico, que en su casa de una ciudad de provincia habia dado caritativa acogida al bueno del reverendo padre fray yo no sé cuantos, porque su nombre no ha pasado á la historia, cuando este se encontró exclaustrado de la noche á la mañana, y huérfano á los cincuenta años de edad. Nuestro buen padre, adornado con todas las prendas de un santo varon, lleno de candorosa inocencia, alejado del mundo, acostumbrado á la importancia que su jerarquía de provincial le daba en el convento, y bondadosamente prendado de algunos períodos, efectivamente buenos, de sus sermones, sacó á lucir al mundo un carácter que todo lo bueno tenia, menos lo que nece-

sita un hombre para *manejarse*. No seré yo el que se meta á querer pintar con sus verdaderos colores, ni el cariño que toda la familia del notario cogió al buen religioso, ni el trastorno que en ella hubo el dia fatal en que este, en su asiento de galera, tomó el camino de Madrid, llevado por su deseo de hacer carrera, y lleno de una ambicion *evangélica:* tan inocentes eran sus pretensiones, y tan inocentes las fuerzas con que contaba para salir adelante en su vida de córte.

Llegó á ella por fin y paró en el meson en que paraba la galera, meson que como todos los de su clase, era indecente, pobre, y habitado por chusma más indecente aún, aunque no tan pobre. Diéronle al buen religioso un cuarto, chico, irregular, con mal suelo y peor techo, blanqueado con cal y limpio como una patena, no sólo de porquería, sino tambien de adornos. No le pareció del todo mal este cuarto á nuestro modesto padre; pero á pesar de esto, hubiera indudablemente cambiado de posada, si al aconsejarse, para hacerlo con tino, de la mesonera, que era ni más ni ménos que una de estas morenas hacendositas y agudas como la punta de una lanceta, no le hubiera esta asustado dicién-

dole, que lo que es en la córte, por ménos de tres ó cuatro duros no podria vivir como no fuera en otro meson, peor que el mio, como ella decia, porque bien sabe Dios que la ley que yo cojo á mis huéspedes, no se la coge nadie! En ese mismo cuarto, añadia, he tenido á un señor oidor, que vino aquí á pretensiones y estuvo un año, y le cogí tanto cariño como una madre, y todavía me escribe todos los correos y se acuerda de mi trato y de lo que hice por él.

Parecióle todo esto muy natural al inocente religioso, y el ejemplo del señor oidor le hizo creer que todo el que no pudiera resistir los enormes gastos de una córte, tendria en ella una habitacioncita como la suya. —Como esta ¿he? le decia la patrona; ya quisieran!—Y yo para mí, para qué necesito más? respondia, ya convenido en todo, el inocente padre. En poniendo en este cuarto debajo de la cama algunas manzanas, colgando en las vigas del techo algunas mazorcas de maíz, y teniéndole curiosito con algunas estampas que traigo yo para pegarlas á las paredes, quedará un cuarto muy cuco y muy recogido!

No habian pasado dos horas desde que el

huésped habia manifestado estos deseos, cuando ya la diligente mesonera habia tendido sobre unas pajas debajo de la cama, hasta seis ó siete libras de manzanas, y habia colgado en las vigas del techo, además de dos mazorcas de maíz, tres racimos de uvas y cuatro pepinos sembrados de granos de cebada, que ya habian echado sus tallos y estaban verdes y hermosos que no habia más que ver! Púsole además una rinconera, la cual por ser hecha de la tabla de un pesebre, cubrió con un retacito de una colcha encarnada, adornándola además con una botella que encima puso, en cuyo cuello se sostenia un hermoso ramillete de plumas de pavo real; y en un santiamen quedó el cuarto tan á gusto del padre, como el padre á gusto de la patrona.

Quien así vivió durante seis meses, no tiene nada de particular que muriese como íbamos contando, para lo cual sólo le hacia falta quedarse sin dinero y entregado á los recursos de su pobre carácter. No tardó esto en suceder más de medio año, cuyo tiempo pasó nuestro buen hombre aturdido con las grandezas de la córte, mareado con su movimiento, y sin comprender por consiguiente cómo en ella

se vivia. Todo su amor propio de predicador se perdia en el aire, como se habrian perdido la mayor parte de las palabras de sus sermones, y se convertia en humildad y pobreza de espíritu, ante las más miserables de las personas con quienes tenia que entenderse para sus negocios. Toda esta timidez habia sido nacida de la idea que él habia formado de los enormes caudales de todos aquellos que en la córte vivian en otra parte que en un cuarto como el de su meson. Las palabras ligeras que su patrona habia dejado caer sobre él, hablando del gasto diario de una persona en la córte, fueron indudablemente las que, grabándose firmemente allá en lo íntimo de su poco experimentado pecho, hicieron acaso la desgracia de este infeliz.

Por ellas se quedó contentísimo en el meson, y por quedarse en el meson, y por decir que estaba allí muy contento, fué despreciado y tenido en ménos, por una persona, la única para quien habia traido una recomendacion, y que podia haberle servido de mucho, la cual salió del cuartito del religioso llena de cal, medio atufada con el olor de las manzanas, y renegando y riéndose al mismo

tiempo del fraile cochino, grosero y mal criado, que tan contento vivia en aquel chiribitil. Aquella maldita frase de «¿porque yo para mí, para qué necesito más?» dicha de muy buena fe al que vino á visitarle, probó á este que efectivamente nada más necesitaba, y que era uno de tantos hombres sucios, cínicos y egoistas que para nada sirven sino para dar mal olor á las habitaciones. Negóse pues desde allí en adelante á su recomendado, y se olvidó completamente de sus pretensiones.

¡Oh desgracia, desgracia, y por cuántos caminos llegas á tomar posesion del que señalaste por tu víctima! A un hombre tan corto de genio como nuestro padre ex-provincial, esta falta de proteccion en quien él traia puestas todas sus esperanzas, le acoquinó de tal manera, que bastó para hacerle renunciar bien pronto á sus planes; pero por pronto que este cambio se efectuó en un hombre tan bendito y tan indolente como él, ya se habia pasado el medio año que hemos dicho, y en este medio año habian pasado todas sus medias onzas de oro, que en esta moneda traia todo su dinero, de su bolsillo al de los mesoneros, que en cambio lo habian tratado como á cuerpo de rey.

Escribió entónces nuestro hombre al notario su amigo, diciéndole su situacion, y pidiéndole al mismo tiempo el dinero necesario para volverse á su pacífico y amistoso hogar. Loco este de contento, así que recibió la carta se la leyó á toda su familia, y remitió al momento al pobre religioso hasta unos seiscientos reales, con el encargo de que si algun dinero le sobraba, se llevase de là córte alguna de las muchísimas cosas de gusto que en ella habria. Recibido este dinero, al momento dispuso su viaje el desengañado religioso; pero le estaba reservada al triste, una mala fortuna, de la que ciertamente no era digno. Le estaba reservada nada ménos que la desgracia de morir sin auxilio humano ni divino, con una muerte tal, que ni por sueños amenazaba al santo varon. Peripecias hay en la vida humana, que de pequeñas en pequeñas causas llevan á los hombres desde su ordinario y comun estado de maquinuelas despreciables y egoistas, hasta el sublime de la dicha ó del infortunio. Por una de estas peripecias llegó á encontrarse en una posicion sublime, el prosáico y vulgarísimo padre ex-provincial, que ni sabia lo que eran peripecias, ni cómo, pasito á pasito se camina

muchas veces al verdadero sublime. Todo el toque estuvo en que el dia ántes de ponerse en camino, cayó enfermo, y todo el toque de que esta enfermedad le llevase adonde le llevó, estuvo en que ni los mesoneros eran buena gente, ni mediana tan siquiera, y en que él era un pobre hombre que desde que entró en Madrid se redujo al estado de un niño, porque no le cabia otra cosa en la cabeza; y sin voluntad y atortolado, obedecia á la pícara de la mesonera, que era mala como lo es la gente villana cuando no la da por ser buena, con la maldad más impía y más grosera que han inventado los hombres, si es que no nos la ha regalado Dios.

Al dia siguiente de caer enfermo le propuso la huéspeda, que maldita la gana ni la disposicion que tenia para asistirle, que se levantara, puesto que todavía podia hacerlo, y que ella le traspasaria la cama a casa de unos vecinos, compadres suyos, que le tratarian como de la familia; y que esto se lo decia por su bien, y para que no le molestara la bulla del meson.—Señora, la dijo él (que siempre la llamaba así, con cierto respeto de educacion fina, el pobre teólogo)—señora, bien, bien está, vamos á ver, á ver si

puedo moverme.—¡Vaya si puede usted! replicó la patrona; y en un abrir y cerrar de ojos le incorporó en la cama. Vamos, proseguia,—mientras le iba vistiendo con precipitacion, como quien viste á un pelele—no se avergüence usted porque yo le vista: un enfermo no tiene nada! Ea! tan guapo! ¿Qué es eso, se tambalea usted? Vamos, quieto aquí en esta silla, que voy á traer un caldo capaz de volver la vida á un muerto. ¡Y guardadico que le tenia yo para usted!

A poco rato volvió, y que quieras que no, hizo tomar su caldo, que estaba sazonado como una gloria de Dios, al obediente huésped, y á la calle con él!

Sostenido por un mozo de mulas, llegó por fin á casa de los vecinos, á quienes ya habia hablado la mesonera, que eran el tio Nicolás y su mujer; y allí el infeliz, que habia hecho un grande esfuerzo en su debilidad, quedó medio desmayado. Cuando volvió en sí, se halló acostado en la misma cama que tenia en el meson, que habia hecho traspasar la mesonera de su casa á la de los vecinos; y á poco rato entró esta, y habiéndole ajustado la cuenta de la cama, halló, ó por mejor decir, hizo hallar á su buen huésped, que del

dinero que la habia entregado el dia en que cayó enfermo, que fué todo el que el infeliz tenia, no la quedaban ya sino diez duros para atender á su enfermedad.

¡Bien está; está bien, señora, dijo el pobre enfermo, guarde usted ese dinero y váyame usted cuidando, que Dios se lo pagará!

Eso haré yo con mucho gusto, respondió la patrona; y dando cuatro duros á su vecina, se fué, diciéndola, que como aquel era tiempo de fiestas, porque estábamos á fin de año, no podria volver por allí en cuatro ó seis dias.—El demonio del hombre! añadió, pues no ha ido á ponerse malo en mal tiempo; ¿para qué queria yo mas castañas de Navidad que tener enfermo en casa? Ea, Ambrosia, que así se llamaba la vecina, adios, y echa hoy un trago más á la salud del enfermo. Es un infeliz, harás lo que quieras de él, sin que te diga esta boca es mia.

Bien conocido le tenia la mesonera: en los cuatro dias que el pobre vivió asistido por el tio Nicolás y su mujer, empezando por la asistencia, pasó sin chistar privado de todo recurso, sin mas desahogo que la exclamacion hecha maquinalmente y sin intencion,

e ¡sea todo por Dios! que era su muletilla avorita.

Estaba pues en el estado en que hemos dicho al principio, solo y sin amparo, y encomendado al cariño de sus nuevos patrones, el dia de noche-buena. Serian las nueve de la noche, cuando entraron en su cuarto el tio Nicolás y su mujer, á advertirle que si necesitaba algo aquella noche, no se cansara en llamar, porque ellos iban á casa de unos parientes donde habian reunido sus colaciones, á soltar una cana, comiendo y bebiendo en alegre compañía.

—Bien está, está bien! fueron las últimas palabras del enfermo, que apenas habian pasado dos horas, cuando empezando á sentir un dolorosísimo trastorno en todo su cuerpo, vió convertirse su enfermedad, hasta entónces tan apacible, en la agonía más cruel que ha pillado á nadie á solas y cara á cara. Yo entiendo muy poco de medicina, y no sé explicar de otra manera á los lectores esta violenta y mortal crísis de aquella enfermedad, sino por aquello de que á este pobre hombre le llegó su hora. Cómo él se las compuso con la muerte yo no lo sé; pero es de presumir que se las

compusiera de mala manera, y variando algo su bendito carácter, porque amaneció con la cara de muerto de muy mal humor, y con los puños cerrados, y con las piernas descompuestas, como el que anduvo sin duda ninguna á coces y á puñetazos con sus dolores y con su abandono.

Con la mayor indiferencia del mundo se encontraron al muerto por la mañana los cuidadosos patrones, que volvieron á su casa más alegres que unas páscuas, con el vinillo y la cena. Algo les molestaron las diligencias con que se ocuparon una porcion de gentes de policía, que suelen siempre ocuparse más con los muertos que con los vivos, ántes de poder enterrar al cadáver. Por fin salió este de casa del zapatero, en cueros vivos, y así, desnudo como su madre le habia parido, volvió á entrar en la tierra de que habia sido criado, sin pretensiones, sin bulla, y tan en silencio, que esta es la hora en que ni el notario ni ninguno de sus amigos, despues de tantos años, saben una palabra de esta agonía, que sólo donde el bullicio y la indiferencia de los hombres tiene su asiento, podia haber pillado á todo un ex-provincial, sin más defecto que el de ser un pobre hombre

á pesar de haber llegado á ser fraile de campanillas.

Séale la tierra tan ligera, como insulsa y poco interesante es su historia.

AGONÍA SEGUNDA.

—

La fiel copia de unos papeles que llegaron á mis manos, sin saber cómo ni cuando, y que como el lector verá se reducen á una especie de historia, ó por mejor decir, á un trozo de historia de un quidam, que en ellos quiso escribir algo de su vida, me va á servir de argumento y de agonía para este mi segundo opúsculo histórico-mortuorio, que copiando al pié de la letra los papeles que arriba llevo dichos, empezará así:

«¡Si Dios quisiera que la poca educacion que me dieron mis padres, que Dios tenga en su santa gloria, me pudiera servir de algo, bien sabe el cielo que con este recurso haria

yo llorar, con esto que de mi vida voy á escribir!»

Perdóneme el lector si meto la hoz en miés ajena para decir que así en este extravagante comienzo de historia, como en su continuacion, no he podido ménos de advertir muchas veces cierta confusion y falta de lógica, que forman un contraste muy singular con la sensatez y formalidad que, segun el sosiego de su estilo, debian ser las principales prendas del que escribió lo que vamos á leer. Puede nacer esta confusion, como él parece quererlo indicar en el principio, tan oscuramente, acaso de que Dios no querria que la poca educacion que recibió de sus padres, le aprovechara para escribir fácilmente, trasladando sus ideas al papel con la suficiente claridad. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que la historia no está bien contada ni bien escrita, si hemos de atenernos á lo que segun parece deben ser las buenas historias.

»Yo, sigue diciendo el que bien ó mal, al fin, la cuenta, he sido siempre muy desgraciado y nunca he merecido mi desgracia; pero el mal de los otros me ha consolado, aunque siempre los he querido como está

puesto en razon que nos queramos los semejantes. Nunca me ha sucedido mayor desgracia que la última. El amor es en la buena filosofía fuente de grandes bienes y de grandes males: aunque se le llamara rio, tan bien dicho estaria como fuente, y porque para mí lo ha sido y muy caudaloso y muy corriente y moliente, corriente de males y moliente de bienes, que todos me los ha reducido á polvo vano, por eso estoy yo así, y por eso tengo mal humor desde esta última desgracia, y esto basta. Grande es la voluntad de Dios, pero no se la ve; y esto si se reflexiona es natural, porque todas las buenas prendas de Dios son invisibles, como su Providencia paternal, que es espíritu puro. Necesito muchos consuelos, y por eso los busco más en la religion, que es donde deben estar, que no en el mundo, porque ya se murió mi padre, y por eso quiero entretenerme escribiendo su muerte, que ha pasado sin ser sentida, y por eso la he sentido yo mejor que nadie, porque estaba muy cerca y nadie me ayudaba ni hacia ruido.

»Vinimos aquí, porque aquí, como hay mucha gente, como que es la córte, todos viven mejor que en otras partes, porque es-

tán á la sombra del rey. Algunos reyes dan poca sombra, porque son chicos, y otros la dan mala como la de la higuera, y otros no dan sombra ninguna, sino que arrojando rayos de viva luz hacen desaparecer toda sombra de sus reinos; pero al fin y al cabo más calienta el sol que ellos. Es mucha confusion la de una córte, y no sabe uno lo que pensár á punto fijo. Mi padre era muy conocido en el pueblo en que ántes habiamos vivido; pero aquí en Madrid nadie le llegó á conocer, ni tampoco los vecinos que vivian en la misma casa; y esto es muy raro, porque eran lo ménos trece familias: es verdad que estaban todas tan encerradas, que yo tampoco llegué á conocer á nadie: puede que todos se quejaran de lo mismo. Yo me habia enamorado allá en mi pueblo ántes de esto que voy contando. Lucía era hija de una pobre viuda que habia sido mujer de un compañero de mi padre. Mi padre la aborrecia de todo corazon, cosa extraña, porque era mi padre el hombre más dulce y más cristiano que Dios ha echado al mundo. Lucía y yo no nos conocimos por amistad de nuestros padres, nos conocimos, ó por mejor decir, la conocí yo á ella, guiado por el

amor. Habia yo salido una noche de Diciembre, el dia 7, llevado por mi melancolía á dar cuatro vueltas por un paseo muy solitario que habia y debe haber aún en mi pueblo: la noche no estaba oscura, y sólo una neblina cenicienta era la que hacia que no fuera una noche clara y hermosa. En otras muchas cosas tenia yo que pensar aquella noche; pero apenas me vi solo y léjos de lo que todo el dia me habia estado atormentando, cuando todas las partículas abstractas de mis innumerables pensamientos se reunieron en cuerpo, y de lo que no era otra cosa que desperdicios de pensamientos útiles, formados por deseos vagos que á cada pensamiento le sobraban, vinieron á hacer el pensamiento más inútil, que hoy dia, porque entónces no pensé así, creo que puede apoderarse de un muchacho todo entero; porque no se apodera este pensamiento sólo de su cabeza ó de su corazon, sino de todo él, desde los piés hasta la cabeza. El pensamiento del amor, se apoderó de mí de tal manera, que no me acuerdo ya de lo que entónces me divertí.

»A la verdad, que me hacia mucha falta una mujer. ¡Cosa más rara! Al trasluz de la neblina alcancé á distinguir enfrente de mí y

á alguna distancia, cerca de la fila de casas contiguas al paseo, una figura blanca, seguida de una cosa negra, que saliendo de ella misma, no parecia sino que á cada paso perdia de su blancura la figura aquella, y convirtiéndose en negra, dejaba un rastro de este color, que es lo que las sucede en el camino de la vida á las figuras más blancas, á cada paso que dan. Me acerqué corriendo, llevado más que nunca por mis ideas de amor: como en el espacio que tenia que atravesar, dí tres ó cuatro tropezones, cuando llegué cerca de la figura, ya esta iba á entrar en una de aquellas casas; pero no entró ántes de que yo tuviera el gran placer de distinguir que era una mujer esbelta, de deliciosas formas, con el cabello suelto, que era la cosa negra que la seguia, y vestida de blanco, lo que me dió tanto frio en el tiempo que hacia, que me rebujé con fuerza en mi capa, Luego discurrí que mejor hecho hubiera estado no abrigarme yo tanto, y ofrecerla la capa. Entró aquella mujer en la casa, y yo me quedé solo y con mis ideas de amor á la puerta. El frio me hizo mudar de posicion, y comencé á pasear. Hasta entónces mis pensamientos no se habian fijado en ningun objeto; pero como aquella mujer

vino tan á propósito á presentar á mis ojos la imágen, sobre poco más ó ménos, de lo que mi imaginacion andaba buscando; desde aquel momento, todas mis ideas formaron en torno de ella un círculo, y cada una la pedia lo que la hacia falta. Pedido de mil distintas maneras, lo que todas ellas pedian era amor. Otras ideas tenia yo que hubieran seguramente pedido otra cosa; pero estas no entraron en corro, como era muy natural que sucediera, por ser yo entónces mas jóven, y no poder pensar más que en una cosa, con un olvido completo de todo lo que no tuviera relacion con ella.

»Para eso ahora no puedo pensar en una sola cosa, ni de una sola manera, sino que cada idea se enreda en otras y me las saca enredadas, como dicen que sucede con las cerezas, aunque á decir verdad, un dia que de una cesta quise robarla algunas á mi madre, fiado en esto que se dice de las cerezas, y por hacer el hurto con más delicadeza, tiré sólo del palito de una, y una me salió, lisa y coloradita como unos cielos. En las cositas más pequeñitas va acostumbrándose poco á poco la suerte á ser juguetona y mala, cosa muy natural, en razon de que en eso se diferencia la

suerte perra, de otra porcion de suertes sin nombre de animal, de que se compone la fortuna. Sin pensar en otra cosa que en aquella mujer, me quedé tan frio, que segun creo estuve allí paseándome casi toda la noche. Dormí bien, y por la mañana amanecí con una idea nueva que me convertia en todo un hombre.

»Era cosa de casarse, porque yo necesitaba amor, y mi corazon no podia ya vivir sino unido á otro, y además para eso ha nacido el hombre; cosa muy natural en razon de que ha nacido para todo lo que hace, y eso lo hace casi siempre el hombre, por más que nadie sabe cómo se las compone para hacerlo. Se lo dije á mi padre, que me preguntó, con quién; y como yo no lo sabia, no me dijo ni sí ni nó, ni me habló una palabra de nuestra pobreza. Salí al momento y me fuí á la casa donde habia entrado la noche ántes aquella mujer. Llamé, me abrieron y subí. El cuarto era tan bajo de techo que cuando entré, al tiempo de estirarme un poco para decir con dignidad lo que yo llevaba pensado en vez de saludo, que era esta frase, «mis intenciones son buenas; quiero casarme;» pegué con la cabeza en una viga y me hice

bastante mal.—Mayor fortuna no podia entrar por las puertas de mi casa, dijo la madre de Lucía: tu padre, hijo mio, era compañero del de mi hija, y por cierto que no se ha portado bien con la pobre viuda de su amigo íntimo. Pero hijo mio ¿dónde has conocido tú á Lucía? Yo te he visto muchas veces por ahí, y te he mirado mucho; pero nunca he observado que nos mirases tú: vamos, está visto, los jóvenes nos la pegais como quereis á los pobres viejos.

»Yo creo que no es más encendido el color de la grana que el que entónces salió á las mejillas de Lucía, que vestida con el mismo vestido de la noche anterior, que no era enteramente blanco, y cosiendo enfrente de su madre, labor que sólo habia interrumpido para tirar del cordel de la puerta, estaba tan hermosa, que no necesité yo más que verla, para enamorarme verdaderamente y darme á mí mismo la enhorabuena del tino con que mi instinto me habia llevado á ciegas á encontrar mi felicidad. Saqué á la madre de Lucía de su equivocacion, y pinté como mejor pude el amor que habia concebido tan repentinamente por su hija. Esta, ni me miraba ni se daba por entendida de ninguna de las satis-

factorias expresiones que su madre me dirigia.

»Parece imposible que los matrimonios se hagan con tanta facilidad: á los quince dias de esto, ya habia yo vencido, luchando casi á brazo partido con mi padre, y habia adquirido la pacífica y santa posesion de una mujer, cosa muy natural, en razon de que habia yo hecho más que nadie en este negocio. Me separé llorando de mi padre, que no quiso vivir con nosotros: esta separacion me causó más dolor, que placer me habia causado mi union con la nueva familia; pero no me duró mucho la suegra, que á los ocho dias de enfermedad habia ya concluido con todos nuestros recursos, sin que por eso la faltara nada en los veinte que estuvo en la cama. Todo el barrio sabia el apuro en que nos encontrábamos, y á todos los vecinos les haciamos tanta gracia los dos recien casados, que no hacian conversacion de otra cosa que del trance en que nos encontrábamos, que era indudablemente una de las cosas más notables que sucedian en la ciudad. Cada conversacion de estas tenia por resultado algun socorro, cosa muy natural, en razon de que no hay como hablar de las desgracias para socorrerlas.

»Aquí donde yo estoy ahora, no se habla nada de nada.

»Entre las mujeres que en aquella desgracia nos ayudaron, lo ménos encontré cuatro tan buenas como mi madre. Hay mucha gente buena en el mundo, en los sitios en que hay poca.

»Nada la faltó á mi suegra, á no ser la vida. Murió, sin que nosotros nos separásemos de su cabecera, rodeada de tres ó cuatro antiguas amigas suyas, y espiritualmente consolada por su confesor, que lo habia sido muchos años, y la queria íntimamente como á su hija de penitencia. Murió mi suegra felizmente, y tanto, que hasta el obispo se interesó en su muerte, y gracias á los pasos que dió el confesor con un cura amigo suyo, gran familiar de su ilustrísima, de su mismo bolsillo hizo el obispo una limosna, para hacer á mi suegra un entierrito bastante decente, que no hubiera la pobre disfrutado, si no hubiera sido por tantas relaciones como, en medio de nuestro aislamiento y pobreza, teniamos en la ciudad. Lucía lloró mucho, y estaba tan hermosa en su dolor, que me hizo llorar a mí, y todavia me acuerdo de los

buenos ratos que pasé llorando. Entónces volví á reunirme con mi padre.

»Ay de mí! Todas estas cosas, que por ser de mi amor he recordado, están muy léjos de ser lo que yo quiero escribir; pero es cosa muy natural que me haya distraido algo de mis penas, en razon de que todos son sentimientos, Lucía y mi padre. Era bueno, muy bueno, y mejor para mí: un poco viejo, algo alto era, pero yo bien alcanzaba á abrazarle, y en uno de estos abrazos le hice consentir en venirse conmigo á Madrid. Lucía se alegró infinito de esta determinacion; y aunque á nadie le importe que nosotros viniéramos contentos, a mí me hubiera importado que mi padre hubiera venido con más alegría, como es muy natural en razon de que yo era quien le traia.»

II.

¿Con qué esperanzas venia yo á la córte? Con ningunas. ¿Con qué recursos contaba para vivir en ella mejor que en otra parte? Con muchos; con todos los recursos de la paciencia, y con todos los tesoros del sufrimiento con que cuenta el que ha vivido, vive, y sabe que vivirá mal en todas partes, y en todas partes entregado á lo que buenamente pueda sucederle.

Lucía vino muy alegre, cosa muy natural, en razon de que cuanta más gente la viera, mejor para ella, porque era muy hermosa. El placer de enseñarse es sentido y apetecido por todas las cosas bellas de este mundo, y el pavo, que es un animal bastante estúpido, y que allá á su modo debe ser muy bello, y

estar muy en ello, no bien se ve delante de gente, cuando se hincha de placer, y goza él solo, mucho más que todos los que le miran, en hacer la rueda. Yo tambien vine alegre, porque Lucía lo estaba, y no me metia yo en más averiguaciones. Para ponernos alegres con alegrías ajenas, no hay como no buscarlas el orígen, que puede ser tristeza pura para quien le busca, y más pura, cuanto más le interese la persona que se rie. Mi padre no venia muy alegre, porque era un hombre muy metido en sí, y luego habia vendido una casaca de uniforme y siete cruces cuando procuramos hacer todo el dinero posible para salir de nuestra ciudad.

El hombre más limpio que yo he conocido era mi padre: tenia su capricho en unas cuantas prendas que conservaba casi nuevas en su baul. Toda la ropa de su uso era más vieja que él, y en toda ella no habia más que nna mancha debajo de un boton de una levita de uniforme. No se veia la tal mancha, cosa muy natural, en razon de que estaba cubierta con el boton; pero mas espíritu de vino le tiene costado á mi pobre padre, que el que me seria necesario para limpiar toda la porquería de todos los hombres que se han

ensuciado en esta época, con los cuales no gastaria yo ninguno, porque valen ménos que la levita de mi padre.

Así que yo corrija un folleto de política, que me ha salido muy mal escrito, veremos quién yo soy; pero esto no viene bien aquí, y al folleto me remito.

Yo toco un poco de violin, y mi padre conocia á algunos generales. Como para el cultivo de las bellas artes no hay como una córte, y lo mismo para el cultivo de buenas relaciones, yo, con las ilusiones de artista, y mi padre con las suyas de alcanzar algo; yo mediante una justa y esperada retribucion de mi trabajo sobre las cuerdas, y él mediante una justa y esperada memoria de los que le habian visto en otro estado, uno y otro, si bien se mira, teniamos al venir á Madrid algun objeto que podia hacer las veces de esperanza, cosa muy natural, en razon de que cualquiera cosa sirve para servir de esperanza. A los cuatro dias de nuestra llegada, ya viviamos en nuestra casa: yo no sé á punto fijo, sino que estaba tan alta y tenia tan pocos cuartos que habitar, que debia ser bastante mala; pero era mejor que esta en que ahora vivo, porque como

ahora estoy yo solo y no compongo familia, no necesito tantas comodidades. Yo arreglé mi violin, Lucía se hizo un vestido nuevo, de un color tal, que hubiera escandalizado en una provincia, pero que en la córte no pasaba de ser un medio color. A mí me gustó mucho, y al pagar los reales vellon de su importe, dije lleno de alegría: ¡anda con Dios, que bien los vale! Mi padre por su parte empezó á dejarse el bigote, que entrecano y caido, despues que le creció, daba á su cara el último chafarrinon que podia pedir una fisonomía militar. Por una casualidad tuve yo la fortuna de ver á todos los generales que mi padre vió, y en todos ellos hallé simples particulares, que ni áun con su grado y todo, podian ser graduados de otra cosa. Cuando yo iba á comunicarle esta idea á mi padre, me expresó él el mismo pensamiento con otras palabras, y los dos nos hallamos de acuerdo en este punto, y él renunció á todas sus esperanzas, visto lo poco que valian sus conocidos, y trató de olvidar su antigua vida, y poco á poco la olvidó tan bien y se entregó á una tan nueva, que nunca lo hubiera yo creido. No léjos de nuestra casa habia un café, cuya poco numerosa parroquia

apenas le abandonaba en todo el dia. Dos militares viejos, y más que viejos, avejentados por la mala vida, cada uno con su correspondiente baston de espino, pintado de amarillo, el uno con levita y tricornio, malas prendas las dos y con más lustre de grasa que de cepillo, y el otro con casaca y morrion, estrecha y lamida de faldas la casaca, y ancha y campanuda la imperial del morrion, el uno con botines de paño y el otro sin ellos, y los dos con los piés metidos en unos zapatos, fuertes como de tabla por las palas, y gordos como un tocino por las suelas, bien cosidos y sin puntas, porque encerraban la del pié en redondo; amigos íntimos los dos, los dos militares eran los que á las doce de la mañana, en todos tiempos, se sentaban los primeros, cada uno á un lado de una de las cinco mesas que habia en el café, que era mas chico que la tabla de muestra que tenia encima de la puerta. Esto de estos dos militares no lo he escrito yo, que lo he copiado de una sátira de un dentista, que era tambien parroquiano del café, y se divertia algunas veces en hacer burla de todos los que se reunian en aquella mesa, cerca del mostrador, debajo de un reloj de música muy viejo, al

lado de la trampa de la cueva. Este dentista, que tendria unos sesenta años, y muy poco que hacer en su oficio, era tambien del corro, que además de él y los dos militares, se componia de un relojero, cuya tienda estaba al lado, dirigida por un hijo suyo, y de un copiante de música que habia sido corista hasta los cincuenta años. en muchos teatros extranjeros, sin encontrar en ninguna parte, como le decia el dentista, la honradez de canto que en España.

Toda esta gente estaba en aquel café hasta las dos ó las tres de la tarde, y volvian unos ántes y otros despues, hasta muy tarde por la noche. Mi padre se acostumbró á ir allí, y bien pronto lo olvidó todo en aquel círculo de amigos, que pasaban su tiempo olvidando sus penas y soltando una cana cada dia, á favor de una mistura que bebian, que les hacia hablar con gusto y con calor de cualquier cosa, aunque siempre con decoro, porque hacia allí su oficio la educacion de los militares de graduacion, que eran tres con mi padre. Se cubria seis ó siete veces todos los dias, la mesa, de vasos llenos por mitades de agua caliente y de vino del más barato: sacaba el dentista un pomito del bolsillo del

reloj, que le servia para esto, y echaba en cada vaso unas gotitas de un líquido de color de naranja muy encendido, y con esto, aquel vino malo, mezclado con agua, cogia tanta fuerza y un sabor, aunque no bueno, tan picante, que se convertia en una excelente bebida espirituosa. El dentista ejercia gran influencia en el corro, y este era el premio del gran servicio que hacia, proporcionando á sus amigos el placer de rejuvenecerse con un licor eficaz, que no les costaba más que tres ó cuatro reales diarios, á escote entre todos los compañeros. De cada pieza de dos cuartos se le rebajaba además al dentista un ochavo, y con esto decia él que aún le sobraba dinero para la confeccion de su portentoso elixir. Estaban tan bien avenidos entre sí estos buenos amigos, que quitadas algunas libertades que se tomaba el dentista, á quien todo se lo permitian con gusto, porque era muy oportuno; por lo demás, en las pocas veces que yo acompañé á mi padre entre aquellos señores, nunca observé que se faltaran al respeto debido, y áun en los momentos de más efervescencia en la conversacion, y de mas alegría ocasionada por el abundante licor, nunca se oponian uno, á otro, sin que

precedieran algunas palabras de buena educacion, como estas por ejemplo:—Lo que es eso, perdone usted caballero don Antonio, pero no puedo ménos de no creer del todo lo que usted dice, etc.

Como todos ellos eran viejos, y como yo andaba procurándome por todos los medios posibles algun empleo de mi conocimiento del violin, ya fuera ajustándome como músico en alguna parte, ó ya adquiriendo relaciones para que me llamasen á tocar donde pudiera ser necesario, dejaba que mi padre pasase sus horas con sus nuevos amigos, con los que cada vez iba ligándose más, perdiendo poco á poco sus antiguas costumbres, y adquiriendo otras nuevas, y hasta otra manera de pensar; y yo entre tanto pasaba las mias en mi casa, ejercitándome en tocar el violin, con dos objetos; el principal, para adquirir soltura y fuerza en el brazo derecho para el penoso manejo del arco, y luego para alegrar algo á Lucía, á quien yo queria más que á todo el mundo. Yo estaba alegre solo con tenerla á ella, y eso que ella estaba siempre de mal humor. Más que mis caricias la alegraba mi música, y mientras yo tocaba, ella no se reia ni nada, pero perdia el ceño, y su frente tersa

y blanca, estaba tan hermosa, que así la hubiera yo querido ver siempre. Con esto, apreciaba yo cada dia en más mi arte, y admiraba la gran influencia de la música en el mundo, cosa muy natural, en razon de que mientras yo tocaba, no veia mala cara en mi mujer, que llenaba todo mi corazon. No habia yo podido todavía ni tan siquiera concebir esperanzas fundadas de ganar algo en mi arte, porque no sabia cómo, y ya habian pasado en esto algunos dias, y pronto íbamos á tener muchísima necesidad de algun dinero.

Mi padre estaba siempre muy contento: en su café pasaba su dia, y me aconsejaba que hiciera lo que él, porque la vida debia pasarse así, y me decia que á él le habian abierto los ojos desde que estaba en la córte, y habia tenido la fortuna de caer entre amigos de experiencia, y no como nosotros, que no habíamos visto el mundo mas que por un agujero.

A mí me daba pesadumbre el cambio de mi padre, que siempre olia á la bebida del café, y habia dejado de cepillar su ropa con tanto cuidado como ántes, limpiando muy raras veces la mancha de la levita, que era ya más grande que el boton; pero todo lo

daba por bien empleado, porque le veia pasarlo bien, cosa muy natural, en razon de ser yo su hijo. Una noche que me dijo Lucía que saliera un rato y la dejara en paz con su mal humor, me afligí yo tanto, porque esta era la primera vez que advertí que era algo áspera de carácter, que me fuí al café á buscar á mi padre, y á tener allí un rato de sociedad. Habia muy buena conversacion, y todos tenian muy buen color, y á mí me dió mucha tristeza el ver tan colorada la cara de mi padre. Estaban hablando de una boda de un pariente del relojero, que se iba á celebrar al dia siguiente.

—Aquí está mi hijo—dijo mi padre al verme entrar,—que se ha casado contra mi voluntad, y lo que es ahora, me alegro, y lo mismo me da de una cosa que de otra. ¿No es verdad?—preguntó sin dirigirse á nadie; y haciendo dar á los ojos una vuelta muy particular, y poniéndolos casi en blanco, escupió, y lamiéndose los bigotes se quedó riendo con mucha sorna, con la cabeza ladeada, y con una mano levantada y vacilante en medio de la mesa.

—¿Y quién se opone al amor como se prueba con las obras de los buenos maes-

tros?—Dijo de seguida, y sin punto ni coma, el copiante de música, con una voz algo bronca.

—Se opone la misma naturaleza, si lo consideramos detenidamente, y con aquel... con aquel....—No pasó de aquí uno de los dos militares, que cogió el vaso, en tanto que el dentista, riéndose y mirándole, le contestaba:

—Usted no tiene naturaleza; pero por eso no podemos negar que existe... y si usted la conociera como yo que tengo motivos...

—Caballero don Francisco,—le interrumpió el otro militar,—perdóneme usted, ¿pero no ha de tener naturaleza el señor don Antonio?

—Sí, natura,—respondió el dentista—don Antonio es natura, pero el amor!... quiá!... yo no sé... déjelos usted que se casen, señor don José, que eso es todo, y eso es bueno!

—Yo,—dijo el relojero,—lo que quiero es que se casen, y tanto lo quiero, que yo mismo he de pagar la música de la boda.

—Caballero,—le dije yo entónces,—aquí hay un violin, y aunque yo no tenga mas gusto que el de conocerle á usted por amigo de mi padre, si á usted le parece, yo iré á tocar á esa boda, porque el violin...

—El violin lo llena todo,—interrumpió el copiante de música:—quien dijo instrumentos, dijo violin, y en eso puedo hablar!

Todos hicieron mil elogios de las bodas, de los violines, y de mí y de mi padre, y yo me puse muy contento porque ví en todo esto el principio de mi carrera y la esperanza de algun provecho.

Este primer gozo que habia tenido desde mi llegada á Madrid, me le aguó un accidente que le dió á mi padre, que le hizo caer en aquel mismo momento, de la silla, al suelo. Turbóseme la vista, creyéndole muerto, y apenas oia las diversas opiniones que manifestaban todos, acerca de lo que aquello podia ser.

—Mi elixir no produce jamás esos efectos, y perdónenme ustedes, señores, pero esto es un accidente apoplético. Hijo mio, no hay que quedarse tonto, sino espabilarse y á casa con papá. Yo le ayudaré á usted á llevarle. Vamos andando. Y el dentista y los demás amigos de mi padre le cogieron, y yo los guié hasta nuestra casa que estaba muy cerca. Así que llegamos, le pusimos en la cama; el dentista, despues de haberle examinado, se decidió con valor, porque dijo que

sino iba malo, á hacerle una sangría, y con un cortaplumas que le prestó el copiante de música, le abrió una larga incision en una vena, que gracias á lo bárbaramente herida que habia sido, dejó salir alguna sangre, que dió sin duda alivio á mi pobre padre, y á nosotros esperanzas de que acaso viviria.

¡Alabada sea la voluntad de Dios! sigue diciendo el que escribe lo que copio; pero no he pasado en mi vida una noche más alegre que esta en que mi padre estuvo á dos dedos de la muerte. A la alegría que sentí así que mi padre, aliviado por la sangría, empezó á respirar tranquilamente, se unió el contento que me daba el hallarme entre sus amigos, que pasaron la noche en casa, porque sentados una vez á la mesa, donde cenaron algunas frioleras que yo mismo salí á comprar, se enredaron en conversacion, y con ella, y con su habitual bebida, que sin costarme mucho duró toda la noche, gracias al elixir del dentista; á unos dormidos, y á otros despiertos, y con la risa en los labios, á todos nos cogió la mañana, despues de una velada que se pasó con cuentos graciosísimos que contó el dentista, y que celebramos to-

dos. Yo soy tan amante de la sociedad, que al ver reunida en mi casa esta tertulia, se me ensanchó el corazon, viendo además que mi padre de un momento á otro se ponia mejor, hasta llegar á reirse á carcajadas, á lo último de la noche, de las gracias que se le ocurrieron al dentista, sobre lo milagroso del cortaplumas del copiante, que segun él decia por broma, habia sacado sangre de donde la mejor lanceta del mundo no hubiera podido sacar más que agua caliente y vino con algunas gotitas de su espíritu, llamado por él en aquel momento, con unos gestos que nos hicieron reir á todos, el verdadero néctar ambrosiaco, ó ambrosía nectarizada sublunar racional y económica del doctor Embriagabeodolopon el Persa!

Tanto gusto le dió á mi padre la alegría del dentista, que incorporándose en la cama y con los brazos abiertos, le llamó con la voz cortada por la risa, y despues que le tuvo estrechado al pecho, en donde habia venido el dentista á caer con paso trabado y poco firme, estuvieron los dos asi apretados, riéndose y revolcándose por la cama, hasta que los dos, cansados, se quedaron dormidos, mientras nosotros, en la mesa, nos entrete-

niamos en poner al copiante de música el botin de uno de los dos militares, por alzacuello, porque iba á hacer alguna escena, de muchas que sabia, de abate músico gracioso, bufo cantante con voz de pecho simple y con voz de pecho doble, para todo lo que pudiera ocurrir en los trece primeros sostenidos, guturalmente considerados, con relacion á la armonía instrumental de las notas nones:—Cualidades, señores, nos decia, sin las cuales no hay posibilidad de verdadero bufo, sobre todo en la ópera semiseria! En lugar de hacer la escena, siguió hablando y disputando con los dos militares y con el relojero, hasta que alzando á este la visera de una gorra de nutria, que no se habia quitado en toda la noche, vió que estaba dormido, y con la boca entreabierta, dejando ver sus únicos tres dientes, largos y negros, que siempre le salian fuera de la boca, apoyándose sobre el labio inferior; pero que ahora se le veian todos, porque tenia recogido el labio superior, como que el sueño le cogió riéndose.

Y poniendo aquí punto final á este capítulo, dejo con dolor á mis lectores en la penosa incertidumbre en que yo estaba de esta

historia, cuando como á ellos les sucede ahora, iba yo leyéndola renglon tras de renglon, sin que ninguno de ellos, ni muchos reunidos me contentasen gran cosa.

III.

«De mucho le valió en aquella ocasion al pobre don José, la esperanza que yo tenia fundada en la música de la boda de su sobrino; porque se trataba de avisar al dentista, nada ménos que para que aprovechándose del sueño de aquel bendito, le arrancase en un periquete y con inteligencia, los tres únicos dientes que le quedaban. Yo anduve bastante listo en servir al pobre relojero, y como quien no hace nada, y sin ser notado, le hice salir de su sueño con una jarra de agua que le eché por los cabezones. ¡Pobre don José! Se puso á llorar como un niño, y se marchó á su casa diciendo que desengaño más grande no le habia recibido en su vida. Todos los demás amigos salieron lo mismo

de mi casa, uno á uno, y quejándose de sus compañeros. A mí se me bajó el corazon á los talones, y me dormi en la misma cama de mi padre. Uno y otro estuvimos durmiendo todo aquel dia, sin despertar hasta el siguiente, segun á mí me parece, porque no lo sé á punto fijo; tanto me atolondraron el sueño y Lucía. ¡Lucía, Lucía! Como las mujeres son tan ingeniosas, y tan graciosas, y tan divertidas, y tan amigas de pegar chascarrillos, yo no sé, pero cuando yo desperté, sentí ruido en el cuarto, que estaba á oscuras: fuí á la ventana y la abrí, y estaba amaneciendo, y á la poca luz que entró, ví que, como si entonces viniera de otra parte á la cama, se echaba en ella con cierta precipitacion mi querida Lucía. ¡Pobrecilla! me dijo que toda la noche nos habia estado velando como á unos niños.—¿Qué noche? la pregunté yo.—¿Qué noche ha de ser? me contestó ella, esta noche.—Al fin me confundió, haciéndome una sola noche de la que yo pasé tan jovial con los amigos de mi padre, que á mí me parece que se marcharon todos despues de salido el sol, y de la que acababa de pasar, que para mí era otra, aunque con lo que ella me dijo perdí mi cuenta, y no fué

ya para mí aquella noche, ni una ni otra, ni otra ni una, ni ninguna, porque todos los sesos se me devanaron con lo que mi mujer me decia; porque eso sí, más amor que yo, no la tendrá nadie, por su modo de expresarse.

Mi padre, que estaba tambien despierto, se echó fuera de la cama, y en un momento se vistió con tanta ligereza como si nada hubiese tenido, quejándose sólo de la herida de la sangría, de la que renegaba, diciendo que más vale una gota de sangre de un hombre honrado que diez años de vida, y que el dentista era un bárbaro, y lo que él más sentia, un mal amigo. Aquel dia no salimos de casa á hacer la compra, porque áun nos quedaban algunos restos de la cena aquella tan alegre. De ellos comió mi padre con excelente apetito una buena parte, para desayunarse, y luego se marchó más alegre que unas pascuas, dejándome á mí tambien muy alegre, y convenciendo á Lucía de que Dios se habia interesado por nosotros para sacar á nuestro padre de tan grave enfermedad, tan bien y tan pronto como podiamos desear. Lucía, que al fin era mujer y por lo mismo maliciosa, daba á la enfermedad de mi pobre padre un nombre que yo no repetiré, porque

siempre ha sido mi máxima: cuanto más honres á tu pobre padre, más pecados la limpias á tu madre; y aunque mi padre era ya viudo, y con él no venia ya bien este refran, yo queria, he querido y quiero siempre honrarle, lo mismo cuando podia esto traerla cuenta á mi madre, que cuando ya nó; porque tanto á uno como á otro los he querido lo que nadie tiene necesidad de saber.

¡Vaya un rato malo que pasé, así que mi padre se marchó! Estos son secretos de mi corazon y no quiero decirlos. Cuando uno ama, cualquier cosa le da un mal rato, y cuantos más malos ratos, mejor, señal de más amor. ¡Muchisimo amor pasó por mí aquella mañana! Lucía adoraba en mí, y ella misma me lo dijo; pero una cosa muy rara, que debia ser exceso de amor de parte de ella, que no hay cosa peor que los excesos en todo, una cosa muy rara me quitó á mi el buen humor para todo el dia. ¡Lucía, Lucía! Bien decias tú que yo era un hombre muy apasionado, y que necesitaba para quitarme este defecto, de una mujer como tú, amante tiernísima, eso sí, mucho, mucho, pero muy prudente, muy encogida, muy serena, la misma serenidad, enamorada locamente de mí, sin perder

el juicio y sin dejar de ser una serenidad como una gloria. ¡Lucía, Lucía! ¡Cuánto te he querido! ¡Y sin caer nunca en que la mia era una pasion que me cegaba!

No, pues no he de ser yo el que vaya ahora á ponerse acaso malo escribiendo de esto, que en cambio bien me divertí la noche de aquel dia. A cosa de cuatro ó seis horas de haber salido mi padre de casa, volvió con el relojero, que entró pidiéndome perdon de no haber podido conocer, á causa de su mucha edad, que le habia disminuido algo el talento, que á no ser yo, ninguno podia haberle hecho el beneficio de echarle una jarra de agua por los cabezones. Yo le respondí: señor don José, no hay de qué, yo hice lo que debia y nada más. Don José me aseguró que me estaba agradecidísimo, porque ya le habian dicho sus amigos la graciosa diablura, cosa muy natural en medio de una broma, que querian hacer con él. Más guapo que nunca venia mi padre, que me traia unas cuerdas de violin y un poco de pez griega para el arco. A ninguno se le habia olvidado la boda del sobrino del relojero, y así es que se celebraba precisamente aquella noche. Lo que yo me alegré cuando me lo dijeron, nadie lo sa-

be, porque ya no tenia más que unos cinco reales y dos cuartos segovianos. Mucho me entristeció lo que mi padre me dijo, llamándome aparte.—¿Ves estas cuerdas? ¿Ves esta pez? Pues todo es prestado. A pagar, hijo mio, á pagar.—Le dí todo mi dinero, y él me dijo que le guardaba para él. Las cuerdas y la pez, hijo mio, me decia lleno de amor, se pagarán con lo que tú toques, de lo que tú toques. ¡Artista, pícaro artista! añadia, vas á sacar dinero de un palo viejo á fuerza de... *tirirrin*, *tirirran*, *tirirrin*, *tirirran*; y hacia unos ademanes muy propios de quien toca el violin, que los tengo yo en la uña, porque es mi gloria. Vamos, toda la gracia de su juventud le habia vuelto á mi padre al ver que iban á dar fruto los conocimientos de su hijo. Loco de contento estaba. Me dirigí al relojero, y le pedí licencia para componer en su misma presencia el instrumento que habia de tener el honor de anunciar á su sobrino su gloria amorosa, con sus sonidos fuertes, y darle una idea de la dulzura conyugal, con otros más dulces que el canto de las aves, propios de mi violin.

Dióme, por supuesto, esta licencia, que yo le habia pedido con tan fina educacion, y

entónces descolgué mi violin, le puse cuerdas nuevas y le dejé corriente para la noche. Rogóme don José que tocara alguna cosa, y yo en un momento despabilé un par de contradanzas. Nos despedimos hasta la noche, y yo rendido de fatiga con tantas brillantes esperanzas como me abrumaban, me tumbé en la cama dando suspiros de gozo. ¡Qué dia aquel tan feliz para mí! Todo me le pasé dejando que me rodaran por la cabeza todas las cosas alegres que yo sabia ejecutar con mi violin, que eran muchas, y para una boda más. ¿Qué tenia yo ya que temer? La suerte mia se habia cambiado completamente y empezaba á darme á ganar alguna cosa por medio de las bellas artes. Ya empezaba yo á ser algo en el mundo, y no en el mundo así como se quiera, sino que iba á darme á conocer en una corte, donde con solo un violin y mi buen gusto, podia ganar dinero hasta cansarme, porque lo que es de tocar no me cansaba yo ya, que para eso habia trabajado tanto en robustecerme el brazo derecho. Todo esto me salió verdad, todo estaba bien pensado, porque yo nunca he sido ligero de carácter; pero yo en todo lo que pensaba de felicidad, unia siempre conmigo á Lucia y á

mi padre, y esto es lo que ahora me atormenta más. ¡Qué corazon tan bueno el mio, si no fuera por la fatalidad de que nunca me ha dado cosa alguna de esas de que se dice: eso lo da el corazon, me lo dió el corazon! A mí entónces no me daba nada el corazon, ni luego he observado que me dé nada tampoco.

Por supuesto que yendo yo á tocar á una boda, habia de llevar á Lucía para que bailase, cosa muy natural, en razon de que marido y mujer para eso han nacido. Se puso Lucía encima todo lo que pudo. ¡Cuidado si todo la venía bien! Qué lástima que la pobre no hubiera sido mujer de un príncipe, y con eso se hubiera puesto más y mejor! Al fin hizo lo que pudo. ¡Pobre de mí que me alegro de sus alegrías, y sea lo que sea!

Muchísimo me gustó, cuando la ví vestida con todo lo mejor que tenia. ¡Válgame Dios qué mujer tan hermosa! Cuando uno tiene una mujer así, es cosa de ir á ponerse muy pronto loco, y cuanto más hermosa, mejor para eso, porque tienen todas un corazon que si se pudiera ver, daria gusto de puro liso. La hermosura se ha hecho para todos, cosa muy natural, en razon de que para eso sirve.

Yo tambien me vestí, y la pregunté á Lucía que si estaba bien, y me dijo que á ella siempre la parecia lo mismo. Se lo agradecí mucho, porque llevaba yo un traje muy agradecido, que habia sido de mi padre, menos una corbata de seda azul celeste, con una hebilla muy hermosa de grande, y muy reluciente, y un chaleco de flores, que parecia un jardin, de naturales que estaban! ¡Qué bonito era aquel chaleco! ¡Cuántas cosas buenas llevo perdidas en este mundo! Maldito sea...! no quiero decir un disparate, Dios me lo perdone!

Vino mi padre, que habia comido por allá, y me dijo que ya era hora de ir á la boda y que mi mujer estaba convidada. Todo se la iba á Lucia en mirarse á un cachillo de espejo que teniamos, cosa muy natural, en razon de que nunca acababa de verse. Cuando yo cogí mi violin, no pude contenerme, y en un abrir y cerrar de ojos toqué una porcion de cosas, porque ligereza como la mia, yo no sé, pero creo que pocos la tendrán! Cuando íbamos á salir, vino un caballero, todavía mejor puesto que yo, que nos dijo: Ea, señores, vamos; y echó á andar con mi mujer de bracete, y mi padre y yo detrás con

mi violin en una funda de damasco muy fino, que era una lástima que no estuviera limpio y sin tantos corcusidos. Lo ménos llevaba yo treinta violines en el corazon que me le iban alegrando y rascando! Lucía y aquel caballero, que yo no sé si era de la familia del relojero, iban, que Lucía parecia una mariposa inocente de puro alegre! Llegamos á buena hora, porque no he probado nunca licores más exquisitos que los que allí se bebian! Por fin se empezó el baile y la jarana, y entre todos éramos tres músicos, uno con una flauta, poca cosa, otro con un clarinete, peor todavía, y yo que llenaba solo toda la sala de sonidos. Habia muchísima gente; pero por lo que observé, en aquel baile no sucedia lo que en los de mi ciudad, en que todos los danzantes se conocian: allí no; pero, como me dijo el relojero, esa es la gracia que tiene la corte, además de que él era un hombre de mucho mundo. A pesar de mi buena constitucion, y eso que yo he tenido siempre una encarnadura que nada se me ha enconado, Lucía no se cansaba de bailar con el mismo caballero que la habia acompañado, y ya se me caia el brazo de tanto darle al arco hácia arriba y hacia abajo sobre

las cuerdas. Mi padre estaba jugando y llevaba ganados una porcion de cuartos que tenia en un monton delante de sí En un descanso que nos dejaron á los músicos, me fuí yo donde jugaban, le cogí á mi padre un puñado de cuartos, y gané lo ménos treinta y seis reales, en un cuarto de hora, que si me dejan, yo no sé lo que hubiera hecho! Cuando volví á tocar, ni el inventor del violin hubiera tocado mejor que yo! Además estaba yo muy contento porque no veia bailar á Lucía, que debia estar por allí descansando. Poco me duró el gusto, porque á poco rato la ví entrar por la puerta como si viniera muy cansada. Al momento pensé si habria otro cuarto de baile por allí. Como las mujeres son el mismísimo enemigo en ligereza de carácter, y de piés, y de todo, dije para mí: vamos, la infeliz ha estado sin duda cansándose más, mientras yo creia que estaba descansando. ¡Malditos sean los bailes! Lo que yo temia era que se me pusiese mala, que no hubiera sido mal apuro para curarla! Pero nada, por fortuna, bailara lo que bailara, cuando nos fuimos del baile á nuestra casa, durmió perfectamente, con aquel sueño tan sosegado y tan angelical que siempre la daba,

y luégo se levantó como si tal cosa! Yo no sé si Lucía habrá pasado luego mejores noches que aquella, cosa muy natural, en razon de que la pasó en mi presencia, y luego hace ya una porcion de tiempo que no sé cómo lo pasa; pero yo, y especialmente mi padre, no hemos vuelto á pasar ninguna más alegre entre una reunion tan escogida. Yo seguí desde entonces mi carrera de músico; pero en unos bailes se armaban riñas de puñetazos, en otros de cuchilladas, y esto me quitaba siempre el gozo que yo siento cuando me entrego á las delicias del violin. ¡Ay! si yo hubiera pensado siempre con la malicia que pienso ahora, puede que no sintiera ahora lo que siento, cosa muy natural, en razon de que no me hubieran enseñado á ser malicioso las cosas que Dios me ha enviado para abrirme los ojos! Loco de contento me tenia Lucía, que, como yo ya ganaba algunos cuartos, porque, como yo habia pensado, lo mismo fué darme á conocer en una boda, que principiar á coger fama en la corte, estaba cada vez más hermosa, y ni yo mismo sé cómo se compraba tantas cosas bonitas; pero luce mucho el dinero de las artes liberales en mujer de artista!

Lo que sentia yo mucho era que por más que de dia en dia conocia yo que tocaba mejor, se pasaba el tiempo sin poder poner arreglo en la casa, ni hacer un círculo de relaciones de familia de las que habia tenido en mi ciudad, cosa muy natural, en razon de que todo se me volvia hablar cada dia con dos ó tres personas desconocidas, en la corte: eso sí, lo que es esto es más variado que no siempre lo mismo, y por eso gusta tánto!

Mi padre no se acordaba de nada: seguia yendo al café, y además, por pasar mejor el tiempo, se habia aficionado un poco á ser jugador, que ¡cómo era posible que si hubiera seguido viviendo en nuestra ciudad y entre sus amigos, que todos eran tan pobres hombres como él, hubiera hallado este recurso tan descansado para ganar los cuartos! Vamos lo que es si hubiéramos podido echar raíces en medio de tanta confusion, bien se podia decir que nos habia venido Dios á ver con soplarnos en la corte! Así seguimos una porcion de tiempo, y ya me iban á mí pareciendo cada vez más naturales los mil apuros que cada dia pasábamos, sin que nadie los supiese más que nosotros tres, y no porque nosotros no tuviéramos ganas de contarlos, sino por-

que habiamos aprendido el trato del gran mundo, y ya sabiamos que no habia más tio páseme usted el rio, digámoslo así, que no pedir nada á nadie, ni dar tampoco cuando á uno le pedian, y aprender á juzgar de los otros por uno mismo; que al fin y al cabo con ninguno de los que veiamos teniamos nada que ver, ni ellos con nosotros, como que eran relaciones de corte, donde cada uno á su negocio y Dios en el de todos, y no tiene poco que hacer!

El talento y la hermosura de Lucía cada dia eran mayores, y yo estaba lleno de gozo sólo con esto, á pesar de que la reconocia muy superior á mí, y tenia que obedecerla casi en todo, porque despejo como aquel yo no le he visto! ¡Con qué gracia hacia burla de todo nuestro modo de vivir, y con qué dignidad se enfurecia de verse precisada á vivir en un piso tan alto, que no tenia más que tres cuartos, y que no estaba adornado, entre todos, más que con treinta muebles, contando con un calentador de cama que habiamos traido de nuestra casa y que era de la familia desde el tiempo de nuestros abuelos! Esto me daba á mí muy malos ratos; pero el amor me los quitaba y todo lo daba

por bien empleado, porque Lucía esperaba salir muy pronto de aquel estado, y cada dia que pasaba se la llevaban los demonios, como si su esperanza se hiciera cada vez más vehemente con la proximidad de cumplirse. Se habia cambiado enteramente el carácter de Lucía, y no parecia sino que mientras yo no habia adelantado un paso y sentia y pensaba lo mismo ahora que ántes, ella se me habia adelantado muchas leguas, lo mismo con el alma que con el corazon. Por otro estilo, y allá á su manera, lo mismo le habia sucedido á mi padre, y yo estaba aturdido de ver el efecto que en ellos habia hecho el trato de gentes, mientras yo siempre en mis trece! Lo único que habia ganado con la confusion de los bailes en que habia tocado, eran unos cuartos reales sacados de la fuerza de mi brazo derecho, que era un águila, con el arco sobre el violin, y de la agilidad de los dedos de la mano izquierda, que andaban y se reproducian, como si fueran las patas de un cien piés, sobre las cuerdas! En lo que Lucía habia adelantado, yo no sé cómo se llama, porque todas eran cosas del alma, que acaso pasarian al cuerpo sin advertirlo yo. En lo que mi padre habia adelantado, tambien era

en cosas de discurrir, que tampoco sé cómo se llaman. Lo único que tiene una expresion material y que se entiende, porque es cosa de tripas, cerda, madera, y manos, es lo que yo puedo decir de mí, que habia adelantado prodigiosamente en tocar el violin, hasta poder estar dias enteros dale que le darás, sin cansarme y tocando todo lo fuerte que se quisiera! ¡Cómo habia yo de haber podido entónces escribir todas estas cosas! Los adelantos de mi padre, y sobre todo los de Lucía, son los que por los resultados que produjeron me han aguijado á mí el talento en disposicion de hacérmele brincar, como lo voy notando con la idea que me ha dado de escribir todo esto, que lo que más siento es no poder explicarme mejor!

Mientras yo me descuidaba de todo lo que no fuera Lucía, mi padre, y mi violin, el que de nada se descuida, que por lo visto es el tiempo, me estaba preparando unos cuantos sucesos, pocos, nada más que dos, para quitarme el cuidado de dos de las tres cosas que me gustaba á mi cuidar!

Para empezar bastó un dia, y bien sabe Dios que se concluyeron todos mis asuntos!

¡Aqui sí que no sé cómo escribir todo lo

que pasó por mí; pero si yo mismo no procuro decirlo de cualquier modo que sea, no hay medio humano de que se llegue á saber, porque todo me lo pasé solo como en un desierto! ¡No es nada, no, no es nada, no es más sino que, por decirlo de una vez, yo soy el hombre de mejor corazon del mundo, y me le han machacado de dos porrazos, que todavía no se puede mover! Yo he nacido para el amor, y ya he dicho que le he encontrado en Lucía, y lo que yo la queria, nadie es capaz de figurárselo, ni yo soy capaz de decirlo! Y despues de lo que me ha sucedido, por mucho que á mí me guste el amor, ¿adónde voy yo á parar con mis buenos sentimientos? Lucía! Lucía! Lucía! ¡Me estaria una semana entera llamándola, si supiera que habia de venir! ¡Ay! sin llamarla tanto tiempo, me uní con ella para siempre, y la iglesia pareció entrar en el trato! Lucía! Lucía! ¡Con que no ha de valer nada todo aquello que se hizo para que no se pudieran romper nunca aquellos lazos! El amor me hace perder la razon, y no quiero echar la soga tras el caldero, como suele decirse.

¡Yo no sé, Lucía, por qué te he de adorar así, despues de que mi amor, que me hacia

vivir casi más para tí que para mí, no me ha servido de nada! Dí, Lucía, dí, ¿no lo sabias tú, no lo sabias, y todo consiste en eso? Ay! ¡Eso no me quita á mí mi dolor, ni le alivia, ni nada, nada!

Un dia vino mi padre todo amoratado y con la lengua trabada, echando más maldiciones que las que yo le habia oido en toda su vida, porque él era un hombre muy bueno, que no juraba. Se tumbó en la cama, y sin preguntarle nada, conocí lo que tenia.

Siempre que mi padre se ponia así, no tenia yo más consuelo en el mundo que Lucía, que aunque no me decia nada consolador, ni nada absolutamente, como era tan hermosa, daba alegría por lo ménos á un lado de mi corazon, ya que el otro estuviera llorando por mi padre.

Aquel dia, Lucía andaba de un lado para otro, muy inquieta, sin que yo supiera por qué. Cuando estábamos creyendo que mi padre dormia, sentimos que el pobre se quejaba y lloraba. Corrí al momento, y, me acuerdo como si fuera ahora mismo, tenia mi padre toda la cara trastornada y más fria que un hielo! Me asusté mucho, porque el corazon me estaba diciendo que aquello no era lo que

yo pensaba. Era y no era. Era, porque yo no he oido nunca cosas más raras que las que decia mi padre; y no era, porque cuando se pasó aquello, fué otra cosa muy diferente, y más para mí todavía que para él!

Mientras duró el dia, dándole agua caliente, porque otra cosa no habia en casa, ni dinero, que estábamos esperando que mi padre trajese alguno; dándole agua caliente, me aseguré bien de que no le quedaba ni una gota de otro licor en el cuerpo.

Por la noche, que yo esperaba que ya estaria bueno, se puso tan malo, que yo me fuí corriendo á buscar á sus amigos para que vinieran á socorrernos en aquel apuro. Los encontré en el café, pero hacia ya mucho tiempo, segun me dijeron, que mi padre no era amigo suyo. A mí me cogió de susto la noticia, porque á mí se me figuraba que además de todo, no hay por qué no ser amigo de un hombre enfermo. Todos los antiguos amigos de mi padre estaban tan macilentos y tan derrotados, que no me importó mucho que no vinieran á casa, que yo creo que no vinieron porque yo, entre lo que les dije, les dije tambien que no tenia ni un maravedí. ¡Cuidado si se habian ido hundiendo todos

aquellos amigos tan alegres! Bien es que á nosotros nos habia sucedido lo mismo, cosa muy natural, en razon de que el hundirse se cae de su propio peso cuando no hay sobre que sostenerse.

¡Grande apuro era el mio, porque despues de todo, me afligia mucho no tener un solo maravedí para socorrer ni á mi padre, y esto me tenia vuelto el juicio, y nunca me pareció tan grande como entónces la corte, que no parecia otra cosa que un arenal de muchas leguas! Al fin, yo no sé explicarme, ni sé cómo estaba cuando volví á casa! Me encontré solo un momento, con mi padre en medio del cuarto, porque sin duda se habia caido de la cama. Estaba frio, enteramente como un muerto! A fuerza de darle friegas con las manos y de echarle mi aliento, volvió un poco en sí, y despues le arropé bien. Entónces me acordé del otro pedazo de mi corazon, y no le encontré por ninguna parte, porque Lucia no estaba allí! La bendije mil veces y lloré por ella, la pobrecilla, que sin duda habia ido á buscar auxilio, sola y de noche, sabe Dios adónde! Toda la noche estuvo mi padre en una contínua agonía, y yo sin atreverme á dejarle un momento, y dándole besos,

la mitad para él y la otra mitad para Lucía, á quien yo estaba aguardando como á un ángel, como que eso era entónces para mí! No vino en toda la noche y yo desfallecí y estuve desmayado. Mi padre me dió un abrazo tan apretado que me hizo volver en mí, y me dijo: —¡Hijo mio, adios, adios! ¡yo me muero! ¡Sigue tu carrera, tu violincito y nada más, que no hay más en el mundo para los que como nosotros han venido... ay!—Yo que ví á mi padre que se moria por momentos, eché á correr por la escalera y empecé á decir á todos los vecinos que se moria mi padre! Unos me decian que dichoso él que acababa de una vez, y una mujer me dijo que así se la habian muerto á ella dos criaturas en aquella misma casa, sin saberlo nadie! Aquella casa toda ella era un hospital de pobres! ¿Quién habia de ayudarme? Solo me volví al lado de mi padre, y me abracé con él, y me volví á desmayar de hambre! ¡Cómo he de escribir yo esto! Ni sé lo que me sucedió! ¡Vuelta otra vez la noche, y entraba la luna por una ventanilla! Yo apenas sentia nada más que el frio del cuerpo de mi padre! ¿Adónde estaba Lucía? ¡Yo solo, solo, tanto tiempo solo, y mi padre muriéndose tanto tiempo, y nada, sin

consuelo! ¡Bien, bien, Lucía! ¿No te amaba yo?... Más que á mi vida!... Y á mi padre tambien, mucho, mucho! Yo no puedo escribir esto! ¡Quién sabe el daño que me hizo mi padre cuando se murió! Con la agonía, me clavó las uñas en la espalda, y me mordió con un beso más frio que la nieve! Me asusté mucho, y con un esfuerzo que hice me salí de entre sus brazos y se cayó rodando al suelo! Entónces amanecia, y ya estaba muerto, y todo esto me habia sucedido á mí solo, y eso que habia tanta gente! Como un alimento me sirvió el dolor del cadáver de mi padre! ¿A quién queria yo entónces ya? ¡Lucía, Lucía! ¡Yo no sé decir esto! ¡No puedo escribir, porque el corazon se me muere! Anduve por el cuarto como un loco, y encontré un papel que decia:

«Querido Francisco: Me parece que porque tú seas un buen hombre, y porque tu padre, con este trato de aquí, se haya olvidado de toda su honradez, y se haya hecho un borracho, no he de ser yo víctima, como si fuera una infeliz que no hubiera salido nunca de casa de mi madre ó de la tuya. Quédate con Dios, y gobiérnate con tu padre, que ahí le dejo bien compuesto. Ya ves la confusion de

la corte: no me busques, porque no me encontrarás, y aunque me encontraras, has de saber que he aprendido yo mucho de otra gente que vive aquí hace ya muchos años, para vivir bien contigo, que no sirves para esto, y debes marcharte á tu pueblo y vivir allí con otros como tú. Cada uno debe buscar lo que le conviene. Si me persigues, que no lo creo, porque creo que me quieres, te expones á lo que te haga el que me defiende, y me ha prometido defenderme de tí y de todos. Adios, y sigue mis consejos, Francisco. Tu

LUCÍA.

P. D. Créeme, que no puedo ménos de hacer esto.»

¡No escribo más, no puedo escribir más! ¡Qué carta, Dios mio! Ya me quedé más solo todavía que aquella noche! ¡Y de un golpe, así, tan bárbaramente! Eché á correr por las escaleras y seguí corriendo por ahí! Asi ando ahora todavía... ¡las dos partes de mi corazon!... Esto hace mucho tiempo!... No volví á ver á mi padre!... ¡Qué bulla, qué bulla! Yo no sé lo que harian de él!... No he vuelto!... Dios mio!... ¡ay! ¡ay! No sé más!!!»

Y estas ni más ni ménos son las últimas palabras del que tan confusamente escribió este pedazo de historia. Como desde luego puede cualquiera conocerlo, el infeliz que escribe, de resultas sin duda, como él dice, de los dos porrazos que le habian machacado el corazon, no estaba muy allá de juicio, que es de lo que más se necesita para escribir correctamente y con propiedad. Está por consiguiente esta historia envuelta en una neblina de extravagancias, que la embrollan, ni más ni ménos que el bullicio de la corte debia embrollar el entendimiento de este hijo y esposo desgraciado, ántes de que acabasen con él para siempre, las miserables consecuencias de su venida á Madrid, donde desenvuelto el talento natural de su mujer, y calificada la filosofía de su padre, la primera le abandonó por razones superiores á todo, y sobre todo á su marido; y el segundo, despues de haberse entregado con alegría al desórden y á la pobreza, se le murió en los brazos en medio de una agonía desesperada. Yo ya sé que esta historia no tiene interés ninguno, ni cosa particular que llame la atencion; pero la he copiado creyendo de buena fe que todos los lectores serán como yo, que

me entretengo con cualquier cosa, con tal que el que me quiera entretener cuente con mi indulgencia; que á no contar yo con la de los que me leyeren, á buen seguro que no iria á dar un mal rato á nadie, sólo por dársele y por amor simple á las letras humanas.

PRINCIPIO DE UNA HISTORIA

QUE HUBIERA TENIDO FIN SI EL QUE LA CONTÓ

LA HUBIERA CONTADO TODA.

1841.

PRINCIPIO DE UNA HISTORIA

QUE HUBIERA TENIDO FIN SI EL QUE LA CONTÓ LA HUBIERA CONTADO TODA.

¡Anchos, muy anchos son los caminos que guian al mal, y estrechos, muy estrechos, los que conducen al bien! De palabra y por escrito ha llegado esta afirmativa exclamacion tantas veces á lastimar nuestra alma de suyo inclinada á lo bueno, que á fuerza de oirla repetir, no parece sino que se ha erigido en principio incontestable para toda la humanidad, siendo sin duda causa del miedo instintivo que todo el mundo tiene á hacerse bueno, cuando es malo, ó á seguir siendo bueno cuando es bueno. Yo por mi parte, lleno de dudas en esta materia, suelo consolarme repitiendo un refran, de cuyo princi-

pio no me acuerdo, que acaba diciendo... «y el mal para quien le vaya á buscar.» Perezoso de mio, si en irle á buscar consiste, no tropezaré en todos los dias de mi vida con el dichoso mal, y aunque hasta él se llegue, pisando rosas y desojando claveles!»

Así me hablaba un estudiante viejo, que estudiaba todavía, porque habia empezado muy tarde su carrera, á quien mi padre me habia confiado para repasar mis estudios de filosofía moral.

Estas mismas palabras, con corta diferencia, me decia aún no hace cincuenta años, y ahora, que segun usted dice, señor doctor de mi alma, estoy ya en mis últimas horas, razon por la cual recuerdo sin duda las primeras de mi vida; ahora, gozo extraordinariamente en verme tendido en esta cama, donde perdida ya la actividad del cuerpo y del espíritu, ni al cuerpo, que está, señor doctor de mi vida, todo lo mal que puede estar, le ha de venir otra cosa que la muerte ó la salud, que ambos son dos grandes bienes, ni al espíritu otro pensamiento que el de Dios, su criador, que es su gran bien, consuelo y esperanza! Quiero decir, doctor de mi vida, que lo que es ahora no he de ir yo

á buscarme ningun mal, reducido como estoy á no poder ir á buscar nada, y á contentarme con todo lo que me venga á buscar á mí! «Y el mal para quien le vaya á buscar!...» ¡Oh prudente y sabio maestro mio, y cuánta razon tenias, y cuánto habria yo ganado en ser entónces tan prudente como tú, ó en hallarme como ahora impedido y enfermo, sin fuerzas para buscar nada, y con sobrada debilidad para aguardarlo todo!...

Ha de saber el lector, que todo esto que ha leido, y lo que en adelante leerá, me lo ha contado á mí, que lo estoy escribiendo, un doctor en medicina, muy amigo mio, hombre curioso y observador, más que profundo, pertinaz, de todas las cosas que delante de él pasaban, y pasan aún, si desgraciadamente no ha muerto en los dos meses que hoy hace que fué á casarse á Alemania, por higiene, con una mujer que él sólo cree poder encontrar en aquel país, gorda, colorada y sana, y saneada desde los piés hasta la cabeza. Treinta y un años y cinco meses, me dijo al despedirse de mí, que habia inútilmente gastado por acá en buscar lo que él llamaba toda una mujer.

A este doctor fué al que en un hospital

contó un enfermo algunos sucesos de su vida, que el doctor me contó á mí, y que yo cuento á los lectores, para que á falta de otra cosa mejor, si están muy desocupados, pasen un rato, bueno ó malo, que esas no son cuentas mias.

Contóme pues mi buen doctor, que el enfermo que le decia lo que el lector ya sabe por el principio de esta historia, era un hombre de unos cuarenta años poco ménos, enjuto de carnes, más á consecuencia de la enfermedad, que porque él no estuviese dotado de una robustísima constitucion; de ojos pardos y rasgados, tan llenos de vida, que ganaban áun estando él enfermo, en energía de expresion, á los de la mayor parte de los hombres en su estado de salud. Tales ojos, me decia el doctor, yo no los he visto en mi vida, ni puedo explicar la especie de temor, ó más bien de miedo que me inspiraron, cuando al tomar por primera vez el pulso á este hombre, se encontraron con los mios. ¡Hola, doctor, me dijo, bien venido por este santo hospital, y por este maldito cuerpo: vamos á ver si salimos adelante, que yo por mi parte confio un poco en los médicos buenos, y usted no tiene mala traza!

—¡Así me gusta, así me gusta! Los enfermos animosos tienen andada la mitad del camino para curarse.

—Pues mire usted, doctor, me gusta el metal de la voz de usted, Dios quiera que sus recetas escritas sean tan dulces como sus palabras habladas.

—Veremos, veremos!... Duele?

Amigo, apenas le hice esta pregunta. poniéndole la mano en el abdómen, cuando dando un grito de dolor, y echando seguidos y pronunciados con notable claridad y fuerza, unos cuatro ó seis de los más soeces juramentos, dió un salto que se elevó media vara sobre la cama, y al dar el salto, dió conmigo en tierra, lastimándome no poco con el pecho, la cara que yo tenia naturalmente inclinada para examinar mi enfermo. Su primer movimiento fué venirse hácia mí con el puño levantado, pero al verme caido se apaciguó su cólera, y no solamente se apaciguó, sino que se trocó en un bondadoso arrepentimiento del daño que me habia causado; y levantándome con una ternura que me sorprendió no poco, por el singular contraste que formaba con su primera furiosa sacudida, me dejó no ménos sorprendido con la buena educacion

y con las suaves y cordiales palabras que empleó para pedirme perdon del movimiento, como él decia, que el dolor habia dado á su pobre máquina.

Yo le perdoné desde luego, porque, amigo, el médico es tan superior física y moralmente al pobre enfermo, que puede perdonarlo todo por mas que tenga su mal genio, como cada hijo de vecino, y él se volvió á meter en la cama diciendo:—¡Todo me punza, todo me duele, todo me encoleriza! ¡Es mucha desgracia! ¡Maldito de Dios sea el mundo, que por todas partes está lleno de puntas que me hieren!

Me separé de su cama para dejar que se sosegara un poco, con intencion de volver despues de la visita de los demás enfermos, á ver á aquel hombre que habia picado mi curiosidad.

Pregunté á un practicante si sabia quién era, y cómo habia venido al hospital; y me dijo que aquel enfermo habia estado preso, y habia venido allí echando sangre por la boca, de resultas de que queriéndose escapar de la cárcel, habia hecho la barbaridad de arrojarse desde un tejado de bastante elevacion.

Despues que dí mi vuelta por las camas de la sala, volví a la de mi hombre, á quien encontré perfectamente sosegado Me senté á su cabecera: estuve á su lado un buen rato, le hablé con cariño amistoso y hasta procuré consolarle con ternura, aunque con esto nada gané, pues como él me dijo, estaba tan acostumbrado á consolarse a sí mismo, que sabia ya de coro todos los consuelos y todas las maneras de consolar que hay en el mundo. Gané sin embargo su corazon con mis buenas palabras, y cuando me despedí de él, hasta otro dia, apretándome la mano me manifestó una simpatía, que me alegró mucho, como que me daba esperanzas de saber de su misma boca algunas cosas raras que debia haber en su vida. Yo me muero por los estudios de observacion, y contentísimo de haber encontrado con quien á mí me parecia tan buen original, no hay que decir si haria todos los dias dos largas visitas al enfermo, que cada dia me apreciaba más.

Al fin tantas visitas le hice y con tanto esmero le traté, que aunque por desgracia no pude darle la salud, porque eso no estaba en manos de la ciencia, le dí tan verdadero conocimiento de mi buen carácter, que cuando

por último, como él me lo habia pedido de todas veras, le dije casi toda la verdad, quitándole las esperanzas de vida, que él además no estimaba en mucho, pasaba conmigo deliciosísimos ratos de conversacion, en los que yo me entretenia con placer, por ser la suya muy variada y llena de un encanto particular. Todas mis recetas se redujeron entónces á calmantes, y con esto la enfermedad sin atormentarle gran cosa, iba caminando poco á poco á su paradero natural, que en este caso, segun mi primer pronóstico, desde que eché los ojos al enfermo, era la muerte.

No tenia aquello ningun remedio: los tejidos todos de la máquina, tendian á una completa disolucion, y todo en aquella tela se volvia cabos sueltos que era imposible atar!

Un dia en que el enfermo estaba más animado que de costumbre, dando, por decirlo así, como una luz que se apaga por falta de sustancias que la mantengan, los últimos resplandores, que no parece sino que á manera de burla, son más claros que los primeros; aquel dia aproveché yo todos los recursos que me sugirió mi curiosidad, para saber algo de la vida de aquel hombre, que hasta entónces no me habia hablado sino muy vagamente

de sus sucesos; y como yo conocia que si no aprovechaba los momentos, iba á perder un utilísimo estudio de observacion, con tanto interés me dirigí á mi objeto, que al fin mi buen enfermo me dijo, lo que en los mismos términos, si puedo, voy yo á decirte á tí, discípulo curioso y aprovechado de mis lecciones de experiencia observadora, aplicada á los momentos ociosos de la vida.

Aquí el doctor me repitió las mismas palabras con que empezó el enfermo á acordarse de su juventud, de sus estudios de filosofía moral y de su pasante, continuando su relacion en los términos que el lector verá, si es tan bondadoso que aún no se ha cansado de leer cosas en que nada le va ni le viene.

Y ahora yo por boca del doctor, y el doctor por boca del enfermo, seguimos así la historia.

«Ya ve usted, querido doctor, que á pesar del estado en que ahora me encuentro, he recibido una buena educacion, ó por mejor decir, ya ve usted que á pesar de que he recibido una buena educacion me encuentro en el miserable estado en que usted me ha conocido. ¡Pues ha de saber usted que nadie tiene la culpa de esto, pues á mí me parece que ni áun yo mismo la tengo!

Cuando más iba labrando en mi reflexion la profundidad de los principios de la filosofía, cuando más ganaba mi alma en el verdadero camino de la felicidad tranquila que disfruta en este mundo el sabio que logra obedecer sin violencia estos tres preceptos de la moral: *instrúyete, corrígete, modérate*; cuando yo sentia ya dentro de mí cierta predisposicion á querer instruirme, corregirme y moderarme, hé aquí que un cuarto de hora bastó para dar al traste con años de estudio y de lecciones, tanto de los autores de asignatura en las universidades, como de otros que me habia proporcionado mi ilustrado preceptor, sin contar con los magníficos y elocuentes trozos de sus explicaciones, que mi padre habia querido que escuchase, no contento con lo que yo pudiera aprender del sabio doctor de la universidad de mi pueblo, que ocupaba entónces dignísimamente la cátedra de mi curso de filosofía.

Me gusta hablar con juicio y con reposo de todo lo que pertenece á la época de mis estudios, porque es materia que lo merece. ¡Gran lástima ha sido que los haya dejado tan pronto, y si entónces los dejé con gusto, ahora caigo en que hice mal, porque yo sin

duda ninguna hubiera hecho grandes adelantos, y á estas horas, que no doy ya ningunas, puede que diera algunas esperanzas, si hubiera seguido carrera!

Ah! querido doctor, me olvido de que mi carrera está ya en este momento reducida á un trotecillo pesado y poco airoso, que me lleva á la muerte, á la cual camino yo tan contento, como un gitano que va á deshacerse á una feria del desgraciado burro que le lleva á ella, partiéndole los ijares á cada tranco de su inaguantable trote.

Tenia yo, por el tiempo de que le estoy á usted hablando, diez y siete años, y mi corazon debia ser tan bueno, que á eso atribuyo yo la hermosísima expresion de mi fisonomía en aquella edad. Lo cierto es que todo el mundo me queria á primera vista, y sobre todo en las mujeres notaba yo, si eran niñas, una alegría al verme, que me alegraba á mí tan inocentemente como á ellas, y si eran ya mujeres, pasaba desde sus ojos á los mios un interés tan tierno, un afecto mezclado con amor maternal y lleno del deseo de otro amor más vehemente, que me hacia feliz mil veces sin saber yo á punto fijo por qué, pero quitándome á punto fijo las ganas de estudiar

por cuatro ó seis dias, cada uno de estos pensamientos vagos de felicidad.

Ahora se me ocurre que todos estos síntomas no eran sino preludios de la grande influencia que en mi vida habian de tener con el tiempo las mujeres!

Para ponerme en movimiento, bastaba que una se presentase y recogiese en sí todos los sentimientos de mi corazon, que hasta entónces no habian hecho otra cosa sino volar por los espacios imaginarios de la hermosura y del amor!

Iba yo á entrar un dia en casa de mi pasante á dar mi acostumbrada leccion, cuando desde el balcon de una casa grande que habia enfrente, que era la mejor fonda de toda la ciudad, donde paraban los viajeros ricos y gente toda de importancia, sentí que dando con suavidad golpes en los cristales, era indudablemente á mí á quien hacia señas, llamándome, la delicada mano de una mujer, cuya hermosa cara, bañada de un suavísimo color animado con mil tintas de vergüenza, recibió mis miradas sorprendidas, con una expresion inexplicable de ternura que me conmovió.

Obedeciendo maquinalmente, y sin que yo

pueda decir á punto fijo lo que en aquel momento pasaba por mí, de un salto atravesé la calle, entré en la fonda, y subí la escalera, atusándome el pelo y componiéndome la corbata. Desde el fondo de la primera habitacion que encontré, cuya puerta estaba de par en par abierta, me volvió á hacer señas de que entrase, la misma mujer que poco ántes me las habia hecho desde el balcon. Palpitándome el corazon con tanta fuerza que me hacia sentir la opresion del chaleco, me adelanté, y apenas estuve dentro, cerré instintivamente la puerta, y me encontré cara á cara y á solas con la mujer más hermosa que hasta entónces habia yo visto! Adelantóse ella entónces, y pasando por una sala, llegamos á un gabinete más bonito que el de mi madre, que además de no haber sido en su vida coqueta, no estaba ya en edad de tener gabinetes bonitos por el estilo de aquel, que estaba todo él lleno de mil misteriosas fruslerías. Sentéme yo en una otomana, y al sentarme, atolondrado como estaba, me dejé caer sobre un sombrero de paja de Italia; y era tal mi aturdimiento, que sin moverme, permanecí sobre él sentado. A todo esto no habiamos hablado una palabra. Ella, que al

parecer estaba tan cortada como yo, se dirigió á un espejo, en cuyo cristal veia yo una hermosísima cabeza de mujer que se descomponia distraidamente los rizos, como si en ello estuviese absorbido todo su cuidado, y unos hermosos ojos negros y rasgados, mágica luz de aquella peregrina vision, que llegaba hasta mi corazon, dirigiéndome todos sus rayos, templados por una especie de vergüenza infantil.

Así pasaron algunos minutos, y ojalá hubiera así pasado toda mi vida! Ah! doctor mio, ahora estaria yo con muchísimo gusto, como entónces! Mal sitio es este para recordar aquel; pero al fin un alma que se va, y un cuerpo que la echa, bien están en un santo hospital: más cerca está esto del otro mundo, y cuanto más léjos de este, mejor!

Ah!... maldito sea mi pecho!... me duele, que es un gusto!... á ver, doctor, á ver, déme usted ese vaso de jarabe... por si es la última vez, le apuraremos, y Dios quiera que sean golosos los pobres gusanos que han de comer mi cuerpo, así gozarán más en su banquete, porque todo yo debo estar hecho por dentro una delicadísima confitura; tal me ha puesto usted de jarabes, pobre doctor, que

en este caso no ha podido usted ser otra cosa que un más que mediano repostero para los gusanos de la tierra! ¡Lo mismo es todo, y todo le viene bien á alguien!

Tomó su jarabe, amigo, y yo te confieso que nunca me picó más que entónces, el tonito alegre con que siempre me llamaba doctor. Y siguió diciéndome:

Por fin, aquella mujer, con la cara medio vuelta al espejo, y medio vuelta á mí, dijo como si hablara consigo misma, con una voz que fué para mí un nuevo encanto.

—Ah! que locura, haberle llamado! ¡Pero he pensado tantos dias hacer lo mismo... oh! no, y nunca lo he hecho!

Y volviéndose entónces repentinamente hácia mí, siguió diciéndome:

—¡Perdone usted por Dios, hoy no he podido resistir á mi curiosidad... como viene usted todos los dias á la misma hora á esa casa!... ¡Cuántas veces desde ese balcon le he visto á usted salir para esperarle hasta el dia siguiente!

Ni usted está en edad, buen doctor, de oir con gusto, ni yo en disposicion de decir todo lo que en aquella mujer habia de lindo, desde los piés hasta la cabeza. Mi buen co-

razon está tan seco, que para describir una mujer tan hermosa como aquella, maldito si me inspira otra cosa que coger de ella los dos extremos, la cabeza y los piés, y dejarle á usted llenar el medio como mejor le dé la gana. Era alta y delgada, para que usted no se equivoque en las distancias.

Yo, mientras ella me decia esto, pude mirarla y admirarme de su hermosura, pero no decir ni una sola palabra, porque cuando me disponia á enterarla de que yo era un estudiante, que iba á la casa de enfrente á dar su repaso de filosofía moral, cruzó por mi cabeza un pensamiento raro de amor propio, y me avergoncé en aquel momento por primera vez de ser estudiante. Desde aquel instante data mi odio á los estudios! Parecióme á mí, y creo que todavía me parece, que decir á una mujer, que uno estudia, es hacer con ella un mal papel, porque el hombre debe ser siempre un sabio consumado delante de quien todo lo puede exigir de su amor, que es cosa natural y dada por Dios al tiempo de nacer. ¡Amor y más amor, y nada más que amor, y á un lado las ciencias, y aunque no tan léjos, á un lado tambien las artes! Esto

pensé yo entónces, y lo demás, para mí, era ser un hombre para hacer fortuna y dinero, pero no para dar placer á su corazon, ni al de ninguna mujer amante y hermosa!

¡Locuras, doctor, locuras!... Pero, amigo, por lo visto yo soy lo que se llama un hombre de pasiones! Ahora las tengo en el picadero de este hospital, y yo creo que si no me muriera, y ellas conmigo, tampoco saldrian de aquí domadas. Las he corrido muchos años á escape y por mal terreno: algunas veces han dado fuertísimos tropezones, pero cada vez más llenas de ardor, han acabado por gustarme tanto, como un caballo bueno que yo tuve, al que nunca castigué, aunque me despedia vigorosamente al suelo, una vez de cada tres que le montaba!

Como creo, doctor, que no debe interesarle á usted gran cosa lo que le voy contando, me entretengo en hablar de lo que mejor me parece, entre lo poco bueno que en estas últimas horas se me ocurre. ¡Estoy muy alegre; pero amigo, una cama como esta, aunque no me quita del todo mi buen humor, le arropa un poco entre sábanas gordas, y el pobre está sudoso y calenturiento!

Despues de otro momento de silencio, dije

por fin con una franqueza que me sacó del paso:

—¡Señora, yo no sé lo que me sucede, pero siento dentro de mí tantas cosas, que no puedo decir ni una sola!

—¿Por qué?

Y esta pregunta valió para mí por mil frases que hubieran querido darme aliento, porque en ella reconocí el acento de mi madre, el de mi hermana, el de todas las personas que me querian, dulcificado aún por la expresion de un afecto que penetraba lleno de ternura en mi corazon.

—Ah, señora!... la respondí yo tartamudeando.

—¡Yo tengo la culpa, pero el corazon nos manda á veces!...

—¡Mi corazon no cabe ahora dentro de mi pecho, no me atrevo!...

—A qué no se atreve usted? ¡No se atreve usted á hablar con confianza á una mujer que le acaba de dar á usted una prueba imprudente de cariño!...

—De cariño!...

—De amistad, sí, de una amistad cariñosa y cordial.

—Ah!... de amistad...

—Es poco eso?

—Ah! perdon si tanta hermosura me ha hecho perder el juicio por un momento!

—Perder el juicio!...

—Sí señora, sí, porque seguramente lo he perdido al pensar en amor!...

—En amor!...

Y pronunciando estas palabras con un afecto tan dulce que me hizo sentir un frio delicioso que corria por todo mi cuerpo, se sentó enfrente de mí, y dejó caer la frente sobre una mano, perfecta en belleza, como la que pudiera imaginar el pintor más delicado!

Ya ve usted, querido doctor, que mi sentimiento suplió en esta ocasion por mi experiencia, y que con la franqueza de un niño, en cuatro palabras que á ella debieron sonarla mejor que á usted, porque entónces mas que con las palabras, hablaba yo con la expresion y con el acento, y ahora las digo para que usted las oiga como si las leyera; en cuatro palabras puse la conversacion en el mismo punto en que un hombre la hubiera puesto, en el mismo tiempo, de una ó de otra manera. De algo me habia de servir el tiempo que habia malgastado en pensar en las mujeres, que siempre habian sido mi

sueño de oro! Luego, por algun tiempo, siguieron tambien siendo mi sueño; pero no ya de oro, sino dorado á expensas de mi corazon, que ha gastado un tesoro en teñir de luz pura las manchas cada vez más grandes que iba observando en la dorada imágen de la mujer que yo queria amar dentro de mí, y en las de todas las que he amado por fuera!

¡Doctor, doctor, principio quieren las cosas, y sea el que fuere! No habia pasado una hora desde que aquella mujer y yo estábamos juntos, y ya entre los dos habia sucedido, á la primera irresolucion, una cordial correspondencia de afectos y de ternura, que selló aquel principio de mis amores, con una marca cariñosa, que con otras tres ó cuatro del mismo género, son las únicas marcas, que no de golpes y porrazos, me ha dejado mi vida pasada!

Demasiado dulce y empalagoso he estado al contar todas estas niñerías! El hospital y los jarabes me han puesto el alma suave como un guante, y mal pega tanta ternura, hablando con un médico de pobres; pero amigo, yo soy un pobre muy tierno y muy delicado; la alhaja de un hospital para un corazon sensible! A la legua se le conoce á usted, doc-

tor, que ni es nervioso ni espiritualista; pero con todo, parece que no dejan de gustarle á usted las tonterías, y harto será que no se esté usted entreteniendo, segun la atencion con que me escucha, en calcular por los vuelos de mi alma, de cuya anatomía no sabe usted ni una palabra, los anatómicos accidentes de mis tripas, que puede que anden dentro de poco manchándole las manos en un barreño, escurriéndosele sin darle ninguna noticia del espíritu, que para usted, pobre doctor, como para todos, ha de quedar siempre oculto en el fondo de la vasija! Lo mismo es el cerebro que las tripas, doctor: vamos andando, y perdonar si tengo mal humor!

¡Pasó aquella mañana al lado de aquella mujer, agitando el tiempo al batir sus alas en torno á mí, tantas palabras de cariño, tantos pensamientos de amor puro, tanta inocente felicidad, que ninguna hora de mi vida ha pasado más ligera!

Doctor, yo era un niño con un corazon más blanco que una paloma, y mi inocencia vistió con su blancura mis primeros sentimientos de amor hácia una mujer, á quien mi candor enamoraba más y más, por lo

mismo que en ella habia dejado la vida mil dolores, en lugar de los primeros años de su juventud! La historia de esa mujer es muy larga, y me va doliendo cada vez más el pecho para que pueda contarla con gusto.

Tenia entónces veinte y nueve años. Se habia casado á los diez y seis á disgusto, y por obedecer la voluntad de sus padres, con un marino que en sus viajes habia hecho una inmensa fortuna. Dos años permaneció al lado de su esposo, y á los dos años le abandonó para siempre. Habia viajado mucho, y cuando yo la conocí se preparaba á un nuevo viaje á Inglaterra, y la casualidad de haberme visto, fué sólo là que la detuvo algun tiempo en el pueblo, que yo con ella debia dejar, entrando de repente en una vida nueva! Los disgustos de un amor desgraciado la lievaban á huir de un suelo donde habia padecido mucho.

Estaba sola: la energía de su carácter y la misteriosa ligereza con que me hablaba de su vida, fueron para mí como un mágico hechizo que realizó las ilusiones que yo siempre me habia formado de la mujer á quien yo entregaba soñando todo mi amor, cuando viendo pasar delante de mí las mujeres que

en mis pocos años conocia, ni eran las jóvenes y modestas hijas de familia, las que llenaban mi corazon, porque era más fuerte que el suyo; ni eran las mujeres de mas años, á quienes yo hubiera podido entregársele, como anhelaba, porque á todas la vida las imponia obligaciones difíciles de romper.

A los ocho dias de haberla conocido, era todavía mi amor puro como el de un ángel, pero tan grande, que habia ahogado completamente en mí el amor de mi familia! Mi dignidad de hombre, que tan inocentemente me forzaba en desplegar delante de ella, se resentia con rabia, cuando confesándome á mis solas la verdad, me hallaba niño y estudiante, bajo la disciplina de mis padres y de mis maestros!

Ella adivinaba sin duda todo lo que dentro de mí pasaba; pero sin cuidarse mucho de si habia ó no alguna exageracion en lo que yo siempre la decia de mi absoluta libertad para hacer lo que me diera la gana, me manifestaba un amor cada vez más tierno, cada vez más providencial, solícito y cuidadoso de mil cosas insignificantes, de esas con que el amor se embellece hasta convertirse todo él en un campo hermosísimo, á fuerza de flo-

recitas menudas, que para nada valen, ni áun para vistas, si se examinan una á una siguiendo el método analítico que llamamos los que hemos estudiado filosofía!

Á propósito, doctor, no volví á agarrar un libro, y ahora verá usted cómo voló para siempre la carrera que tan á disgusto mio como á gusto de mis padres, me iban estos dando por los campos del saber! En estos últimos dias de que voy hablando, ya empezaba yo á mirar á mi padre como un freno, y á mi pasante como una espuela, y cansado de tenerlos siempre encima, renegaba de lo que á ellos tanto les complacia; de andar buscando laberintos y jardines por el camino de un estudio metódico y seguido!

Así es que apenas Inés habló la primera vez de viajar, y de ver juntos un mundo para mí nuevo, en el cual tendria siempre al lado á la mujer que entónces tenia que dejar muchas veces con sentimiento, porque en mi calidad de niño, me veia forzado á cultivar mi pasion á hurtadillas, sentí una alegría tanto más grande, cuanto que nunca se me habia á mí ocurrido un medio tan expeditivo de seguir los impulsos de mi corazon!

Á los dos dias habia ella ya salido en un

vapor para Marsella, y yo, que me las compuse con toda felicidad para escaparme, me uní bien pronto al iman de mi destino!

Doctor! doctor!... Y cómo querrá usted creer que hasta despues de tres años ó cuatro, no volví á acordarme con sentimiento de mis padres!

Yo creo, buen doctor, que usted con esa bendita fisonomía y con esos ojos de gorrion enfermo, no habrá querido nunca como yo, ni habrá dado nunca más que con mujeres de su misma raza, que no quieren como quieren las de la mia!

Amigo, puesto que usted no ha de comprender ni una palabra de una porcion de cosas que se hallan en el mundo fuera de todo camino, para los que como usted siguen el recto de la razon y del bienestar, le bastará saber que todo un año pasamos Inés y yo olvidados de todo lo que no era nuestro amor, bajo el triste, y para mí desde entónces delicioso cielo de Inglaterra! En este año se acabó de formar, á mi parecer, mi razon, y tanto, que el amor, que habia sido para mí un sentimiento vehemente y apasionado, empezó ya á sufrir en mi cabeza una porcion de exámenes de que no salia nunca muy airoso.

¡En resumidas cuentas, me decia yo á mí mismo: el poseer una mujer hermosa, y el estar libre de su padre y de su madre y sus libros, no es otra cosa sino estar como yo estoy, y á fe que bien se puede estar mejor!

Ya se ve, cosa muy natural, iba yo ya sintiendo los preludios del fastidio que engendra una mujer, cuando acabada esa inexplicable simpatía magnética, que yo he sentido muchas veces y por muchas mujeres una despues de otra, viene uno á encontrarse, y lo mismo las sucederá á ellas, con que está al lado de una cosa, todo lo bella que se quiera, pero que al cabo nada tiene de particular, despues que ha perdido el influjo mágico, que por lo visto no era suyo, sino prestado! Pronto empecé á dejar de ser feliz ¿no es verdad, doctor?... Amigo, á mí me ha favorecido el cielo con lo que se llama una naturaleza muy adelantada! Cuarenta años tengo, y estoy con unas ganas de morirme, que no parece sino que he vivido mil siglos!

Inés, la pobre, que al amarme á mí, habia buscado en este amor el olvido de mil crueles penas que la habian dado otros amores, y que en mí, tan jóven como yo era, no veia

por lo menos, aunque me hallaba ménos apasionado, el infame y brutal egoismo con que amamos luego los hombres que amamos mucho, seguia enamorada, y tanto más cuanto más veia que los dolores que habia padecido, acababan con su juventud y la iban acercando á una crisis de belleza, que deben sentir mucho las mujeres muy hermosas!

Yo, cada dia ganaba en vigor y en hermosura varonil, y el deseo de conservar mi corazon, consuelo y esperanza del suyo, la llevó á emplear todos los recursos que caben en la cabeza de una mujer, para avivar mi amor, no contenta con el cariño tierno que yo la tenia, porque no la basta eso nunca á una mujer amante. Por desgracia suya, y con toda la ligereza de su carácter, fueron los celos uno de los medios que creyó más á propósito para despertar con sus agudos filos mi pasion.

Como era tan hermosa, no hacia aún dos dias que habia formado su plan, y ya habia logrado herir dos millones de veces mi amor propio.

Todo fué desde entónces disgustos entre nosotros, y se complacia en ellos la pobre

Inés, porque al fin en ellos habia derramada alguna gota de amor!

Pero cada vez se agriaba más mi corazon, y se desplegaba con más fuerza la violencia de mi carácter. La faltó á Inés la prudencia, y á mí me sobró la rabia y el despecho, y sucedió lo que seguramente usted buen doctor, no se espera.

Entre todos los hombres con quienes Inés me andaba contínuamente incomodando, era el que más antipatía me inspiraba, un jóven de una familia aristocrática, militar, buen mozo, y tonto, como son todos los ingleses cuando dan en serlo, con una imperturbabilidad capaz de irritar á un santo de piedra de nuestra España!

No le habia yo ya dicho que no volviera á parecer por nuestra casa, porque me daba ira el pensar sólo en confesarle mis celos.

Una noche volvia yo desesperado, lleno de cólera contra mí mismo, porque era ya tarde, y á mi pesar y forzado por la costumbre, tenia que dar á Inés alguna disculpa de mi tardanza. Toda mi cólera tomó otro giro más terrible, cuando entrando en la sala, encontré en ella á Inés sentada al piano, y al jóven militar al lado, que al entrar yo, pasó los ojos

desde la cara de Inés á la mia, con una indefinible expresion de estupidez, tan parecida al desprecio, que sentí subir á borbotones la sangre á mi cabeza, y ciego de ira, no sé que fué ántes, si el pensamiento ó la accion de lanzarme á él, y loco de furor envolverle por todas partes, con tal fuerza nerviosa, que aquella grande mole, sin poder resistirme vino al suelo, donde cada vez más irritado, fuera de mí y olvidado de todas las leyes de nobleza y generosidad, dándole con una silla en la cabeza y con los piés en todas partes, no le dejé sino perdido el movimiento, cuando Inés logró por fin separarme de mi presa.

Todo esto habia pasado en un momento, y acaso hubiera parado aquí, sin los violentos golpes que me hacia dar á Inés, la infernal idea del ultraje, del desprecio, que me habia hecho, aguardándome tranquila, á deshora y sola, con un hombre que indudablemente la amaba, y á quien yo aborrecia. A los golpes, crecian los gritos, y á los gritos creció tanto mi ira, que cogiendo á Inés por el cuello con una mano crispada por la rabia, y dándome yo mismo golpes de despecho con la otra, me acerqué á una ventana, y abriéndola, me arrojé por ella maldiciéndome á

mí y á todo lo criado, en mi impotencia, abrazado con Inés, cuyo cuello oprimia cada vez más en mi locura.

Hé aquí, buen doctor, una determinacion tomada pronto, y mal, al parecer de usted; pero, amigo, ya estaba hecho, y como no paramos en el aire, fuimos á dar al suelo, ahogada Inés, que por lo menos se ahorró el dolor de aquel tremendo porrazo, y yo todo magullado y como muerto.

Siempre me gusta acordarme de este suceso en broma, porque es el primero que me ha hecho llorar de veras, y quiero al recordarle apartar de mí las lágrimas!

Cuando volví en mí, me encontré en la cárcel, y allí, en medio de la deliciosa soledad de un calabozo, fué donde vino á acompañarme como un enemigo cruel, un sentimiento de ternura tan amarga hácia la mujer que habia perdido para siempre, que decidido á morir, me abrí un dia todas las venas que pude, que creo que fueron tres, con un hueso de gallina.

Mi pobre sangre me obedeció, y empezó á salir á chorro; pero, amigo, cuando estaba á lo mejor, entró el carcelero, y avisando al momento á una porcion de gente, entre todos,

llenos de caridad, que yo no agradecia sino repartiendo puñadas por todas partes, lograron por fin sujetarme, y llevándome á la enfermería, me salvaron, haciéndome el regalo de unos cuantos dias más de vida, que además de haber sido muy malos, se me acaban ya de un momento á otro!

¡Buen regalo ha sido, doctor, buen regalo ha sido!...

Debilitado con la cura, y á consecuencia de la sangre que habia vertido, desaparecieron todos los síntomas furiosos de mi dolor. Se sentó mi juicio, se aclaró mi espíritu, y apareció mi razon á hacerme feliz con mil pensamientos probables que me sugeria.

Ya se ve, todo lo que yo le he contado á usted acerca de los motivos á que yo atribuyo los celos que Inés me daba, es acaso verdad, y acaso siempre me amó, y acaso era absolutamente imposible que amara á otro; pero, amigo, vino mi razon y me dijo que todas estas explicaciones no estaban dictadas acaso, sino por mi amor propio; y entónces yo, confundido entre tantos acasos, me agarré á lo más probable, y vista la conocida debilidad de las mujeres, que sin que se las pueda echar nunca la culpa, son casi siempre culpa-

bles, fuí feliz con mi nueva idea de que Inés se habia burlado verdaderamente de mí!...

Feliz, doctor, feliz! sólo que todo yo sudaba cuando se me ocurria este pensamiento, que tan bueno era para mí, que hasta me volvia todo mi amor á Inés... sólo que la habia ya perdido para siempre, y ni un beso podia enviarla!

Vamos, doctor, usted no puede comprender los goces que yo debia entónces al uso sentado de mi razon!

Estaba deseando que me ahorcaran, y en la justicia humana confiaba yo, para ahorrarme el trabajo de emprender otro suicidio. Pero, amigo, deparóme la suerte un abogado diestro, que á pesar de la familia del tonto aquel que yo habia matado á patadas, y á pesar de lo patente que estaba mi crimen, ó por mejor decir, apoyado en esto mismo, y en las declaraciones de los testigos, que estaban conformes en decir, y decian verdad, que era yo uno de los hombres más amables y blandos de carácter que habian conocido; apoyado en estas razones, probó que estaba loco, y en vez de ponerme en manos del verdugo, me puso en manos de unos compañeros de usted, doctor, que con una curiosidad

digna de unos sabios, me estuvieron moliendo á observaciones, sin adelantar ni el canto de un duro en la ciencia!

Yo en este tiempo me resolví á dejarme vivir, porque como se me observaba, hubiera tenido que pensar mucho para hacer otra cosa, y ciertamente no merecen tanto, ni la vida ni la muerte!

Mi locura ó mi crímen ó lo que ello fué llamó extraordinariamente la atencion en Lóndres, y la circunstancia de ser Inés y yo españoles, aumentó todavía la fatal especie de belleza que tienen estos sucesos extraordinarios, nacidos de una pasion violenta.

Me veia todo el que podia, y en aquella temporada se puede decir que cultivé yo el trato de lo más notable de Lóndres, bajo todos aspectos.

No tenia yo aún veinte años; pero estaba ya casi completamente desarrollado, sin que eso me quitara la amable lozanía de la primera juventud.

Yo creo que no me vió una sola persona, que no me manifestase al despedirse de mi, el cariño cordial de un padre: tanto interesaba á todo el mundo mi figura y mi conversacion! En los ojos de las pocas mujeres que vinie-

ron á verme, notaba yo una especie de amor, lleno de miedo, que lisonjeaba no poco la pueril vanidad que yo tenia entónces!

Entre todas, una sola fué la que me causó no poca sorpresa, cuando entró por segunda vez en mi habitacion; pero al cabo de algun tiempo la veia yo entrar todos los dias, y era para mí tristísimo el que pasaba sin verla!

Con la ternura de una madre me visitó una porcion de tiempo, y el amor, que era el que allí la llevaba, estuvo para mí, oculto bajo el manto de la más cariñosa amistad, prodigándome mil cuidados maternales!

¡Siempre me he enamorado yo empezando á ver como una madre á mi querida!... Siempre, nó: sólo me ha sucedido esto con las cinco primeras mujeres á quienes he amado!

Ya verá usted, doctor, cómo se divierte con la variedad de mis aventuras; todo yo he sido corazon!

Solo estoy ahora, ah! solo!... muy solo!...

No haga usted caso de estos suspiros, doctor: más solo estaria si estuviese enfermo en mi casa!... ¿Quién está solo en un hospital? Los enfermos pobres abundamos por fortuna, y armamos una sociedad de camas que alegra el corazon y halaga los sentidos!

¡Doctor... doctor... no quisiera equivocarme; pero me parece que me muero... Incorpóreme usted un poco!... ah! sí, siento ya la sangre que sube por mi pecho... Ea! allá va! y si es la última, buen viaje!...

Estas palabras, amigo, las pronunció el enfermo con mucho trabajo, pero sonriéndose; y aun no habia acabado la última, cuando un vómito de sangre salió de su pecho, que crujia de dolor!

Despues cayó su cabeza sobre la almohada, y sus ojos se cerraron.

—¡Ah! por fin!...—Estas palabras apenas se oyeron al salir heladas de su boca.

—¡Cómo muero!...—Y juntando maquinalmente las manos, apretó con ellas su pecho. Dos lágrimas que quedaron sobre los ojos ya apagados, dándoles el brillo y la expresion de un dolor muy grande, casi me hicieron llorar á mí sobre el cadáver de aquel hombre!

Una expresion extraordinaria de vigor y de belleza pasó por su fisonomía, como un relámpago, y la dió una luz mágica por algunos instantes despues de su muerte!

Amigo, desde que oigo contar historias, no me he quedado nunca más á media miel!

¡Cuidado si le habrian sucedido más cosas de las que me contó!

—Pero usted, le dije yo al doctor, ¿no sabe acerca de ese hombre ni una palabra más de lo que me ha dicho?

—¿Qué he de saber? Y yo bien quisiera averiguarlo todo!

—Doctor, no se apure usted, al fin y al cabo lo mas que usted podria ganar seria el saber quién era ese hombre. Pero, ¿quién sino él mismo podria contar su historia completa?

—Lo que á mí me da mas rabia es que queda un vacío nada menos que de veinte años!

—Pues llénele usted á su gusto!

—Esa no seria la verdad, ni yo sé inventar sino escuchar y decir lo que me cuentan. ¿Hombre, no podrias tú darme el gusto de ir inventando más cosas, y escribirlas para hacerme pasar un rato?

—¿Y cómo quiere usted, maestro, que escriba yo de buena gana tantas cosas como pueden pasar en tantos años? ¡Pues es una friolera las letras que tendria que pintar!

—Hombre, hazlo por mí!...

—¡Adios, doctor, adios! no tengo tiempo!

Y me escapé corriendo, porque me empalagaba algunas veces mucho, la terquedad con que el doctor resistia á la pesadez de lo que él llamaba estudios de observacion.

AMOR PATERNAL.

1841.

AMOR PATERNAL.

—

Una hermosa mañana de las de Abril, salí yo de un pueblecillo de tránsito en el camino de Castilla la Vieja, con intencion de dormir en una de las mejores capitales de esta provincia. No habia andado aún media legua, cuando reparé que delante de mí y á bastante distancia, hacia el mismo camino que yo, un hombre jinete en un rucio, el cual hombre llamó mi atencion por las extraordinarias contorsiones que encima de su cabalgadura, la cual no dejaba entre tanto su trotecillo cansado, ejecutaba!

Abrazábase unas veces al pescuezo de su asno, y entónces levantando entrambas pier-

nas en alto, hacia mil difíciles figuras con ellas, y otras veces, levantando con ambos brazos por encima de su cabeza unos papeles, que como luego veremos eran unas cartas, bajábalos luego, y metiendo los papeles en el bolsillo, se pegaba un par de mojicones con poca fuerza y con cierta, como si dijéramos *nonchalancè*, y seguia despues su camino, al parecer, sereno, hasta que de nuevo comenzaba con sus gestos de endemoniado, que aunque yo no sabia si eran en él, resultado del placer ó del dolor, porque ambos á dos entes morales hacen que el hombre se sacuda trompazos y haga otros extremos, aunque, como digo, yo no sabia si era aquello en aquel hombre alegría ó pesadumbre, me daba a mí tanto gusto el observar sus aspavientos, que nunca hubiera procurado alcanzarle, si él no hubiera pasado más de media hora despues de la última pantomima, tan juicioso en su pollino, como un dean cualquiera en su mula.

Entónces yo cansado de esperar, aguijé mi caballo y en poco tiempo emparejé con el de los aspavientos, á la sazon en que comiendo pan y queso para engañar la sed y meterla dentro de sus tragaderas, la mataba despues cobardemente, con bien menudeados

tragos de lo que metido en una bota, casi se podria jurar que era vino y no otro ningun licor.

—Buen dia! le dije entre dientes y con cierto acento que se da á los saludos de camino que tiene algo entre indiferencia y valentonada.

—Buenos dias!—contestó él por su parte con el mismo acento, pero con más sequedad; y sin mirarme siquiera, siguió comiendo á grandes bocados y á dos carrillos.

Acorté yo el paso y aprovechándome de la poca atencion que en mi ponia, tuve tiempo para examinarle detenidamente.

Tendria mi hombre hasta unos cincuenta años, pero á primera vista se conocia que habia gozado de perfecta salud la mayor parte de su vida, porque vertia por todos los poros de su ancho semblante salud y rústica fortaleza. En todo su traje no habia de campesino más que la montera castellana, que puesta de medio lado dejaba descubierta á la vista una cabeza cubierta de entrecanos turujones de pelos rebeldes y cerdosos; y descubierta á la vista y á la accion del sol, que la tenia roja como un pimiento, una desmesurada oreja, que más que oreja parecia cualquiera

otra cosa, grande, carnosa y sanguinolenta.

Exceptuando como he dicho la montera, todo lo demás de su traje, más que de labrador era de acomodado y modesto artesano, y si al lector le parece mejor que fuera de sacristan ó cosa así, bien puede parecerle, porque algo habia de eso en sus pantalones, chaqueta y chaleco de paño negro, y en sus medias de lana, negras tambien y no de las más bastas.

Un buen rato pasé yo en estas y otras observaciones, admirando además la serena tranquilidad con que comia aquel hombre que momentos ántes daba muestra de tanta agitacion. A todo esto, ni él me habia mirado una sola vez, ni yo me habia resuelto todavía á entablar conversacion con quien al parecer tan pocas ganas tenia de ella.

Por fin, distraido le dije por casualidad, mas que por otra cosa—¿Vamos juntos hé?...

—Parece que sí, me contestó con la misma sequedad que ántes.

Volvió á interrumpirse la conversacion, hasta que mirando á mi caballo, mi compañero de viaje volvió á decir.

—Poco anda el jaco!

—No quiero yo que ande más, porque

cuando en el camino se encuentra buena compaña y no se va de prisa, debe uno aprovecharse de la ocasion y hablar cuatro palabras y echar un cigarro con el compañero.

—Si usted supiera el compañero que se ha echado!...—me dijo con cierta sonrisita burlona, que por más señas le caia muy mal!

—Un excelente compañero! repliqué yo alargándole un cigarro.

—No fumo: gracias. ¿Quiere usted un polvo?—y diciendo esto me alargó una riquísima caja de oro, de forma antigua, y trabajada con mucho primor.

—Venga el polvo, que aunque no lo gasto, de tan buenas manos no puede venir cosa que de tomar no sea!

—Sí, hé?...—y se sonrió como ántes, con cierta calma, más que maliciosa, estúpida.

Yo tomé mi polvo y me quedé examinando la caja, que era buena de veras.

—¿Le gusta á usted esa caja?

—Mucho: es muy buena, es muy buena!

—Pues no puedo ofrecerla porque...

—Gracias, buen amigo.

—Pues mire usted, de veras no puedo ofrecerla, porque es regalo de uno á quien ajusticiamos...

—¡Cómo!

—Sí, señor, por ladron y...

—¿Pero usted?...

—Toma! yo solo, no! La sala le condenó y como soy el que ejecuta...

—¡Ah! ¿Con que usted es?...

—Si, señor, yo soy el verdugo.—Y entónces dándose una palmada en la frente exclamó—¡Tonto de mí! Vamos, ni sé lo que me hago con esta desgracia! Y luego mirándome de hito en hito, con unos ojazos muy abiertos y con cierta expresion de susto en el semblante, pasó un buen rato hasta que al fin me dijo.

—Va!.. ya veo yo que usted es todo un caballero y que voy bien seguro!

—Qué quiere decir seguro?

—Mire usted, suponga usted que usted fuera un ladron, se aprovecharia usted ahora de esta ocasion, y pobre de mí! porque yo no llevo ni una mala navaja! Y ahora le voy á pedir á usted un favor, que es que si se adelanta, ó si va conmigo, ó se queda usted atrás, al fin que no se le escape á usted decir que vengo yo por aquí! ¿Me hará usted ese favor, verdad?

—Con mucho gusto!

—Yo siempre he viajado con escolta, que así es como caminamos los del oficio cuando salimos de la capital á hacer alguna justicia; pero esta vez, así que acabé de ajusticiar á mi Leoncio, ni estuve para pensar en pedir escolta... ni... nada... como atontado!... ¡Jesus!... ¡Jesus!... y haciendo estas exclamaciones, lanzó dos resoplidos y se pegó un par de puñetazos como los de marras; y despues, tan sereno como si tal cosa, me dijo.

—¿Con que no dirá usted nada... no, caballero?

—No, hombre, no, me callaré. ¿Pero qué puñetazos y qué sollozos son esos?

—Calle usted! que todo el camino vengo así!... Lo menos me he pegado ya mil pechugones!

—Pero hombre, por qué es eso, por qué?

—No estoy para contarlo, porque estoy que no me conozco, y si no fuera porque he cumplido con mi deber y que tengo gracias á Dios tranquila la conciencia, me moriria de sentimiento! ¡Pobrecico! ¡Pobrecico!

Y el bueno de mi compañero sin verter una lágrima, hacia todos los gestos repugnantes que hacen los que lloran, y lloraba seco que no habia más que ver!

Yo, que me alegraba mucho de tener esta

ocasion de tratar con tanta llaneza á tan temible personaje, y que á pesar de estar convencido de que si alguna cualidad rara puede haber en ese ser tan misterioso para los hombres de imaginacion, en el verdugo, tiene que ser por fuerza, la brutalidad llevada al último grado, no dejaba sin embargo de estar un poco interesado en examinar á mi buen compañero, á quien seguiré llamando así, á pesar de su *profesion*, porque ni soy orgulloso, ni me inspiró tanto misterioso temor como me han inspirado una porcion de jueces y de fiscales, con quienes he viajado, y á quienes llamo tambien compañeros de viaje!

Yo, como iba diciendo, hice todo lo posible por insinuarme en el ánimo de mi compañero, y despues de mucho rato que se pasó en preguntas mias y respuestas suyas de que nada se podria sacar en limpio, por fin me dijo verraqueando, pero á ojo enjuto.

—¡Señor caballero, yo no puedo hablar de esto, porque esto, vamos al decir, es un fenómeno que ha sucedido conmigo! pero tome usted esos papeles y lea usted, porque usted es un guapo caballero y quiero yo que usted lo sepa todo! Lea usted, lea usted que entre-

tanto voy yo á arreglar aquí unos chismes del oficio que traigo en las alforjas!

Entonces me dió unos papeles que eran indudablemente los mismos que yo le habia visto levantar en alto con gestos desesperados. Eran estos papeles unas cartas que por órden de fechas, decian así, aunque todavía con peor ortografía.

Salamanca y Marzo 8.—Querido padre, me alegraré que goce usté la misma salud que yo para mí deseo. Esta solo se dirige á decirle á usté que me van á ahorcar. ¡Padre mio! ¡ánimo! que al hijo no le ha de faltar, á Dios gracias. Mi causa es poco honrosa, pero yo soy tan honrado como siempre, y otros hay mas bribones. Padre, no se fie usté de personas que dicen que han sido. A mí me han vendido miserablemente. Uno que decia que habia sido alguacil me salió calabaza. Siendo buenos compañeros, él me ha descubierto y ya no hay mas remedio que mucha conformidad y chiton. ¿Qué se ha de hacer, padre? eso es otra cosa, yo si acaso me condenan estoy arrepentido, bueno es que usté lo sepa. Yo creo que sí me condenarán, ó al menos tal me presumo, y

mire usté, lo siento por usté, padre, porque al cabo, aunque á mí no me está bien, peor le está á usté, que por lo menos usté me engendró, y yo á lo menos no he hecho nada conmigo. El señor fiscal pide la muerte y solo falta la sentencia, con que como si no faltara nada. Con que no hay que asustarse por eso, que es poca cosa, y sobre todo yo avisaré las novedades, que para eso me han de dar tiempo. No quiero cansar mas. Esta se la entregará á uste Jorjillo Rango que es un amigo mio que le trasladan á esa, porque le tienen que ahorcar de precision en esa ciudad. Estará antes, algo de tiempo en la cárcel: de todas maneras, salga pronto, ó salga tarde, ya sabe usté que se le recomiendo, y darle buena muerte al pobre, que bien la merece. Padre, que yo le quiero á usté, ya usté lo sabe, y sepa que aunque sea lo que sea, daria cualquiera cosa por no ponerle á usté en este compromiso, y bien lo puede usté creer de todo corazon.

P. D. Por esta que no va por el correo, le digo á usté que no tiemble de nada, porque aqui entre otros compañeros y yo tenemos proyectos, y vamos, para que usté lo

entienda y no le sirva de incomodidad, me parece que lo lograremos, el escalar nuestros hierros. Con que ya lo sabe usté, y á mi madre que no se asuste y que mande á su hijo como guste, que aquí está para servirla en esta cárcel el pobrecico

LEONCIO.

Valladolid 24 de Marzo.—Querido hijo, me alegraré de que puedas recibir esta que no he podido escribirte antes, y sentiria que sin participármelo te hubiesen ya ajusticiado como tú sabes. Leoncio, ¡válgame Dios! y qué ratos das á tu padre y á tu madre! en fin á tus padres los has de matar á sentimientos! Sábete que aquí nos has hecho llorar que daba compasion, y lo que es tu madre sigue tan triste que yo no sé, pero harto será que no pare yo en mal con ella, porque no se la pueden aguantar sus malos humores. Yo soy individuo de la justicia, y así, aunque me alegrara que te salvases, lo que es á cara descubierta, siento tener que decirte que el escalar la cárcel no me parece bien, porque sea lo que sea, siempre es delito. Haz tú lo que puedas, que yo me callaré como un puto,

porque no estaria bien que tu padre descubriese tus proyectos aunque no sean buenos, que eso no puedo menos de decirte que no lo son.

Mira Leoncio, para prevenirlo todo, no dejes de avisarme si tu causa se pone formal, porque te voy á decir una cosa que no sé si sabrás. ¿Sabes que el ejecutor de esa ciudad es aquel criado tan torpe que por mas que hice no pude amaestrarle? Pues ese es, hijo mio, y ya ves la desgracia que es caer en malas manos, que eso te lo dice tu padre que sabe del oficio mas que tú, bobillo! Pues por eso yo tengo pensado en cuanto me digas de fijo, tal dia salgo, pedir licencia á estos señores, que sí me la darán, porque tengo entendido que me estiman, y pasar á esa, donde yo me compondré con Perico, y si es necesario le daré algo encima de sus honorarios, para librarte de la mala muerte que te habia de dar, porque yo soy otra cosa, y hasta ahora ningun infeliz ha tenido que arrepentirse de que yo siga mi profesion: con que para que veas si no pondré yo doble cuidado contigo que te quiero como hijo de las entrañas!

Si es que hacemos esto, tú verás como no

es tan fiero el leon como le pintan, y esto es para que veas mi cariño; que dejo las comodidades de mi casa, sólo porque tú no padezcas en los últimos momentos, que yo respondo de que no padecerás, que es lo que me hace tomar esta resolucion, aunque yo sé que se me ha de partir el corazon al apretarte entre mis piernas, pero para eso soy tu padre, y debo hacerte buena la muerte, como desearia hacerte buena la vida, que eso no lo dudes de ningun modo. Con que así, avísame con tiempo si no quieres morir como un perro, porque eso es otra cosa, pero es un escándalo que Perico esté condecorado con un oficio para el cual se necesita tanto! Si sucede esto, creeme y no te aflijas, que yo tengo mucha práctica de estos lances, y sé que como la mano sea buena, no es cosa de cuidado para el reo y hecha en un santiamen, y sin sentirse, que es lo que me consuela, si logro mis deseos de salvarte de ese bárbaro, que no le daria yo á ahorcar, no digo yo una cosa tan difícil como el hombre, pero ni gatos! Jorjillo Rango era todo un hombre: anda, pregúntale si le fué mal conmigo y verás lo que te dice. Desengáñate Leoncio, no hay otro como tu padre: solo tengo noticia que dicen

que el de Barcelona, si no me iguala poco le faltará. Manda siempre como mejor gustes á tu padre que te adora

ANASTASIO.

Salamanca y Abril 2.—Querido padre, ahora si que ya me parece que ya no hay remedio, ya no hay esperanza, ya no hay consuelo. Encomiéndeme usté á los Santos del cielo, porque ya... Oh! que desdicha la mia! y que atribulacion tan fuerte para los últimos momentos espantosos de esta negra vida. Pero no quiero afligirle á usté con mi entusiasmo. Puede que dentro de pocos dias me pongan en capilla, y ya no me queda mas esperanza que una, que le voy á decir á usté, para que usté me aconseje, porque usté bien lo entenderá.

Aquí, hablando con un compañero muy versado, me asegura que siempre hay un recurso, como uno tenga serenidad, porque dice él que la escalera de la horca tiene huecos, y que como uno trabe allí los piés al tiempo de que le vayan á tirar, puede caer el ejecutor, y quedarse uno allí sentado, y el ejecutor

muerto ó herido y sin poderle á uno despachar.

Yo con esto estoy tan contento, porque bien veo que fuerzas no me faltan, pero como ya lo tengo dicho, se lo digo á usté para que me desengañe y me diga lo que hay en el asunto, como maestro en estas cosas. Ya ve usté que entonces no necesita usté venir, ni hacer esos gastos, que yo bien sé lo que usté me quiere, y se lo agradezco lo mismo que si lo hiciera, que no sabe usté el hijo tan bueno que tiene, sino fuera que es mas desdichado que la pena negra, y mas infeliz que la noche lóbrega, y con una estrella que el pobre!... pero no quiero enternecerle á usté mas de lo regular. Hágame usté este favor, no pegue usté á mi madre, y esto es lo que le suplica su hijo que le ama y estima

LEONCIO.

Valladolid 10 *de Abril.*—Querido hijo: encomiéndate á Dios, que allá voy. Ya sé como está tu causa, y no hay mas que esperar. A lo que me decias, te respondo que bien se conoce que eres un niño sin hiel—¡pobrecico de mis ojos! ¿y qué adelantas tú, suponiendo

que enredes las patas en los escaloncillos de la de palo y tires á Perico á la plaza, que lo que es conmigo no lo harias, pero con él puede que sí, porque ya te tengo dicho que es un topo? ¿No ves, pobrecico, que al cabo tú nada adelantas? Desengáñate, á tí de todas maneras te sale la misma cuenta, y te han de echar abajo por fuerza, y entonces es peor, porque llevas una muerte de las peores. Déjate guiar por mis consejos, que más sabe tu padre que tú, y sobre todo de esto, y no te habia yo de decir nada para mal tuyo. Ya tengo preparado el viaje y voy á probar al mundo entero lo que puede hacer un padre como yo, por un hijo como tú, que de nuestro cariño, sólo Dios sabe á donde llega, y ahora lo quiero probar. Sea todo por Dios! que no tengo noticia de que haya habido otro ejemplar, mas que el de aquel otro que sin ser del oficio, que es todavía caso mas duro, porque yo tengo la mano hecha, y él no sabia lo que se iba á hacer, le mandó Dios tambien por su infinita bondad despachar á su hijo, pero para eso á este le libertó por un milagro especial, porque la intencion de Dios no habia sido mala, y á tí me parece que no te liberta ya ni el *sursum corda*. En mala tem-

porada me cogen los gastos y trastornos de este viaje, y sólo por tí haria yo este sacrificio, pero para eso somos padres, y como dice el refran, al que tiene hijos y ovejas, no le faltarán quejas. Mucho más te diria, pero no quiero entristecerte, y así sólo te doy la buena noticia de que ahí me tienes dentro de pocos dias, y ya verás si entre mis manos, sientes ni la cuarta parte que en otras. Vamos, conformidad! y hazte cargo de que mas amargo es este trago para mí que no para tí, y con todo le llevo, porque desengáñate, Leoncio, acá abajo no hay mas que de estas cosas y otras peores. Te prometo delante de Dios tratar á tu madre lo mejor que sea posible; pues mira, mucho siente la pobrecica este percance, y dice que no te va á ver porque teme quedarse muerta en el acto, y yo no lo extrañaria porque al fin es madre y las madres tienen mil caprichos por sus hijos. Adios, y manda como quieras á tu padre que te idolatra y aprecia

ANASTASIO.

Este era el contenido de las cartas que mi compañero de viaje me dió á leer. Cuando

hube concluido, me volví á él y vi que iba roncando y echado de bruces en su pollino. Entonces me puse á hacer todas las consideraciones que acaso harán tambien los lectores al leer estos renglones en que ni falta amor, ni ternura, ni ninguno de los sentimientos dulces del corazon, y que sin embargo, tanto se diferencian de la expresion de los mismos sentimientos en otra clase de la sociedad. Sin hacer muchos comentarios sobre esto, me apresuré á llamar á mi compañero, á tiempo que llegamos á una mala venta, ó posada, ó lo que fuera, que no era cosa buena. Despertóse desperezándose, y bostezando me dijo:

—¿Qué? ¿Vamos á echar un trago?

—Almorzaremos, si usted quiere acompañarme.

—Con mucho gusto: así como así, tengo hambre.

Entramos, pues, en el portal de la posada, donde habia hasta media docena de arrieros jugando á los naipes. Púsose á hacer pié mi buen hombre, y no se levantó hasta que en un cuartucho de la casa estuvo puesta una mesa y sobre ella una buena fuente de no mal jamon frito con patatas. Comió mi com-

pañero como un bárbaro, sin hablar apenas una palabra y disculpándose con su dolor para no responder á mis preguntas. Acabamos por fin de almorzar, y entonces me pidió las cartas, diciéndome que las estimaba más que á las telillas de su corazon, porque eran la única herencia que de su pobre hijo le quedaba; y me dijo además que si se sosegaba, en el camino me contaria los últimos momentos de su pobre Leoncio.

Salimos de la venta, pero fué tal el sosiego con que hizo todo lo restante del camino el bueno de Anastasio, que iba durmiendo el mucho vino que habia bebido, que habiendo yo por casualidad encontrado en un pueblecillo á un labrador amigo que me hizo parar en su casa, me quedé sin saber circunstanciadamente nada de la maestría que para ahorcar á su buen hijo Leoncio, pondria en juego su amantísimo y tierno padre, mi compañero de viaje.

DOLORES DE CORAZON.

1841.

DOLORES DE CORAZON.

¡Dichoso mil veces el que con el corazon limpio de polvo y paja se entretiene dulcemente en escribir alguna historia divertida, contando á sangre fria dolores ó placeres, sin que ni los dolores le cuesten una sola lágrima, ni los placeres le hagan cambiar la estóica severidad de fisonomía que debe reinar en el autor aplicado á su trabajo, por la más ligera sonrisa ni por la más pequeña muestra de gozo interior! ¡Dichoso mil veces el que no tiene ojos más que para ver cómo ha de ir empedrando con letras el papel blanco que tiene delante, ni alma mas que para, atándola en la punta de la pluma, evitar de este modo

los trascendentales peligros de los errores ortograficos! ¡Dichoso, pues, yo, que me encuentro, ni más ni ménos, en este estado de deliciosa calma, en que tanto se me da por lo que va, como por lo que viene, gracias á que ya se me ha dado mucho por lo que fué y por lo que vino, ó gracias á otra cualquier cosa, que eso ni me importa á mí, ni mucho ménos á otro! ¡Bendita sea la facultad que el hombre tiene de escribir, que si á esto añade el ser buen pendolista, pocas felicidades andan por la tierra ni comparables siquiera con las que proporciona una bien entendida caligrafía, que para ser bien entendida, ha de considerarse como la fórmula de una condensacion física de todas las vaporosidades morales, que nublando el alma, acabarian por hacer inútil toda la luz que Dios la dió, á no irse destilando y escurriendo desde la cabeza por el brazo derecho, ó por el otro, si el que escribe es zurdo, mal pecado, hasta venir á dar, (¡quien lo diria!) en un trozo de papel donde quedan grabadas y sujetas, en castigo de lo que al alma incomodaron, y para que no vuelvan otra vez á incomodarla! ¡Bendito, pues, yo, que aunque no completamente feliz, porque me falta lo de buen pendolista, al fin y al cabo

escribo como Dios me da á entender, y desaguo la cabeza de una porcion de vaciedades, que maldito si podrian servirme para otra cosa más que para atolondrarme, á no poder yo darlas salida, maldiciéndolas de buena fe, y entregándolas sin misericordia ninguna al brazo seglar de gente extraña, que no las ha de ver con peores ojos que yo, ni las ha de aborrecer con más malas entrañas que las mias, donde se engendraron á fuerza de dolores, torciéndolas con tormentos, abrasándolas con llantos, y desentrañándolas á purísimos quebrantos, hasta dejarlas como ahora están, más muertas que vivas, con tanta y tanta pena!

Verdad es que no tengo yo nada que escribir que sea cosa de contar; pero no es esencial que lo que se escriba haya de ser cuento, y muchas veces, como ahora, se vienen á la punta de la pluma una porcion de palabras, salidas yo no sé de donde, y encaminadas adonde tampoco sabe nadie, y no hay otro remedio sino que entre todas ellas vienen á componer, por ejemplo, un artículo de periódico, destinado acaso á fastidiar á todo el que le lea.

Huyendo yo este inconveniente, voy á ha-

cer todo lo posible por no divagar más, dando á mis ideas una forma que las haga parecer tales, áun cuando bien sabe Dios, que yo creo que no son ideas, ni quien tal pensó! Hay que saber que yo me hallo en este momento bajo la maligna influencia de una porcion de penas, tan largas ellas de contar, como corto ha sido el tiempo que yo he empleado en proporcionármelas para mi uso, y sabido esto, sabida está la causa de habérseme ocurrido la idea de pasar revista á todos los dolores de corazon de que se me ha quejado por ahí infinidad de gente.

Entre estos dolores de corazon los hay de todas especies, y tan diferentes como lo son entre sí las personas á quienes se los he oido contar, ó en quienes los he observado, porque tambien hay gente á quien se la funde el corazon á fuerza de retortijones, sin decir esta boca es mia!

De este género, y perteneciente á los dolores observados por mí, fué el dolor de un criado que yo tuve, que de la noche á la mañana se me ahorcó de una viga de su cuarto, dejándome ántes toda mi ropa bien cepilladita en la cómoda, y las botas lustrosas como espejos, allí en el mismo cuarto en que acabó

con sus dias, indudablemente apenas hubo concluido de limpiarlas; porque tenia el cadáver la cara llena de unto, y por consiguiente negra de haberse llevado á ella en el dolor de la agonía las manos que acababan llenas de vida de hacerme el último servicio, en aquella época más necesario que ahora, porque no habia botas de charol. Por lo demás yo supongo que mi buen criado tendria sus razones para tomar partido tan desesperado; pero por más que no sin motivo pueda culpárseme de mal observador, no puedo menos de confesar que yo no sé cuáles fueron. La hija de un portero de esos que hay en los tribunales, que vivia en la misma calle que yo, dijo á una criada de mi casa, que el pobre Manuel habia sido víctima de las preocupaciones de la sociedad, porque se habia enamorado de ella, sin pensar en la desigualdad de clases que los separaba; pero que ella no tenia la culpa, porque así se lo habia dicho mil veces. Yo no sé si esto seria cierto, pero si así fué, y es esta la causa de aquel prematuro suicidio, tan dolor de corazon es el que sufrió mi pobre Manuel, como otro cualquiera. De lo que yo estoy seguro es de que no se suicidó por mal de cabeza, porque te-

nia poca, y esa poca, dura y bien afianzada á los carrillos por unas patillitas, estrechas, sí, y cortas, porque no le pasaban de la perilla de la oreja, pero semicirculares, y que en redondo le cerraba cada una una mejilla.

El segundo dolor de corazon que he observado, me hace llorar todavía; pero á la verdad que ese dolor más es mio que ajeno, porque en quien debia sentirle, y en quien yo le supongo, creo yo que no hacia mella ninguna: pero son difíciles de averiguar los secretos del corazon, y no seré yo seguramente quien asegure redondamente nada que tenga que ver con los que se llaman sentimientos. Lo cierto es que yo he visto á una mujer jóven, que llevaba en los brazos un niño de dos ó tres años, muerto. Iba por un camino, y yo la encontré poco ántes de llegar á un pueblo. Ella iba en direccion opuesta á á la que yo llevaba, es decir que iba de viaje, adónde? Yo no lo sé! Cuando me dijo que aquel niño, cuya inocente cabeza era una de las más angelicales que yo he visto en niño ninguno; cuando me dijo que aquel niño era su hijo, sin saber yo mismo lo que hacia, tiré al suelo todo el dinero que llevaba, y haciéndoseme los ojos fuentes de lágrimas, hube de

aplicar, en medio de la convulsion que aquella pena produjo en mí, con tanta fuerza las espuelas á mi caballo, que en ménos de un minuto, él, desbocado dió con la cabeza en una cruz de piedra que habia á la entrada del pueblo, y allí mismo quedó sin vida, y el dolor físico del golpe vino á sacarme á mí de la penosa enajenacion á que me habian conducido aquella madre pobre y aquel hijo muerto!

Un amigo mio, hablando conmigo un dia, de las penas que sufre el corazon cuando da en tener buenos sentimientos, me pintó tan al vivo los dolores que sufrió en este mundo un hombre sensible que por desgracias particulares se vió precisado á vivir largo tiempo en una casa de postas, que no puedo ménos al hablar de dolores del corazon, de repetir aquí algo de lo mucho que mi amigo me dijo acerca de los sufrimientos de aquel infeliz. Yo no sé si lo que voy á contar será verdad, porque mi amigo, á pesar de ser hombre grave y de conciencia, es bastante dado á inventar cosas para entretener el tiempo hablando, que es su delicia; pero de todas maneras yo creo á piés juntillas todo lo que me cuentan, y seré el primer engañado si lo

que voy á escribir no es cierto. Despues de haberme mi amigo dado una idea clarísima del carácter del hombre cuyas desgracias me contaba, idea que yo no daré á mis lectores, porque no tengo tiempo para escribir con asiento, como ya lo deben haber conocido; despues de haberme hecho comprender perfectamente que el hombre de la historia era en extremo sensible, hasta el punto de contraer amistades íntimas, lo que se llama relaciones amorosas, y en fin, toda clase de afecciones en un segundo; despues de haberme hecho hasta llorar, contándome mil sentimientos que este hombre habia tenido en este mundo de resultas de la prontitud con que tomaba cariño á las personas, empezó por fin á decirme lo que él sabia de los últimos padecimientos de aquel hombre, víctima desgraciada de la simpatía!

Yo no sé por qué pasos vino á verse precisado á vivir en una casa de postas! La ausencia es lo que más se parece en el mundo á la muerte, y entre las lágrimas que nos arranca un objeto querido al separarse de nosotros para siempre cuando se muere, y acaso para siempre, cuando se marcha léjos de nosotros, hay tan poca diferencia, que las

mismas punzadas de cariño son las que hacen llorar por el muerto que por el ido, y el mismo tiempo pasa por unos que por otros, para que al fin venga á ser cierto el consolador refran que dice, «á muertos y á idos, ya no hay amigos.»

Los corazones más fuertes no pueden resistir ni á la muerte ni á la ausencia. ¿Qué sería pues lo que pasaria en el corazon del hombre de nuestra historia, cuando alguno de estos sentimientos le atormentase? La suerte enemiga le habia puesto además en el teatro de las ausencias, en una casa de postas, y allí estaba como encantado, sin que nadie haya sabido por qué estaba allí, donde forzosamente con tantos padecimientos la muerte le habia de coger entre sollozos y amarguras! La llegada de un viajero, en esas altas horas de la noche, en que todos sentimos cierta inexplicable ternura melancólica, sin saber hácia qué objeto, al sentir las campanillas de las mulas de un carruaje, y el chasquido del látigo de un mayoral; la llegada de un viajero á la casa de postas á tales horas, le hacia á nuestro desgraciado héroe abandonar su lecho, y si por una desgracia el caminante sólo paraba para mudar de tiros,

entónces llorando y al trote le seguia hasta que, rendido, quedaba en el camino lamentando la ausencia de personas á quienes apenas habia podido ver!

Si los viajeros paraban á comer ó á cenar en aquella posada, entónces el dolor de este infeliz era tanto mayor, cuanto que tenia que contenerle hasta cierto punto dentro de su pecho lastimado, porque de lo contrario la casa de postas se hubiera convertido en un lugar de gemidos escandalosos; y tanto al parecer era el temor que de esto tenia el desdichado, que muchas veces al comenzar una explosion de ternura, se reprimia de repente, comenzando á sudar á chorro, que no era aquello sino llorar por todo el cuerpo, poniendo los ojos en blanco, con muestras de la más exquisita ternura y del más lamentable dolor! No por eso sin embargo dejaban de pasar escenas dolorosísimas, en que este ser amante, arrastrándose de rodillas por el suelo, abrazando las piernas ya de uno ya de otro viajero, les pedia por todo lo que más quisieran en este mundo, que no le abandonasen así! Como nadie viaja sino con algun objeto que le lleva á alguna parte, no en-

contraba este infeliz ni un solo corazon que le comprendiese!

Cuando con las lágrimas en los ojos y apretando la mano del que se disponia para irse, le decia con una voz cortada por los suspiros:

—¡Ah, créame usted, querido amigo. Querido amigo de mi alma! No se vaya usted! ¿Quiere usted hacerme desgraciado? ¡Ah! no lo merezco! ¡por Dios, no se vaya usted así!

Cuando hablaba así, solian tomarle los pasajeros, por uno de esos hombres de buen humor que se encuentran en los caminos, haciendo mil majaderías que parecen gracias; y cada uno, segun su carácter, ó seguia la broma, diciendo que de ninguna manera podia él abandonar á quien tanto le queria, y á lo mejor desaparecia para nunca más volver; ó bien recibia con sequedad estas supuestas bromas; y de ambos modos se partia en mil pedazos el corazon de este hombre interesante!

Otras veces prorumpia por fin en lamentos agudos y en voces capaces de enternecer á los cercanos montes, y entónces era rechazado como loco.

Esto mismo, aunque con ménos exageracion, les sucede en el mundo á los corazones

que sienten mucho; que están muy cerca, si no tratan de moderarse, de llegar al estado de abandono en que continuamente se encontraba el corazon de este hombre lleno de amor, probablemente nacido para un mundo sin mas quehaceres que los del cariño, y llovido en otro donde todos somos negociantes y gente de ocupaciones!

Por supuesto que el tiempo que no pasaba este infeliz en el dolor de las despedidas, le pasaba en la amargura de los recuerdos. Habian quedado grabados en su corazon, al pié de treinta mil nombres de otros tantos viajeros, con la misma claridad y ternura que en uno de los nuestros pueden grabarse unos pocos, y andaba siempre, cuando estaba solo, recorriendo sitios y hablando entre sí, diciendo:

—¡Aquí daba la sombra de fulano! ¡Aquí se enjuagó la boca por la última vez citano! ¡Aquí por la última vez se sonó las narices fulano! etc., etc.

En fin, así iba recorriendo en su imaginacion, los treinta mil nombres que van dichos, uniendo á cada uno treinta mil ideas tan tristes, como al parecer desatinadas, que por desgracia, lo mismo que en este hombre

raro, son tambien en nosotros, los hombres vulgares, la fórmula más dolorosa de la ternura!

Así vivió algun tiempo este hombre mártir de sus sentimientos, hasta que al fin uno de ellos dió con él en el sepulcro! Lo más raro de todo es que este hombre nunca se enamoró! Yo, despues de haber examinado con atencion este que al parecer es un fenómeno extraordinario en una naturaleza tan amante, he venido al fin á caer en que efectivamente un hombre como este no podia enamorarse, por falta de tiempo. Además, el que ama á una mujer, es porque detesta y desprecia, á medias, á todos sus hermanos.

El último dolor de corazon de que hablaré en este artículo, es el dolor de corazon con que le concluyo aquí, como podia darle fin por otro punto!

GACETA SENTIMENTAL

DEL 12 DE SETIEMBRE DE 1853.

GACETA SENTIMENTAL

DEL 12 DE SETIEMBRE DE 1853.

¡Héme aquí poseido de una verdadera melancolía, más aún, de una profunda tristeza, con el corazon apretado y el alma desconsolada, y sin poder pensar en cosa que no sea muerte, entierro, postrimería, ó luto! ¿A quién no le sucede todos los dias lo mismo, por un motivo ó por otro, en esta vida enferma y fugitiva? Por eso, y contando con la simpatía humana, me atrevo á presentarme triste en público, y á desahogar mi dolor contando un poco de su historia.

Conocer á una jóven inglesa que yo conozco, y prendarse de ella, todo es uno! Sara

es un ángel de bondad, de dulzura, de todas cuantas divinas virtudes ha puesto Dios en el corazon humano! La belleza de Sara no es la belleza de un ángel, porque la pobre está enferma y sufre mucho!

La luz de la belleza angélica es la serenidad, luz que apaga con violentos golpes el cruel dolor físico!

Sara es bella, pero ahora la expresion de su rostro no es serena. Sus agitados labios se estremecen á cada momento por contener unas quejas que asustarian con su intensidad á los tres pequeñuelos sus hermanos, de quienes ella cuida durante la ausencia de su padre. Este es el hombre mas honrado de los tres reinos unidos! Un deber de caridad le retiene en Lóndres, hace algunos meses, al lado de un pariente pobre, el cual moriria abandonado, en una larguísima agonía, sin el piadoso sacrificio del padre de Sara! Cuando este se puso en viaje, su hija estaba buena y alegre! Las lágrimas de la despedida fueron unas lágrimas dulces! Templaba su amargura, el amante sentimiento religioso que desde el dulce abrigo de su feliz hogar, llevaba al buen padre de familia á la cabecera del lecho en que sufria uno de los suyos!

El pariente enfermo es católico, y Sara y su padre son protestantes; pero esa diferencia de cultos no ha podido nunca secar las fuentes de bondad y de cariño en que se baña un corazon cristiano aunque pecador; ¿qué influencia puede ejercer en los sentimientos de un padre y de una hija que son modelo de todas las virtudes? El padre se fué á Lóndres en alas de su ardiente caridad, y la hija se quedó en Madrid con el cuidado santo de madre de sus tres hermanos, de los cuales el mayor no pasa de siete años. Las otras dos son dos niñas frescas como unas rosas y amables como unas violetas! ¡Cuántas veces Sara rodeada de ellos, que aguardan con una cariñosa infantil impaciencia el fin de la delicada operacion que ellos solos confiarian á su hermana y en cuyo esmerado desempeño la admiran, de untar por igual con manteca el dorado pan de las tostadas; cuántas veces, Sara, me ha traido delante de los ojos, el animado recuerdo de aquella Carlota, que da de merendar á sus hermanos de tal manera, que ni Werter puede arrancar de su corazon tan delicioso grupo, ni hay recuerdo de fundacion de imperio que deba vivir más que el de tal merienda!

¡Ay! pero en presencia de la pobre Sara no se aspira aquel aura germinal y voluptuosa, penetrante perfume que exhalaba por todos los poros la lozana hermosura de Carlota! ¡La triste Sara reparte con bondad á sus hermanos el sabroso pan, de fuerza, de salud y de vida: ella la pobre está condenada á no probarlo siquiera! ¡La ciencia, con mucho mas difíciles preparativos, la alimenta como puede con elixires, de flaqueza, de enfermedad y de muerte! ¡De muerte!... ¡Imposible parece que la idea de la muerte pueda oprimir el corazon del que contempla á una niña llena de atractivo, tierno capullo, que promete la flor de una mujer hermosa!

¡Sara no cuenta aún diez y seis años, y yo no la puedo mirar ahora sin llorarla como muerta!

¡Ojalá hubiera perdido antes la esperanza de salvarla! ¡Si hubiera yo confiado menos en la fuerza vital de la juventud, si hubiera recelado más de los misteriosos pasos con que se acerca la muerte á nuestro ser, si es que nuestro ser no es una muerte viva, y nada más; si yo no fuera un visionario á quien la esperanza hace cometer más disparates que á otros la desesperacion, hace ya

mucho tiempo que hubiera escrito la verdad al padre de Sara! ¡El infeliz no sabe que va á perder á su hija!

¡Es verdad que ella ha sido la inventora cariñosa de una mentira, que como ella dice, su pobre pariente enfermo agradecerá en el alma! «Escribamos cada dia mas alegres, me decia la dulce niña: yo me voy á poner buena al momento, y así evitamos un disgusto á mi padre que me quiere tanto, y sobre todo, no se vuelve á quedar solo aquel pobre enfermo que ya debe estar acostumbrado á la compañía de un corazon cariñoso! Separar de él á mi padre seria cometer un pecado de crueldad, dándole un golpe más cruel que la misma muerte! Mentir un poco acerca de mi salud, es un pecado venial que Dios nos perdonará, porque un enfermo le agradecerá en el alma!»

A la magia de una dulce voz conmovida por tan tiernos sentimientos se ha adormecido mi prudencia, es verdad, es verdad que yo he creido firmemente que un corazon que así sentia, era necesario en este tristísimo mundo, y no podia dejar nunca de latir ¡todo es verdad! pero nada alivia mi verdadero remordimiento, ni yo me perdonaré jamás la ne-

cia confianza en la vida, que ha sido causa de que el padre de Sara pierda á su hija sin volverla á ver!

¡Sí, esto es posible: el desgraciado no ha recibido todavía la carta que va á herirle como un puñal en el corazon, carta demasiado tarde escrita, si mis presentimientos y los de la pobre niña, que son ahora de muerte, no salen tan falsos como han sido los que hasta aquí hemos tenido, de vida! ¡Por desgracia, la esperanza es sólo la que se evapora como ligera nube! ¡El dolor, al contrario, de nube ligera que apenas empaña un poco el horizonte de nuestra alegría, llega á convertirse en negro y denso y pesado sudario que nos envuelve, nos oprime y nos ahoga!

La enfermedad de Sara, enfermedad dolorosa y terrible, pero enteramente desconocida, enfermedad sin calentura, que hasta las últimos dias ha podido fácilmente engañarnos, gracias á nuestro deseo de dejarnos engañar, ha dado en una noche el desmesurado paso que lleva al alma desde el centro de nuestra vida humana hasta el borde de la suya espiritual!

La dulce Sara es tan inocente que ni piensa siquiera en el tremendo misterio que va á

penetrar su espíritu! Para ella el mundo ha sido el cielo! La cándida pureza de la vida infantil es una aureola resplandeciente de divina luz, que hace un templo de gloria para la criatura recien venida de entre los ángeles, en medio de las turbias sombras del mundo!

En este templo vive Sara, este es el único lugar que ella conoce de la vida!

La muerte para ella no tiene nada de triste: ni la aflige la ausencia de su padre en estos momentos supremos!

Ella cree, que á este, cuando ella muera, le consolará la idea de que su querida Sara está ya en el cielo unida con su madre y rogando las dos por él y muy contentas de que Dios las haya llamado á su seno, adonde él irá cuando Dios le quiera mucho!

Estas son las mismas palabras que ella me ha dicho, únicas palabras de un moribundo, que yo he escuchado en calma y con la sonrisa de una inefable seguridad en mi destino!

La muerte de los pecadores, aunque arrepentidos, infunde al que la presencia, no sé qué misterioso terror que turba el espíritu y le espanta!

¡Hay dos muertes, hay dos muertes: la

muerte blanca y la muerte negra! ¡La muerte de los niños es blanca: es negra la muerte de los hombres, para los ojos del que presencia tan misterioso tránsito! ¡El dolor tierno, las dulces lágrimas que la muerte blanca hace brotar de nuestro corazon, salen de él ligeros y aéreos como se evaporan los perfumes de las flores á la claridad del sol! ¡El dolor duro y las espesas lágrimas azotados por la muerte negra, no parece por el contrario sino que entran con miedo en nuestro corazon, y con horror, y con frio, amortajados en tremendas tinieblas, y allí se anidan con sospechoso silencio!...

—Mira, ven, ha seguido diciéndome Sara, ven conmigo y haz todo lo que te voy á decir: y me ha llevado de la mano hasta el cuarto blanco, que así llama al suyo, porque en él la colgadura de su cama, el cortinaje y todo lo que es tela, es blanquísima muselina.

Ahora verás lo que tienes que hacer si yo me muero, porque yo siento que me voy á morir, y quiero que tú, que eres ahora mi padre, hagas lo mismo que haria él si yo se lo pidiera. Mira, en este cajon he puesto dos vestidos para mis hermanas, mira, ¿los ves? Todos blancos, con encajes!

Este otro vestido tan bonito, es para mi hermano!

En esta caja de carton hay tres vestidos que han sido mios cuando era mas pequeña: son muy ricos, ¿verdad? ¿Pues á que no sabes para quién son todos sus bordados y cintas, que parecen hechos de nieve? Estos son para las tres hijas del cochero, que bien los podrán llevar porque son muy lindas! Ya sabes que yo las enseño á leer, y que mi plan era enseñarlas todo lo que hace falta para que una pobre mujer pueda vivir con su trabajo! Lo que tú no sabes, es que me quieren más que á su madre; que eso no se lo he dicho yo á nadie! Bueno, ahora que ya sabes dónde están todos estos vestidos, te voy á decir por qué te los enseño, para que dejes de mirarme con esos ojos tan tristes y tan curiosos!

Cuando yo me muera, que ya me lleven á enterrar, quiero que todos los niños se vistan con estos vestidos y me acompañen hasta donde me han de dejar sola, que ojalá pudieran ellos quedarse allí jugando siempre cerca de mí! Cuando venga mi padre y sepa eso, verás que gran consuelo es para él saber que todos nos hemos querido hasta el último instante, y que yo he ido tan acompañada

como si fuera viva y sin angustia ninguna ni miedo! ¡Ah!... y quiero que me lleven cuando el sol esté bien hermoso por la mañana! ¿Me has entendido bien? ¿Lo harás así todo, como te he dicho?

—Sí, hija mia, sí, he respondido yo, casi tan tranquilo como ella, en medio de los cuidados dulces, aunque tristes, de una despedida cariñosa.—Sí, querida Sara, pero ¿y el vestido tuyo?—¡Ay, es verdad! ha exclamado, se me olvidó! ¡pero no importa, que me vista como quiera el aya, y que me echen los niños muchas flores!—Sí, hija mia, sí, todo se hará como tú lo quieres, y quedarás contenta de mí!

Al pronunciar estas palabras, la voz ha salido de mi garganta sin esfuerzo, no quebrantada y rota como sale cuando el corazon se ahoga en su angustia; mas bien, dulce y sonora como cuando la tranquilidad reina en el alma! Hay cuerdas en el corazon humano que rara vez son tocadas, pero que vibran si llegan á serlo, con una armonía que no es de este mundo! ¿Quién puede creer que la voz de Sara, hablándome de estos preparativos funerales, ha resonado en todo mi ser como el eco consolador y blando de

una fiesta celeste? ¿Quién puede creer que es una alegría feliz y llena de esperanza, y no una tristeza desesperada, la que ha penetrado en mí, con los acentos de una criatura querida que habla de su muerte?

Analizando tan extraordinario sentimiento, lleno de fe en nuestra esencia divina y eterna, he pensado, y no por la primera vez de mi vida, en la posibilidad de engalanar hasta á la muerte, con la cariñosa solicitud, y de separarse dulcemente de un cadáver querido, cuando nuestro calor religioso y amante le acompaña hasta el sepulcro y le deja allí abrigado! En esto pensaba yo, la frente sobre la mano, y el codo sobre un velador cargado de libros y periódicos, mientras Sara, que se habia quedado en su habitacion, descansaba un momento, reclinada, que no metida en la cama, porque su enfermedad no la deja ni el sosiego de acostarse! La idea del dolor de su pobre padre acabó por apoderarse de mí, y ahuyentó mis ligeros sueños de beatitud y de calma!

Trataba yo de convencerme á mí mismo de que la tierna niña tenia razon en pensar que á su padre le consolarian la religion y la seguridad del cariño con que aquel hermoso

cuerpo de su hija habia sido blandamente conducido á su último lecho entre ángeles y flores! Volvia ya mi corazon á sentirse embalsamado por el perfume de estos sentimientos consoladores, cuando el genio que hace mucho tiempo siento yo que está como sentado enfrente de mí, moviendo con irresistible ciencia las misteriosas piezas de una especie de ajedrez invisible, al cual pierdo un consuelo ó una esperanza en cada jugada; este genio, sin duda, sopló en las hojas de un periódico, que se abrieron y vinieron á poner delante de mis ojos estas palabras:

«Si en las calles de Lóndres, adonde marcho ahora, tengo la desgracia de encontrar un español conducido con pompa ó sin ella al sepulcro, y me descubro con respeto ante su cadáver, se mitigará mi dolor al pensar que será enterrado como un cristiano, y el amor de mí mismo se verá satisfecho, meditando que este homenaje es tributado á una criatura de Dios, por cristianos que son mis compatriotas.»

¡Si el padre de Sara hubiera pronunciado estas palabras allí á mi lado, su presencia, el sonido de su voz, la realidad misma, no hubiera tenido mas fuerza de verdad que la ilu-

sion que me hacia oirle hablar así! Por un instante sentí la satisfaccion del que sale de una de esas pesadillas que abruman el pecho de un desgraciado que duerme! El padre de Sara estaba completamente consolado por la religion, y me daba con acento tranquilo unas sentidísimas gracias por mis piadosos y últimos deberes cumplidos al lado de la santa forma humana, desde la cual el espíritu angélico de su hija habia volado al cielo, su verdadera patria!...

Sin sentir siquiera las confusas contradicciones, las imposibilidades, con que teje la fascinacion, el fantástico cendal en que nos entrega envueltos, al aire que se nos lleva, iba mi corazon, contento, latiendo cada vez con mas desembarazo! Lo menos siete veces leí, como si las escuchara, estas palabras, antes de caer en que un periódico era el que me las repetia!

Con caer en esto, caí de mis alturas, y me puse á leer los renglones que precedian al período que me habia hechizado, ni más ni menos que un eficaz conjuro! Entonces la insolente *verdad de los hechos* vino, como casi siempre, á apagar las bellas luces de éter del cielo, y á alumbrarme en cambio con sus

acostumbradas teas de pez del infierno! Lejos de ser las palabras que he citado una accion de gracias, son una elocuente y amarga queja que un sentimiento verdadero hace brotar con las formas de una severa poesía, en medio de una nota diplomática! El sentimiento reune á todos los hombres de corazon, y los hace prorumpir en la misma expresion de pena ó de alegría! El que exhala esa queja es lord Howden, embajador de Su Majestad británica cerca de S. M. católica. Lord Howden representa en esta ocasion á una potencia mas alta que todas las de la tierra! A una de las tres virtudes teologales, á la caridad! Por eso todos los que en su dolor oscuro estén como yo afligidos, se quejarán como él, y le amarán, porque habla la lengua universal del sentimiento humano!

El gobierno español ha concedido el permiso para santificar un cementerio, pero han de ser enterrados en él los ingleses protestantes que mueran en Madrid, evitándose toda clase de pompa y de publicidad en los cortejos fúnebres. ¡Pobre Sara que piensa ser alumbrada en su último camino por la luz del sol cuando esté bien hermoso por la mañana!

Lord Howden, como diplomático, dice que

estas restricciones no existen ni en Francia, ni en Austria, ni en Portugal, ni en Bélgica, ni en Cerdeña, ni en el Brasil, y pregunta qué es lo que hay que entender por publicidad.

Toda clase de pompa, dice, desgraciadamente bien claro, lo que quiere decir! ¡Triste Sara! no podrán rodearte tus queridos niños con su cándido atavío! ¡Ah! tu desventurado padre, al ver pasar por las calles de Lóndres el cortejo fúnebre de una vírgen católica llevada en triunfo con corona de rosas blancas, no más blancas que su alma virginal, ni más puras que el corazon de su pobre Sara, podrá repetir en su bondad las bellísimas palabras que un alto sentimiento cristiano ha hecho pronunciar al corazon de lord Howden!

Acaso en el mismo instante en que él las repita, su inocente hija, sin que la amparen candor, belleza, ni juventud, irá en la orfandad de un oscuro silencio, á su última morada!

¡La pobre niña!...

¡Ella feliz, que ignora que su cadáver será protestante así que ella muera, y abandonado por eso!... ¡Ella... ¿Qué ha sido sino el en-

canto de cuantos católicos han vivido á su lado?... Por qué la rodeábamos con amor, cuando viva, si debemos huir de ella con horror, cuando muerta?

FIN DEL TOMO.

ÍNDICE.

—

Dedicatoria..... 5
Prólogo..... 7
Prólogo de la proteccion de un sastre... 13
La proteccion de un sastre..... 21
Agonías de la córte.—Agonía primera... 171
Agonía segunda..... 189
Principio de una historia que hubiera tenido fin, si el que la contó la hubiera contado toda..... 243
Amor paternal..... 283
Dolores de corazon..... 305
Gaceta sentimental del 12 de Setiembre de 1853..... 323

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: July 2008

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

V

LIBRARY OF CONGRESS
0 023 818 535 A

LIBRARY OF CONGRESS
0 023 818 535 A

PQ 6503
.A5 T4
1864
Copy 1